FRAY MOCHO



"ROMANTICISMO"

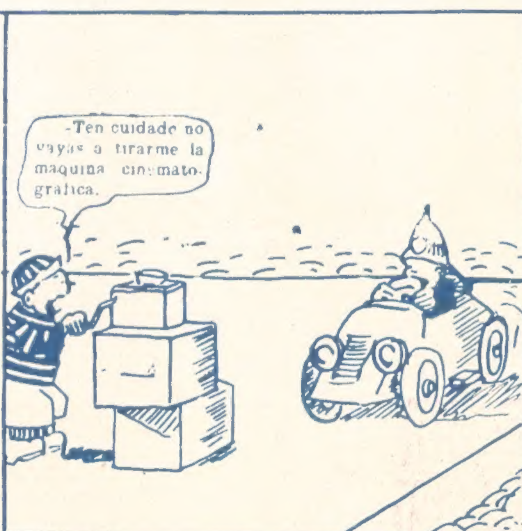
Por S. BRITO

N.° 760

PAGINA INFANTIL

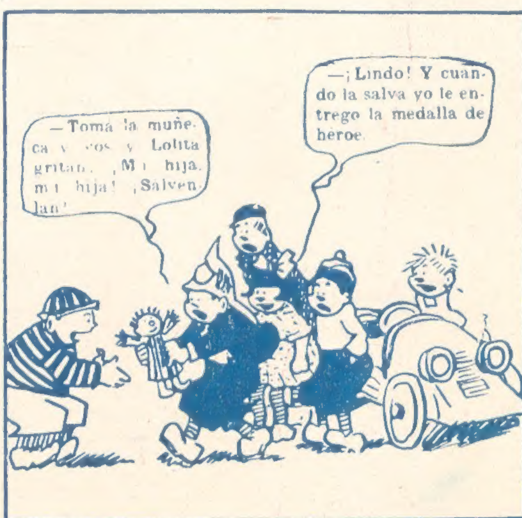
AVENTURAS DE PIPIRI

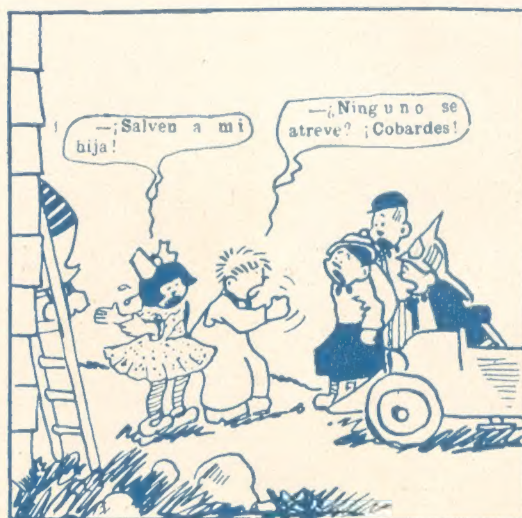










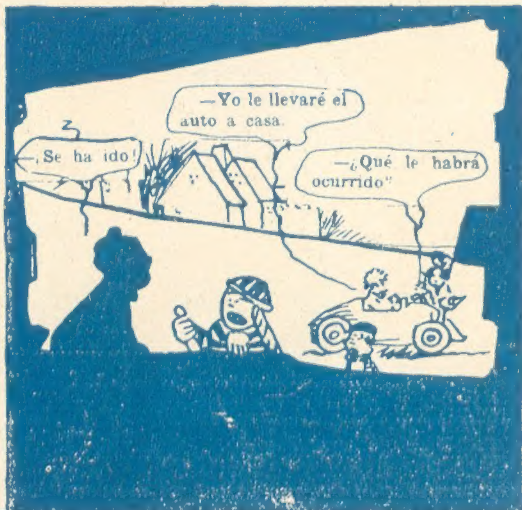
















 FRAY MOCHO 

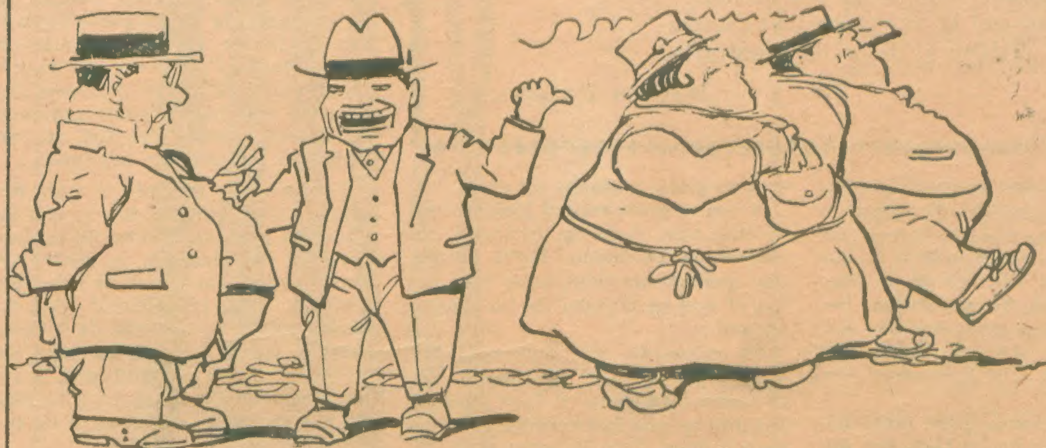
Año XV | Buenos Aires, 16 de noviembre de 1926 | N.° 760

DEL MOMENTO, por Rojas



—El ministro de Agricultura va a instituir un premio para el criador que presente la gallina que más huevos haya puesto durante el año.
—Yo premiaría, no a la que ponga más huevos, sino a la que ponga un par, pero fritos.

—Yo creo que la actuación de Parravicini en el Concejo sería muy beneficiosa para sus representados. Como, desde luego, cuando pida algo será dinero y la petición la hará con gracia, sus compañeros de tareas exclamarán: ¡Que se repita! ¡Que se repita!



—El director del Zoológico ha sido autorizado para que adquiera en el extranjero una pareja de hipopótamos.
—No sé qué necesidad hay de comprarlos en el extranjero, habiendo tantos por las calles de Buenos Aires.



—Grandes son los preparativos que se están haciendo [illegible] al nuevo Nuncio.
—¿Y a mí qué me cuenta con eso?
—¡Hombre! ¿A quién quiere que se lo cuente?
—¡Cuénteselo al Nuncio!

—Si en vez de ser Ricciotti Garibaldi el que ha armado ese bochinche en Francia, hubiera sido Peppino Garibaldi, la cosa no tendría importancia, porque a nadie le importa un pepino.



La conquista de la señorita

Por Leopoldo Lugones

Melchor era un pastorcito huérfano de padre y madre, que contaba catorce años; pero desmirriado por azarosa infancia, nadie le habría dado más de once. Resultaba, eso sí, bien macizo para esta edad, tenía aún mofletes colorados y colita en la nuca; dos ojazos de liebre, a la vez azorados y melancólicos, prestábanle una extraña simpatía; y en su boca matinalmente fresca, las comisuras arqueadas hacia arriba determinaban esa picaresca ingenuidad que ilumina la sonrisa de las doncellas.

Aunque muy quemado por el sol, era más bien dorado que moreno; un dorado de pan que armonizaba asaz delicadamente con sus cabellos castaños.

Vestido con las sobras de muchachos mayores que él, podía parecer gracioso, pero no ridículo. Su mismo sombrero enorme y agujereado, asemejábale a un silvanillo campestre.

Pues aquel chicuelo, que apenas disfrutaba de una pequeña superioridad sobre los perros de la estancia; aquel gorgojo bastardo, aquel salvaje todavía nene, habíase atrevido — es increíble la audacia de estos pequeños paisanos — a poner los ojos en la señorita Etelvina, la hija mayor de los dueños de la finca.

Melchor estaba enamorado, pero ocultaba temerosamente su pasión. No sólo porque la señorita era *su* patrona, lo cual cavaba entre ambos un abismo insalvable, sino porque contaba los más rubios y soberbios veinticuatro años.

Habíase prendado sin querer ni advertirlo, de aquella muchacha tan elegante con sus trajes siempre blancos, tan olorosa y tan bien calzada; sorprendiendo a favor de su apariencia infantil que le hacía ciertamente desdeñable, pequeños torturadores secretos de la linda pierna, de la fina garganta.

Sin ser romántica, Etelvina experimentaba la poesía del bosque; y como era intrépida, allá se iba por los sitios más agrestes, por los riscos más musgosos, destacando fugazmente, sobre setos y masiegas, su gorra de sol que aleteaba loca de libertad al viento cálido, y derramaba, como una cesta invertida, entre las rosas juveniles del rostro virginal, los estambres de oro de las mechas mezclados a las bridas de faya rosa.

Claro es que se había encontrado con Melchor, porque éste hallaba siempre modo de andar por las inmediaciones; así su timidez le obligaba a mantenerse comúnmente oculto, con el tormento de no ser visto, pero también con el sobresalto dulcísimo de ser descubierto.

No sucedía esto último con frecuencia, provocando en el chico, cuando ella se alejaba ya irremediablemente, hondas recriminaciones a la estupidez que le invadía, entre llantos y tarascones de rabia a la hierba, hasta ensangrentarse la boca presa de la mayor desesperación; pero cuando el encuentro se efectuaba, Melchor tenía — esto era invariable — algún guijarro o insectillo curioso, alguna flor extraña para la señorita.

Había llegado ésta a cobrarle mucho afecto, causándole infinita gracia sus tonterías de enamorado que tomaba por rudezas campestres; pero lo cierto que el veraneo terminaba, y que Melchor se sentía literalmente morir de pena y de pasión.

Etelvina prolongaba sus paseos. Voluntariosa y libre, entre la perpetua pasividad de una madre paralítica y el desamor de un padre calavera que aprovechaba las vacaciones para archivarlas literalmente en la estancia, distraía con aquellas excursiones a la amigable soledad, los indecisos anhelos de su juventud en plena flor.

La ambigua situación creada por el abandono paterno en esa desgracia que más bien entristecía la fortuna, excluyó a la joven de fiestas y ocasiones donde hubiese podido encontrar otro cariño. Hermosa y rica, bien comprendía lo injusto de su destino, sin resignarse a él, no obstante, en el silencio de su dignidad; y la madre paralítica, recordaba aún con estupefacción penosa una respuesta suya, cierta vez que la mucama salió fugándose con el cochero:

—Y bueno, mamá, ¡qué tanto lamentarse! ¡Han hecho bien, por último, si se querían!

Llegó la última semana.

Una tarde, Etelvina descansaba al pie de arbolados peñones, resguardándose del sol, picante todavía. Claro es que Melchor, roído de mortal tristeza, estaba oculto allá cerca, contemplándola.

De pronto las ramas moviéronse muy cerca de la joven, y un arrogante toro, que ciertamente no la veía, alzó el testuz formidable, recogiendo al azar del viento alguna emanación de lejanas terneras.

Pocos momentos después, su mugido agudo y largo se encumbró a las montañas. Sus pezuñas rascaron el suelo haciendo volar el polvo y la hierba.

Etelvina se consideró perdida; y aunque había resuelto permanecer inmóvil, el apasionado bruto llegó a ponerse tan cerca de su matorral, que no pudo contener un grito.

Y con el grito estuvo Melchor ante ella, una rama en la mano, radiante de heroísmo. Fácil heroísmo, después de todo, pues bien sabía él que se trataba de un manso animal.

El momento, sin embargo, fué dramático. Ante el muchacho con su rama levantada, el toro habíase erguido en una inmovilidad de altanero bronce. Pero la rama cayó valerosamente sobre sus cuernos; oyóse un crujido, un despatarramiento, y el monstruo — decía la anonadada joven—desapareció cuesta abajo.

Entonces Melchor, en un deslumbramiento, sintió que Etelvina rompía a llorar en sus brazos.

—Melchor, pobrecito, Melchorito, Chorito...

El no supo qué hacer, aturdido, se echó a llorar también.

—Chorito, pobrecito, ¿qué puedo darte por tu valor?...

¡Ah! El podía estar llorando allá sobre la mejilla ardorosa y ¡cuán suave! de la señorita, pero no había perdido la malicia de su rusticidad; así que sollozando más fuerte:

—Deme un beso... de despedida... niña Etelvina... un beso...

Posó en los de él sus labios con la despreocupación de quien besa una criatura, y el moreno silvanillo púsose a cosechar ávidamente allí.

Mas, de repente, una angustia tiernísima hinchó el corazón de la joven; una desconocida dulzura se derramó en su seno, como inflamada miel, de los labios pastoriles.

¿Era aquello, acaso, el amor, la conquistadora dicha de la tierra, que nunca habían sabido hacerle concebir con su cháchara los frágiles tontuelos de salón?

Y grave, en la plenitud de armonía que formaba con su ser la soledad campestre, la montaña fresca, la tarde enamorada, dió su alma de señorita rubia, humilde ya como una espiga de los campos, en un beso de mujer al pequeño paisano.

ADELANTE

Lucha horrible, cruel, fiera, reñida,
donde el hombre de angustia y sangre lleno
va disputando a palmos el terreno
para morir después; esa es la vida!

Tan sólo por ser lucha me es querida
y la arrastro con ánimo sereno,
y aspiro con deleite su veneno
cobrando más aliento a cada herida.

Por ser lucha no me niego a abandonarla
y la amo a pesar de aborrecerla;
no la quiero dejar sin poseerla,

y como dueño altivo dominarla,
¡sólo con la esperanza de vencerla
me resigno al dolor de soportarla!

JOAQUIN DICENTA.

ANÉCDOTA

El rey Darío, de Persia, hizo grandes ofrecimientos a Alejandro el Grande, después de la batalla de Issus, si quería retirarse de aquella nación. Uno de sus generales llamado Parmenio, dijo:

—Si yo fuese Alejandro, los aceptaría.

Entonces, Alejandro replicó:

—Yo también, si fuese Parmenio.

¿De qué esta formado nuestro globo?

Según una teoría que ha estado en boga durante largo tiempo, la tierra contenía en su parte central una masa en fusión denominada "fuego central", y la corteza superficial que habitamos representaba la parte más rápidamente enfriada de nuestro astro, que fué en un principio un pequeño sol ígneo.

Dos nuevas teorías se han expuesto recientemente. Según una de ellas, del profesor Hobbs, de la Universidad de Michigán, el centro de nuestro globo, en lugar de estar en ignición, está constituído por un núcleo sólido de mineral de hierro, rodeado de una espesa corteza de hierro y níquel, la cual está a su vez separada de la corteza terrestre por una zona importante de terreno rocoso.

Según la otra teoría, del profesor Wáshington, del Instituto Carnegie, la corteza terrestre descansa sobre una capa de rocas ligeras, apoyadas sobre un enorme núcleo central compuesto de plomo, plata y cobre, y más al interior, de oro, platino y otros metales preciosos.

Otra divergencia existe en cuanto se refiere a la presencia de estos metales preciosos en la superficie del globo, pues en tanto que la teoría antigua atribuía la presencia de los metales preciosos en la superficie de la tierra a orígenes volcánicos, las dos teorías nuevas admiten, sin comprobarlo científicamente, que los diversos yacimientos de estos minerales son debidos a filtraciones de agua caliente mineralizada, que proviene de las profundidades de la tierra.



SINTÉTICAS

DE LA FARSA URBANA

Acaba de constituirse en Buenos Aires un nuevo partido político denominado "Gente de Teatro". Como su nombre lo indica, los componentes que integran esta flamante agrupación cívica, pertenecen a los elementos que desenvuelven sus actividades en el amplio y pintoresco campo de las bambalinas.

Ya han sido proclamados los candidatos que sostendrá el partido de referencia, en los próximos comicios municipales, donde se propone realizar su debut político. Según era de esperar, la lista de candidatos está compuesta por autores y actores teatrales.

Si la suerte de las urnas favorece a este partido, la farándula se instalará triunfalmente en el Concejo Deliberante, con gran regocijo del público, por cuanto éste podrá ver, en las sesiones edilicias, que la interpretación de los papeles escénicos se efectúa con más perfección y propiedad, lo cual no deja de ser un apreciable progreso en el sistema "representativo".

PEQUEÑAS CAUSAS..... etc

Hace pocas noches, la populosa ciudad de Rosario de Santa Fe se quedó repentinamente a oscuras por espacio de cerca de una hora.

Con la alarma que es de suponer, averiguáronse, apresuradamente, las causas que habían interrumpido la corriente eléctrica, que es suministrada por una fábrica situada en Sorrento. Al cabo de no pocos trabajos, pudo saberse lo ocurrido: un inexpérto ratoncillo tuvo la desdichada ocurrencia de introducirse en la cámara de alta tensión y debido a su presencia en aquel lugar, la turbina, que se hallaba próxima, sufrió tan seria avería que quedó inutilizada.

Tal vez, algunos de nuestros lectores quedarán sorprendidos de que un miserable y diminuto ratón pueda voltear, por sí solo, toda la maquinaria de una fábrica y dejarnos a oscuras; pero, si se recapacita un poco, se verá que el caso es perfectamente factible; pues si bastan unas cuantas ratas para dejar sin "luz" al banco más poderoso, no hay que extrañarse de que un ratón apague una simple turbina.

EJERCITO EN DECADENCIA

Con motivo de cumplirse el noveno aniversario de la implantación del régimen bolchevique en Rusia, se efectuaron, recientemente, en Moscú, diversas ceremonias cívicas, en las que tomaron parte el gobierno, el pueblo y el ejército rojo.

Un colega de la mañana, da cuenta de dichos acontecimientos, y al referirse a la gran revista militar, que fué uno de los actos realizados en conmemoración de la mencionada fecha, dice en un despacho telegráfico: "La infantería, caballería y artillería, desfilaron al galope ante la tumba de Lenín".

Fluyen de la tal primicia
Revelaciones ingratas,
Porque, según la noticia,
Tiene Rusia, en su milicia,
Infantes de cuatro patas.

EL TONO DE MODA

En la República de Panamá, acaba de promulgarse una ley sobre inmigración, en la cual se hace exclusión de diversas razas y colores. Según las nuevas disposiciones legales, queda prohibida la entrada al país, a los chinos, japoneses, sirios, turcos, hindúes, dravinianos, negros, etc.

Ante la exclusión de tantos matices, no cabe duda de que

Lo que esta ley terminante
Exige, en forma discreta,
Es que sea el inmigrante
De color ultravioleta.

UN VIAJE DE BODA

Por Luis Araquistain

I

Aquella bulliciosa cena de despedida de soltero derivó a los postres en una especie de juicio contradictorio.

—¡Que hable Segura!

—¡Que nos confiese su edad, sin quitarse más de ocho o diez años!

—¡Que justifique su derecho a la laureada matrimonial!

—¡Por mucho menos se da cencerrada a los viudos!

Las copiosas y selectas libaciones, los manjares suculentos, la amistad que unía a todos con el anfitrión y el motivo de aquellas vísperas pantagruélicas, habían roto el dique de las conveniencias y dado curso a la corriente de picardías, entre afectuosas y malévolas, con que los comensales agobiaron al solterón, hasta entonces recalcitrante y ya a punto de capitular.

Aurelio Segura se limpió con la servilleta el rostro sudoroso y encendido, extendió luego los brazos, manoteando en el aire con fuerza, como si quisiera emerger de aquel aluvión de indiscreciones que habían volcado sobre él sus amigos, y cuando amainó algo la algarabía, dijo en tono jocoserio:

—Yo no necesito quitarme edad ni ponerme glándulas de mono. Voy a cumplir cincuenta años, que valen tanto como los treinta de muchos...

Y con la mirada aludió a Emilio Molina, que era el Benjamín de la reunión, un mozo de rara belleza ambigua, que, según fama, tenía mucho partido entre las mujeres de la localidad.

—¡Será cínico! — se defendió Molina con chancera afectuosidad. —¡A que todavía va a querer convencernos de que será un marido precoz!...

—Para el hombre, la edad perfecta de casarse son los cincuenta años — afirmó Segura.

—¡Protesto! — intervino don Leopoldo Valdés, médico por profesión e impenitente soltero por principio. — La edad perfecta de casarse, siempre es la que se tiene, más cinco años. Si se tienen treinta, a los treinta y cinco. Si treinta y cinco, a los cuarenta. Si cincuenta y cinco, como yo ahora (ya ven ustedes que tampoco me quito los años), a los sesenta...

—Eso es demasiado tarde — corrigió Segura.

—Tanto mejor si lo fuera — confirmó Valdés. — Para una mala acción, como para el matrimonio, lo mejor que puede ocurrir es que cualquier momento sea demasiado pronto o demasiado tarde; que no llegue nunca el instante justo o que, sin darnos cuenta, haya pasado para no volver...

—Eso equivale a pedir que desaparezca la especie humana, y entonces, ¿de qué vivirían ustedes los médicos? — bromeó don Amancio Padilla, abogado, dos veces viudo y padre de diez hijos, que asistía al banquete como amigo de toda la vida de Segura y como representante profesional y personal de la sagrada institución del matrimonio.

—La desaparición del vínculo matrimonial no implica necesariamente la desaparición de la especie humana — rebatió Valdés, siempre en vena humorística. — Todas las especies, menos la nuestra (con dignas excepciones), se reproducen por ley natural. Pero si no hubiera leyes matrimoniales, también se multiplicarían hombres y mujeres, sin quitarnos ni disminuirnos el trabajo a los médicos, cosa que no les sucedería a ustedes los abogados...

—Desengáñese usted, Valdés — insistió, algo amoscado, Padilla: — el estado perfecto del hombre es el matrimonio, y la edad de casarse será anto más perfecta cuanto más corta sea, una vez pasados los veinte años...

Y sus ojos reconvinieron, entre severos y amables, a Segura.

—Ahora soy yo el que protesta— se defendió Segura, y como otros comensales comenzaran a interrumpirle, volvió a manotear en el aire, e imperioso reclamó silencio. — No sean alborotadores y déjenme hablar. Digo y sostengo que la mejor edad para tomar mujer legítima es

—Dejémonos de bromas — reanudó su discurso Segura. — La cosa es demasiado seria, a pesar de su ridiculez. Yo estoy convencido de que si no me caso ahora con una mujer presentable, acabaría casándome con la criada, como han hecho tantos solterones de espíritu fuerte... No es que quiera despreciar a la pobre Nicolasa. No soy ingrato, y ella, con sus treinta y cinco años, aunque algo ajamonada, tiene todavía buen ver. Pero es bastante bruta, y su familiaridad, tolerable en privado, habría de embarazarme en la vida de relación. ¡No sólo de buenos servicios vive el hombre! ¡Y mucho cuidado, amigo Valdés! Después de los cincuen-



Aurelio Segura se limpió con la servilleta el rostro sudoroso y encendido...

la que pronto voy a cumplir. No estoy de acuerdo con la teoría de Valdés, de que lo mejor es no casarse nunca. La soledad del hombre viejo es la más triste de todas. La vejez es como una enfermedad que requiere mimos y cuidados. El terror de la muerte necesita dulcificarse al amparo de una familia. Un viejo es como un niño al revés a quien hay que estar convenciendo a cada paso de que no viene el coco de la Parca...

—Eso les ocurrirá a los espíritus débiles, dijo Valdés, exceptuándose.

—Todos somos espíritus fuertes antes de la prueba — dardeó Segura. — Yo, la verdad, no me siento muy firme. Además, tengo otro temor, éste del género ridículo. Ustedes conocen a Nicolasa, mi ama de llaves...

Varios comensales le recriminaron burlonamente:

—¡Mal caballero!

—¡No nos interesan sus secretos domésticos!

—¡Se lo diremos a Florencia!

ta, la soltería del varón está a merced de cualquier zorrastrona o de cualquier maritornes un poco atractiva y otro poco ambiciosa... Poco antes de los cincuenta, y aquí empiezo a disentir de Padilla, el matrimonio es casi siempre una amarga equivocación. El hombre que se casa joven se ata de pies y manos para prosperar en la vida. Entre atender, malamente, a las necesidades diarias de la costilla y los hijos, que suelen venir pronto y en tropel, no le queda tiempo ni energía para hacerse una posición social y un buen pasar económico. Una familia temprana y numerosa, que no se puede criar bien en lo físico ni en lo moral, es con frecuencia la causa del fracaso de muchos hombres que, con libertad y sin obligaciones, hubieran podido vencer en toda línea. ¡Cuántos padres de talento conocemos todos que han sido devorados por la mujer y la prole! ¡Y quién sabe cuál hubiera sido mi suerte si en vez de dedicarme por entero a mi profesión, exento de toda clase de preocupaciones familiares para explotar con el mayor fruto las iniciativas que a mí se me ocurrían o me brindaba la suerte; quién sabe, digo, si en lugar de haber alcanzado la modesta holgura de que hoy poseo, estaría aún dándome de bofetadas con la pobreza, en compañía de una mujer avejentada de cuerpo y desabrida de alma, por los muchos sufrimientos, y de unos hijos a quienes habría nutrido mal y educado peor!...

El auditorio escuchaba ahora gravemente a Segura. La mueca risueña de los circunstantes se había distendido en una expresión pensativa al conjuro de sus palabras, que eran como un espejo donde cada cual veía reflejada de pronto la imagen de su propia vida.

—Pero el matrimonio a una edad excesivamente avanzada está lleno de peligros — trató de justificarse Padilla, cuya cuantiosa prole, agarrada a sus hombros, le había impedido bracear con éxito, obligándole a vivir siempre con el agua al cuello y a pasar grandes y salobres tragos.

—El matrimonio — redarguyó Segura, — como todo pacto humano, está siempre en peligro de romperse. Pero los riesgos no aumentan con la edad del hombre. Todo lo contrario: el exceso de juventud en los cónyuges conspira contra la dicha matrimonial. Los desposados jóvenes suelen ser intemperantes de humor e impacientes con los defectos del otro. Por una quítame allá esa palabra o aquel gesto, se tiran los platos a la cabeza, con grande detrimento para la economía doméstica y para la armonía conyugal. Un hombre maduro — ¡maduro, señores; no quiero decir caduco necesariamente! — es, en cambio, más dueño de sus nervios y conoce mejor los de la mujer. Sin contar que el hombre joven e inexperto está más expuesto que el experimentado a las tentaciones de las sirenas del mundo. Un amigo mío, filósofo, me decía una vez que el matrimonio en un adolescente es una introducción a la vida erótica. En otras palabras: quien no la ha corrido de soltero, la corre de casado.

—¡Menos los que la corren de casados como la corrieron de solteros! — completó Valdés.

—Una razón más a favor de mis cincuenta años — adujo Segura, que era un lógico implacable, como buen matemático. — A los cincuenta años no se está para aventuras extramatrimoniales. Cansado de dar bandazos en las borrascas de la vida, el viejo buque necesita acogerse a puerto para que le calafateen y, a ser posible, para que le amarren definitivamente al malecón de un hogar tranquilo y seguro...

—Ahora soy yo quien le dice: ¡cuidado, amigo Segura! — le retrucó Valdés. — La mujer joven es como una gaviota, que acaso no se acostumbre a anidar en la arboladura de un barco que huye de los mares abiertos.

—La mujer no es pájaro marino, sino ave de corral, y en teniendo una mano que le eche grano y la acaricie, aunque sea rugosa, no necesita más. ¡Si no, al tiempo!

Con esto dió Segura por concluída su apología del matrimonio a los cincuenta años, por parte del hombre, y después de trasegar las últimas copas y de brindar todos

por la ventura de la próxima boda, se levantaron los concurrentes y fueron a dormir aquella heliogabálica cena con que se había despedido a un solterón claudicante. En el momento de separarse, con un prolongado apretón de manos, Molina le dijo, con sorna mal disimulada:

—¡Es usted un héroe, Aurelio!

II

Segura dió un rodeo, y en vez de meterse en su casa, como había declarado a sus amigos, se dirigió a la de su novia. Quería cerciorarse de que todo estaba dispuesto para la mañana siguiente. Es decir, sabía que todo estaba preparado, que sólo faltaba la bendición del cura y, sin embargo, temía vagamente que a última hora surgiese alguna dificultad imprevista. ¿Dónde? En el ánimo de Florencia. No se le escapaba a Aurelio que su prometida iba al matrimonio como a un holocausto. Primero se resistió enérgicamente cuando Segura, para no perder tiempo ni saliva, echó por el atajo de entenderse con la madre de Florencia y de tres hermanas menores. Hacía tres o cuatro años que doña Justina se había quedado viuda, sin mas bienes que sus cuatro hijas y una mísera pensión que recibía del gobierno por los servicios que había prestado su marido como funcionario público. Vivían en la mayor estrechez, aunque se esforzaban en disimularlo, gastándose en vestir el cuerpo lo que quitaban de alimentos. A nadie engañaban, como no fuera a sí mismas, porque todos se conocían y nadie creía en milagros económicos; pero ellas preferían la mentida apariencia, ni siquiera engañosa, a la verdad confesada.

Aurelio Segura había puesto los ojos en Florencia, que era, ya queda dicho, la hija mayor, y había razonado así su propósito: "He aquí un caso ejemplar de los daños que pueden nacer de un matrimonio prematuro. El hombre tendría veinticinco o treinta años cuando se casó, sin oficio ni beneficio. De haber permanecido libre, hubiera podido esperar una coyuntura favorable para hacer dinero o prepararse para una profesión menos proletaria que la de empleado público; quizá se hubiera marchado a América, donde la fortuna anda con más frecuencia entre los hombres y se pone más al alcance de la mano. Pero era un romántico, es decir, un poco estúpido, y creyó que la primera misión del hombre en la vida consiste en cargar con una mujer y unos cuantos vástagos, en este caso hembras, para mayor desgracia. Como la sociedad no es romántica, el pobre hombre se encontró, una vez casado, como quien se ha caído a un agua profunda sin saber nada y brasea en todas las direcciones, dispuesto a agarrarse a un hierro candente. El infeliz romántico se pudo asir, con la ayuda de un político amigo, a una débil alga, que fué el destino en la burocracia hospiciana del Estado. Vivió muriéndose de dolorosa impotencia, y al cabo se murió del todo, vencido por el fardo de su vida fracasada, cuando su hija mayor había cumplido apenas los veinte años. Muerto el padre, la única esperanza de la viuda fué casar pronto a las hijas, fuere como fuere. Pero ¿quién se echa a los hombros una familia pobre? La estirpe romántica va desapareciendo, por fortuna para todos. Felizmente, aquí estoy yo. No puedo aspirar a una mujer rica, que, por serlo, preferiría a un hombre de su gusto, y ya se sabe el gusto de las mujeres en materia de varones: se derriten por cualquier imberbe, aunque luego se hayan de arrepentir. He de conformarme con una muchacha pobre. ¿Y quién mejor que Florencia? Es de buen parecer, aunque de carácter un poco altanero, a juzgar por las pocas palabras que he podido cruzar con ella, como si fuera una alondra y enseñanza saca también el hombre corrido. De modo que lo más derecho será ponerme al habla con doña Justina; la convenceré en un periquete de la conveniencia general de mi proposición — ¡cualquier día les llueve otro candidato como yo!—, y ella se encargará de vencer en Florencia desdenes y oposiciones, por la persuasión o con su autoridad materna. De ese modo, yo hago una obra de caridad con esa desventurada familia, tomando una mujer como la que necesito, y



Segura dió un rodeo, y, en vez de meterse en su casa, como había declarado a sus amigos, se dirigió a la de su novia.

viera en mí un cazador con espejuelo, que es, claro está, mi peculio. Pero ¿dónde ha de encontrar mejor marido? Cuando me trate más de cerca reconocerá que la diferencia entre un hombre maduro y bien conservado, como yo, y un barbilindo, como a ella le agradaría, no es tan grande, después de todo, como parece, y acaso lleve yo alguna ventaja, por lo menos, en lo de conocer a las mujeres; alguna ella no perderá nada, salvo tal o cual vana ilusión juvenil del momento, aceptando un hombre de mis reservas físicas y económicas. ¡Mano, pues, a esa obra!"

Como lo pensó lo hizo. Doña Justina vió el cielo abierto, y aunque Florencia lo viera al principio nublado y como nuncio de una catástrofe cósmica, poco a poco fué cediendo.

—¡Fíjate, hija — la amonestaba doña Justina, — que, no sólo tu porvenir, sino el de todas nosotras, el mío y el de tus hermanas, está en el platillo de esa boda!

Florencia tendría entonces veintitrés o veinticuatro años. Era agraciada de rostro y espigada de cuerpo, no tanto por deliberación del gusto como por las abstinencias a que obligaba la mezquina viudedad de su madre. Un velo de melancolía empañaba sus grandes ojos negros, como acostumbrada, de muy niña, a penetrar en el dolor de la vida inmediata. Precoz de inteligencia, nunca supo lo que era tener ilusiones, ni la realidad circundante, tan brutal e impasible, guardaba para ella secretos de ninguna especie. Carecía del divino don del ensueño; pero, en cambio, en el fondo de su ser llevaba un incorruptible sentimiento de sí misma, que los demás calificaban de soberbia, y ella, de dignidad.

—¡Quiere comprarme! — protestó ese sentimiento, cuando su madre le hizo saber los avances de Segura.

—¡No digas eso, mujer! — protestó a su turno doña Justina. — Sólo se compra y se vende lo que está privado de voluntad, y tú no naciste sin ella. Antes te sobra que te falta. Nada ha de hacerse sin tu consentimiento. ¡Cómo habría yo de tolerarlo! Ahora que piensa, hija mía, que todos tenemos deberes, los unos para con los otros, los padres para con los hijos, y los hijos para con los padres y entre sí. Muchas cosas que no haríamos por nosotros las hacemos por los demás, y este sacrificio por el bien ajeno nos disculpa y nos consuela del disgusto de nuestra desgana. Y a la vuelta de todas las cosas de esta perra vida, acaso la mayor felicidad sea darnos del todo al prójimo, sin más apremio ni recompensa que el de la propia abnegación y el ver que los demás son un poco menos desgraciados, gracias a nosotros...

Florencia, que había sido como una segunda madre para sus hermanas, comprendió este lenguaje de piedad y sacrificio que le hablaba su madre, después de haberlo vivido durante veinticinco años de matrimonio, y su ánimo fué resignándose a la proposición de Segura. Pero al mismo tiempo, allá en lo más íntimo de su conciencia, su dignidad seguía defendiéndose de aquellos asaltos sentimentales. — "¿Por qué, — pensaba — he de ser yo, precisamente yo, la que se sacrifique? Que espere ese hombre uno poco, dos o tres años (¡no son muchos, después de los que ha esperado hasta ahora!), y para entonces ya será casadera mi hermana Cándida". Apenas formulado este pensamiento, lo desechaba, con vergüenza de sí misma. ¡Cómo! ¿Deseaba para una de sus hermanas lo que a ella le parecía repugnante? ¡No, no! Si alguien había de sacrificarse, ella sería. Por fin dió su asentimiento. Fué una noche de Carnaval. Florencia, que había salido sola, volvió como ebria o enajenada, encendido el rostro, siempre tan pálido; brillante la mirada, parloteando y gesticulando como no se le había visto nunca. Llamó aparte a su madre, para decirle:

—Cosa hecha, mamá. Hoy estoy contentísima. Todo lo veo color de rosa. ¡Figúrate, hasta Segura me parece hoy un novio ideal! Nada, nada. Mañana mismo le dices que lo de la boda, por mí, cuando quiera.

ASOMBRO

Con el rojo tesoro de ancestral rebeldía
Una tarde en Febrero yo abreviaba la senda;
Por cercano camino tu figura venía
Con el alma en los ojos y los ojos sin venda...

En el fúlgido ocaso de la tarde que ardía
Me abismé entre los pliegues de tu esencia tremenda:
Dura, indócil y fuerte, sublevada ante el día
Y a la mística noche, cual diabólica ofrenda!

. . . .
Al quedar la alameda silenciosa y oscura
Yo trazaba las rutas de tu vida futura
Y mi alma a la tuya con placer sometía...

Hoy tus manos dirigen al corcel de mi sino...
Tú prosigues dichoso por mi mismo camino...
¡Sin que tenga un reproche la ancestral rebeldía...!

ALICIA PORRO FREIRE.

Grande fué la alegría de doña Justina, y no menor la de Aurelio cuando lo supo al día siguiente. Se convino en que los esponsales no tardarían más del tiempo requerido para los trámites de rigor y para preparar el arreo de la novia. Segura se ofreció para subvenir a todo lo necesario. La boda quedó fijada para abril.

"En primavera — había pensado Segura, — hasta los árboles añosos disimulan mejor su edad..."

Camino de la casa de su novia, Aurelio recordó de pronto la frase de Molina: "¡Es usted un héroe!"... ¡Qué héroe ni qué ocho cuartos! Nada más que un hombre metódico. Ingeniero de profesión, se había acostumbrado a calcularlo todo y a no improvisar nada. Su vida entera era como una obra de ingeniería: primero planearla, levantarla y asegurarla; luego, explotarla con el mayor rendimiento posible; finalmente gozarla sin inquietudes ni trabajos. Florencia sería la cúpula de su construcción, la flor de su vida solitaria, la brasa juvenil de su frío hogar, el soplo que aventara sus desilusiones, el consuelo de su vejez, la voz que disipara sus terrores seniles y la mano que le ayudara a cerrar los ojos para el sueño de que no se despierta...

Tembloroso de emoción, llamó con los nudillos en la puerta de doña Justina, ni tan fuerte que las despertara si ya dormían, ni tan suave que no le oyeran si estaban en pie. Le abrió la propia doña Justina, que parecía agitada; y al verle, le dijo con voz insegura:

—Me alegro de que haya venido usted, Aurelio. Entre, entre...

—¿Qué ocurre? — se alarmó Segura.

—Nada... Es decir, espero que nada. Un ataque de nervios de Florencia. Usted sabe cómo nos queremos todas, lo unidas que estamos. La idea de separarse de nosotras, la emoción que para toda mujer tienen unas vísperas de boda, qué sé yo, la han trastornado esta noche...

—¿Qué decía?

—Bobadas. Lo que todas las mujeres decimos o pensamos la última noche de solteras. "¡No quiero! ¡No puedo!" En una mujer, el cambio es demasiado brusco, y a última hora, la pena del estado que se deja hace olvidar la alegría del estado que se toma...

—¿No generalizará usted demasiado, doña Justina? Yo sé que Florencia va con poco gusto al matrimonio. Lo sé y no me importa, porque estoy seguro de ganármela poco a poco... Pero esta crisis ahora (¡algo así me estaba temiendo!), ¿no indicará que todavía no ha podido vencer del todo la resistencia de su propia naturaleza? No quisiera yo que la forzáramos hasta el extremo de que por mí sintiese insuperable repugnancia. Yo no tengo prisa, doña Justina. A pesar de los preparativos, aún estamos a tiempo de aplazarlo por unos meses o para siempre, si así fuera la voluntad de Florencia...

—¿Qué dice usted, Aurelio? — replicó, con voz y gesto aterrados, doña Justina. — ¿Qué tonterías se le ocurren? Florencia estaría como está por cualquier otro hombre. ¿Y qué habla usted de repugnancia? Es miedo, nada más que miedo, al cambio de estado. No piense otra cosa... Ahora, que si es posible que haya que suspender la boda por un día o dos, hasta que se le pase este arrebato. Ha sido terrible. Creí que se nos moría. Ha estado casi una hora sin volver en sí, y otro tanto como loca, sin saber lo que decía. Ahora duerme.

—Si despertase... Acaso una breve explicación con ella...

—¡No, no! — disntió doña Justina con toda su alma. — Ahora lo mejor es que descanse. Que descansemos todos. Váyase a dormir tranquilo, Aurelio, y mañana temprano yo le mandaré aviso sobre el estado de Florencia.



Cuando Florencia distinguió a Valdés y a Segura, gritó con desesperación suprema y un espanto mortal en la mirada:
—¡Que se vayan! ¡Fuera, fuera!

Segura salió a la noche oscura y silenciosa. También en su espíritu había caído una densa sombra, también callada. Pero de pronto creyó oír una voz, que le subía de lo más hondo de la conciencia. Eran las palabras de Emilio Molina. Ahora tenían otro son, y él las comentaba, en su soliloquio, de otra manera: "Conque un héroe, ¿eh?..."

III

Apenas había amanecido se presentó en casa de Segura una de las hermanas de Florencia, a decirle que la novia estaba ya vestida para la iglesia. La noticia le devolvió el sosiego. Sin duda, el soporcio, como había previsto doña Justina, fué sólo cosa de los nervios, sin más trascendencia. Segura se acicaló rápidamente, y a los pocos minutos estaba en la parroquia. Los padrinos y los convidados fueron apareciendo sucesivamente. La palidez de la novia era más intensa que de ordinario. Sentada en un rincón de la iglesia, doblada hacia el suelo la cabeza, parecía no oír las felicitaciones y chanzas de los concurrentes, como si su alma estuviera en otra parte o insensibilizada para lo que ocurría alrededor. La ceremonia fué sencilla y breve, y tan pronto concluyó, Segura dió prisa a todos para que se trasladaran al hotel donde se había preparado un opíparo desayuno. Luego cambiarían ellos, los novios, de ropa, y a las nueve tomarían el tren que habría de conducirles hacia la frontera, por Hendaya, y de allá a París, sin detenerse. Segura deseaba poner tierra por medio cuanto antes, para evitarse las molestias y amistosas vayas de que son objeto los recién casados, máxime a una edad como la suya. También se proponía, con su viaje a París y otras capitales de Europa, aturdir a Florencia con el espectáculo de ciudades y costumbres que para ella tendrían el nimbo fantástico de lo raro y remoto, y embriagarla suavemente con regalos en que ella nunca había podido siquiera soñar. Buen psicólogo, a lo que él se imaginaba, la táctica inteligente era ir conquistando día a día a su mujer, con atenciones y delicadezas, con liberalidades y dulzuras, en lugar de imponerle brutalmente sus derechos matrimoniales.

Florencia pidió que la dejaran volver a su casa a quitarse las galas nupciales y descansar el tiempo que faltaba para el tren. Así se hizo. Segura se retiró también pronto a mudar de vestimenta. A las nueve menos cuarto se disponía a tomar el rumbo de la estación, cuando vinieron a avisarle que Florencia sufría otra crisis de nervios, y que acaso no pudieran ponerse en viaje. Corrió Aurelio al domicilio de su mujer, y grande fué su sorpresa y su angustia al hallarla tendida en el lecho, retorciéndose de dolor y lanzando intermitentes y agudísimos ayes. Al verle Florencia, prorrumpió con acento de terror:

—¡Que no entre! ¡Que no entre!

Doña Justina cerró el paso a Segura y, llevándole a otra habitación, rogóle que se marchara hasta que fuera avisado, ya que su presencia excitaba más a su hija.

—Pero, ¿qué es, qué tiene? — indagó Segura, conmovido y receloso.

—Está un poco histérica. Ya se le pasará. Déjela que se calme, Aurelio; se lo suplico, por lo que más quiera — insistió, desencajada, doña Justina.

Los gritos de Florencia perforaban el espacio y repercutían, dilacerantes, en el alma de Segura. Parecían aullidos infrahumanos.

—¡Florencia se muere! ¡Hay que llamar a un médico! — propuso, temblándole la voz, Segura.

—¡Un médico, no! ¡No hace falta! — denegó doña Justina, los ojos desorbitados y colocándose entre Segura y la puerta.

—¡Cómo que no hace falta! ¡Ahora mismo! ¡Sin pérdida de tiempo! — afirmó Segura, apartando a doña Justina y abalanzándose a la puerta de la calle.

—¡Por Dios se lo suplico, Aurelio! ¡Deténgase! ¡Oígame! — exclamó doña Justina, en vano.

Segura retornó a los pocos minutos, acompañado de Valdés. Doña Justina se había retirado a sus habitaciones. Los dos hombres se dirigieron a la de Florencia, que en aquel instante emitía un quejido desgarrador. Junto al lecho, sus tres hermanas la contemplaban transidas de estupor, sin comprender lo que ocurría ni lo que pudiera hacerse. Cuando Florencia distinguió a Valdés y Segura, gritó con desesperación suprema y un espanto mortal en la mirada:

—¡Que se vayan! ¡Fuera, fuera!

Inmediatamente se volvió contra la pared, y se hizo un ovillo entre la colcha, como si quisiera defender su cuerpo de un peligro invisible. Valdés la interpeló dulcemente, acercándose al lecho:

—Cálmate, Florencia. Nadie te quiere hacer ningún daño.

Florencia no contestó. Valdés buscó su rostro, inclinando el suyo.

—Se ha desmayado — dijo al cabo de un momento. Le tomó el pulso e hizo un gesto de contrariedad. Acto seguido procedió a reconocerla. Al levantar la colcha, vió que una gran mancha de sangre se extendía por la cama.

—¡Desnudadla en seguida! — ordenó, nervioso, a las hermanas atónitas.

ANÉCDOTA

Cuando la última guerra alcanzó su apogeo, el palacio del rey de Inglaterra estuvo a punto de quedar sin criados, porque ellos partían para el campo de batalla.

Cierta vez uno de su séquito le mostró la necesidad que tenía de criado.

Su majestad le respondió:

—¿No sabe usted, que yo he sido mecánico en uno de los barcos de nuestra escuadra? Si no tengo mecánico para mi automóvil, lo guiaré yo mismo.

—Pero majestad... la cocción... ¿quién cocinará a Vuestra Majestad?

—¿Usted pregunta quién cocinará mis alimentos? ¿Ha olvidado a la reina María?

Ellas, con torpeza, trémulas las manos, le quitaron como pudieron el traje de novia. Segura, por pudor, se había apartado hasta la entrada del dormitorio, desviando el rostro del lecho. Sin mirar, oía el leve rumor de las ropas removidas. De pronto, un hondo silencio, en que adivinó que el médico exploraba el cuerpo de la exánime.

—¿Qué es? — se animó Segura a preguntar, con voz ahilada, sin atreverse a volver la vista.

—¡Está abortando! — contestó Valdés con brutal laconismo. Y en seguida, imperativo: — Un papel. ¡Pronto! — Se lo dieron, sacó su estilográfica y escribió rápidamente: "Gasas, algodón, vendas, aceite alcanforado". Luego añadió: — Una de vosotras, a la farmacia. ¡Volando! Y otra que traiga agua para lavarme las manos. ¡A escape!

Segura salió de la habitación, como un autómata, al pasillo, donde hubo de detenerse y apoyarse en la pared, para no rodar por tierra, como un muñeco a quien se le acaba la cuerda y, falto de movimiento, pierde el equilibrio. Tuvo la sensación de que quería pensar, darse cuenta, y el mecanismo mental tampoco le obedecía. Así permaneció largo rato, no sabía cuánto, porque también se le había escapado la noción del tiempo. De repente oyó tras él la voz de Valdés, que le decía, extendiendo las manos ensangrentadas:

—¿Qué hace ahí, alma de Dios? La cosa no es para horrorizarse. Dentro de lo anormal del caso, no nos podemos quejar, si no sobrevienen complicaciones. La hemorragia es menor de lo que temía. Ya ha expulsado el feto, de unos tres meses — ¡eso se llama madrugar, amigo! — y la enferma ha recobrado el sentido. Puede entrar a verla...

Segura se pasó la mano por los ojos, como si despertara de una pesadilla. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? Recordó las palabras de Valdés: 'Está abortando". La terrible realidad, desalojada momentáneamente de su conciencia como si no fuera capaz de retenerla, tornaba ahora a invadirla y conturbarla. Florencia había arrojado el fruto sin sazón de otro hombre. Y Florencia era ya su mujer. La relación de estos dos hechos, ya clara en su mente, acabó de despertarle del todo a la tremenda percepción de aquel drama que de pronto se anudaba a su vida. Al anonadamiento de los primeros instantes, sucedió un impulso de frenético dinamismo. Había que hacer algo. ¿Qué? Su sentimiento humillado bosquejó dos formas de acción perentoria: el secreto y la venganza. Ya iba a retirarse Valdés, que le miraba con asombro, sin comprender su mutismo, cuando Segura le llamó débilmente:

—Oígame, Valdés... De esto nada debe saber nadie más que los que lo han visto...

—Entendido. Claro está — asintió el médico con entonación ligeramente burlona.

—No, usted no lo entiende aún, y no quiero que por entenderlo mal no guarde la reserva necesaria. Puesto que es usted un buen amigo mío y un hombre de conciencia, deseo que sepa la verdad para que, velándola, como se debe, no ande mi nombre en befa pública. Yo no soy el padre de eso...

Ahora fué Valdés el que con la manga se restregó los ojos, que se reabrieron desmesuradamente, sin decir palabra; tanto se pasmó de oir a Segura. En aquel momento volvía de la farmacia una de las hermanas de Florencia, y el médico cogió gasas, algodones y vendas para acabar de hacer la cura a la paciente. Cuando hubo terminado, se lavó las manos y se dispuso a salir. Segura continuaba en el pasillo.

—¿Me ha entendido usted, verdad? — le dijo al médico entre torvo y suplicante.



Segura vió, con envidia, cómo se alejaba Valdés preocupado. También él quería irse de aquel lugar maldito, lejos, lejos, donde nadie ni nada le recordara su oprobio.

—Claro que sí. Descuide — le tranquilizó Valdés gravemente. Dudó un momento, ya en el vestíbulo, y al cabo agregó, compasivo e inquieto:

—¿No viene usted? Ande, salga de esta casa...

Segura vaciló un instante. Luego rechazó:

—Todavía no. Tengo que hacer aquí...

Segura vió con envidia cómo se alejaba Valdés, preocupado. También él quería irse de aquel lugar maldito, lejos, lejos, donde nadie ni nada le recordara su oprobio. Ahora comprendía el suicidio, por vergüenza pública, por necesidad moral de sustraerse al escarnio ambiente. Pero le faltaba valor, o acaso — pensaba — su dignidad no era tan susceptible como él había creído siempre. ¡Huir, huir! Esto sí que lo anhelaba con vehemencia. Pero ¿cómo? Si ahora salía a la calle, los convecinos le preguntarían por Florencia, el motivo de haberse suspendido el viaje de boda, y él no sabría responder, temeroso de delatarse por la palabra como por el silencio; le mirarían a los ojos y él tendría que bajarlos. Esperaría a la noche para deslizarse en la sombra como un criminal, él, el más inocente de los hombres. ¡Inocente y encima héroe! Ahora acababa de comprender el sarcasmo de Molina. Una oleada de odio se le agolpó a la cabeza. Se sintió como arrebatado por una fuerza incontrastable. Curvado el hombro, adelantada la cabeza, centelleantes los ojos, crispados los puños, espumosas las comisuras de los labios, de dos saltos se plantó en la habitación de Florencia.

IV

Segura se detuvo delante de la enferma. Estaba sola. ¿Por qué estaba sola? Segura hubiera querido que alguien se hallara allí, para interponerse entre su brazo y la víctima; pero no para ser contenido, sino para enardecerse más. Miró en derredor, como buscando alguien cuya presencia le azuzase. Nadie. Sin duda las hermanas, como la madre, sintiéndose cómplices habían huído de él, temerosas de que hiciese justicia con todas. ¡Cobardes! ¿Por qué no estaban cerca de ella en el castigo, como probablemente habían estado en el crimen?

La contempló largamente, esperando de ella una mirada de terror, un movimiento de defensa, una palabra de súplica, que, lejos de aplacar su cólera, la exacerbase. Florencia no movió los ojos cerrados, no se le contrajo un músculo, no se le despegaron los labios. Tendida de espaldas, inmóvil, lívida, parecía una muerta. El espectro del propósito que iba a poner en obra, la imagen de la muerte grabada en el rostro de su mujer, paralizó por un instante sus dedos, prontos a convertirse en garras sobre aquella miserable garganta. Vió como un trasunto real de la idea no consumada, y se encogió su coraje. Fué como si se asomara al otro lado de la venganza, a su ejecución cabal, y se detuvo. El que odia quisiera que su acción destructora no concluyese nunca, que el castigo de la víctima durara siempre; pero cuando termina el castigo, porque ha terminado también la víctima, el odio, privado de su objeto, se trueca en dolor y pesadumbre. Como si ya la hubiera matado, Segura, presa de horror imaginario ante la lividez e inmovilidad mortales de Florencia, retrocedió dos pasos.

Se recobró en seguida, movido por un impulso contrario. ¡Ah, no! Era inútil que se hiciera la muerta, como el soldado no más que herido al sentir que a él se acerca un enemigo, poseso de furor homicida. No, a él no se le engañaba ni se le conmovía con una máscara de la muerte. La muerte, con su propio rostro, le era precisa. Otra vez sus dedos se enderezaron al cuello de la paciente, prestos a agarrotar; a aquella ebúrnea garganta que, a no ser por un accidente, hubiera modulado tantas veces la mentira de su paternidad. Vaciló. Temió que le faltara fuerza para estrangularla y también verse envuelto en los códigos de los hombres. Entonces tuvo una inspiración diabólica: le arrancaría a aquel cuerpo infame las vendas y gasas que cubrían la lesión de su propio crimen, y que lo expiase hasta morir por desangramiento. Cogió la colcha para descubrir la parte infamada. Deteniéndose un momento para sobreponerse a una mezcla de pudibundez y repugnancia, oyó una voz tan delgada que parecía venir de más allá de la vida:

—¡Hazlo! No quiero otra cosa que morir.

Era Florencia, que había adivinado su pensamiento. Segura dejó caer la colcha y se apartó un paso del lecho. Con que no quería otra cosa que morir... ¡Naturalmente! Eso quieren los condenados a muer-

OBLACIÓN

Por las calladas horas en el caer del día,
Me entra al alma un anhelo de infinita oblación,
Y se llena mi espíritu con la melancolía
de místicas tristezas sin causa ni razón.

Lloran en mis silencios los astros, se diría,
que del Misterio fuesen hostias en comunión...
Y en las sombras crecientes, inefable harmonía,
como de órgano sacro suena mi corazón.

¿Qué sueño de otros mundos vive en mi subconciencia?
Nebulosa de un alma que fué Sol, y en ausencia
de la luz sus penumbras volcase en mi cantar...

Nada sé de esas cosas, apenas sé que entonces,
al llenarse la tarde de rumores de bronces
me viene una ansia inmensa de ponerme a llorar!

ANGEL FALCO.

te: morir en seguida, sin agonía moral. Pero es justo que esperen y sufran. La muerte es un bien, porque concluye con el dolor; el verdadero castigo es tener que esperarla. Que esperase también ella. Antes de obrar como verdugo, dando cumplimiento a la sentencia, quería descargarse como juez. La pena de muerte sería sólo un asesinato si la justicia no hiciese reconocer al culpable la razón de su castigo.

—Di, mala mujer. Dime... ¿Cómo puede haber criatura humana capaz de perversión tan refinada? Te he dado un nombre honrado, te iba a dar mi fortuna y lo que me queda de vida. ¿Y tú? Tú te preparabas a pagarme todo eso, ¿con qué? ¡Con un sietemesino de otro hombre, y achacarías a precipitación de la naturaleza lo que sólo era un anticipo de tu maldad sin atenuantes, de tu falsía monstruosa!... ¿Qué me dices? ¡Habla!

—Ya he hablado. Mátame — susurró Florencia, sin moverse.

—Sí, te mataré; pero cuando yo quiera, no cuando tú lo pidas — rugió Segura, acercándose al lecho, descompuesta la boca, sanguinolentos los ojos. Ella no pestañeó. — Antes quiero matarte moralmente, gozarme con tu agonía, con el asco mortal que debes sentir hacia ti misma...

—Siento un gran bienestar.

Segura creyó no haber oído bien. Preguntó, inclinando la cabeza hacia la boca de Florencia:

—¿Qué has dicho?

—Un gran bienestar — repitió débilmente su mujer.

Segura esperaba una explosión de arrepentimiento. Desconcertado, interrogó:

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Por lo que hice y porque se ha descubierto.

Segura no daba crédito a sus oídos.

—¿Cómo? — exclamó. — ¿Quieres decir que ni siquiera te avergüenzas de tu infamia?

—Es infamia para ti. Lo comprendo...

—¿Y para ti no? ¿Qué es entonces? — inquirió Segura, entre enloquecido y perplejo por lo que juzgaba como un monumento de inconciencia o de cinismo.

—No sé cómo decirlo... Pero sin ser antes de otro hombre, no hubiera podido casarme nunca contigo.

—¡Ah, vamos! — explotó sarcástico Segura. — Quiere decir que yo no era bastante precio para tu virginidad...

El rostro de Florencia se coloreó ligeramente, abofeteado por las palabras ultrajantes de Segura. Tras una pausa, explicó:

—Mi pureza no tenía precio. No podía vendértela a tí ni a nadie.

—¡Tu pureza! ¡Ja, ja! — y Segura rompió en afectada risa sardónica.

—Llámalo como quieras — prosiguió Florencia. — No me refiero sólo a la pureza del cuerpo. Esa hubiera sido lo de menos. Indigna como ahora te parezco, me sentía yo mucho más indigna dándome por interés a un hombre a quien no quería...

—¿Pero es que no te has dado? ¿No has consentido en el matrimonio?

—La que se ha casado no soy yo; quiero decir, no es mi alma o como quieras llamar a lo que hay más mío en mí. Sólo he dado mi cuerpo, que soy la primera en despreciar y que quisiera ver muerto.

Segura se había ido calmando insensiblemente, curioso de llegar al fondo de la conciencia de aquella extraña mujer. Hacía esfuerzos por comprenderla. Quiso acorralarla con su lógica de matemático:

—Y esa alma tuya tan delicada, que sentía la indignidad de entregarse a un hombre a quien no quería, juzgaba por lo visto muy digno engañar a ese mismo hombre, ocultándole la verdad. ¡Y qué verdad! ¡Nada menos que una verdad de carne y hueso, de unos tres meses, según ha dicho Valdés!

—No. Yo quise revelarlo todo antes que engañarte. Se lo conté a mi madre. Creí que el disgusto la mataba. Me obligó a callar. "Es la deshonra", me dijo. "No importa", contesté. "Es nuestra miseria", añadió. Bajé la cabeza. Me sometí a ser indigna por mi madre y mis hermanas.

—¡Muy bonito! ¡Muy hermoso! ¡Nobilísimo! Te das a un hombre, desinteresadamente, por propia dignidad, para no cometer la villanía de vender la pureza de tu alma a otro hombre que quería comprarte, y luego le vendes a este mismo hombre la impureza de tu cuerpo para salvar de la miseria a tu familia. ¡Habrá que canonizarte, o por lo menos presentarte a algún concurso de la virtud!

El tono de Segura era mordaz aún; pero aquella ira que poco antes se había apoderado de él, arrastrándole hasta las fronteras del homicidio, había remitido sin que se diera clara cuenta. El odio había cedido el paso a la curiosidad y luego a la sorpresa. Siempre había tratado superficialmente a Florencia, temeroso de que la familiaridad le hiciese sentir demasiado a lo vivo la distancia que los separaba en el tiempo. Había diferido para después del matrimonio la captación de la voluntad de su mujer, dejando a doña Justina al obra del desbrozo durante el noviazgo. Ahora se percataba de que no había conocido a Florencia. Se la había imaginado como una muchacha corriente, sin una personalidad muy acusada, maleable, sumisa. No la había creído capaz de extraordinarios movimientos espirituales, ni para el mal ni para el bien. Lo que había hecho le parecía monstruoso, pero también revelaba un carácter poco común. Eso mismo realizado por otra mujer, torpemente, por simple malicia o por vulgar complacencia de los sentidos, sería un acto vil, sin perdón ni excusa. También lo era, ¡no faltaba más!, también era abyecta, sin excusa ni perdón, la conducta de su mujer; pero en sus palabras había no se sabía qué rara emoción y sinceridad, qué íntimas complicaciones de conciencia. Segura, que había querido anonadarla, obligándola a mirarse en el espejo de su propia bajeza, había descubierto en el alma de la culpable un abismo moral que a un tiempo le repelía y le atraía.



A veces él, devorándola de soslayo con los ojos, sentía de cerca los efluvios de la naciente juventud de Florencia y el poder de su altiva personalidad...

De pronto recordó que estaba allí para matarla. Se lo recordaba su razón; pero le desobedecía su voluntad. La miró largamente. Florencia no había contestado a sus últimos sarcasmos. Había vuelto a cerrar los ojos y los labios. Una gran serenidad inundaba su rostro. Ahora le parecía, no muerta, sino dormida. Nunca la había visto tan bella, tan inquietante, tan enigmática. ¡Y tenía que perderla! ¡Tenía que perderla por su crimen, cuando precisamente su crimen le había revelado la profundidad de su ser! Una viva congoja le subió del pecho a la garganta. Su razón le decía: "¡Estrangúlala!" Y su corazón: "¡Abrázala!". Aterrado de la dureza de la razón y avergonzado de la debilidad del corazón, sin fuerza para decidirse en ningún sentido, comenzó a pasear por el dormitorio. Al cabo se lamentó:

—Si me lo hubieras dicho...

—Me habríais rechazado — susurró Florencia. — Los hombres podéis ir al matrimonio después de mil aventuras. Pero la mujer no.

—Pero un engaño así, Florencia...

Se detuvo Segura, sorprendido de haber pronunciado el nombre de su mujer.

—Sí, es terrible y odioso — completó ella. — Lo callé por mi madre, por su bienestar; pero algún día hubiera tenido que decírtelo o morirme de asco. Este asco de mí misma me ha hecho abortar. Ya anoche empezaron los dolores y la hemorragia. El vientre no quería retener lo que repugnaba a la conciencia. La naturaleza ha confesado lo que no podía guardar el alma. Ahora sólo deseo morir en medio de este bienestar tan grande, tan grande...

Tembló Segura al oir aquella invocación a la muerte. Inconscientemente se acercó al lecho, y como si quisiera defender el cuerpo de Florencia de la tentación de desangrarla que antes había sentido, levantó la colcha, medio caída, hasta la garganta de la enferma.

—Duerme ahora — la invitó en un murmurio.

Se alejó lentamente, de puntillas. Ya en la puerta, volviéndose a Florencia, balbuceó:

—Y él... ¿Es... es Molina?

Ella asintió con un levísimo movimiento de cabeza. Segura salió bruscamente. Otra vez el odio renacía en su pecho. En el pasillo, detrás de una puerta cerrada, oyó un murmullo de voces femeninas. Toda su furia se concentró ahora en la madre y las hermanas de Florencia. Si no por ellas, ¿hubiera accedido a casarse nunca? ¡Ellas, ellas eran las instigadoras de su engaño! Iba a levantar el pestillo, cuando a su memoria vinieron las palabras de doña Justina, repetidas por Florencia: "¡Es nuestra miseria!" Se detuvo. Inmediatamente echó a correr por el pasillo. Quedaba Molina. Abrió la puerta de la calle, tornó a cerrarla despacio y habló mentalmente: "Con que soy un héroe, ¿eh? ¡No lo sabes bien, canalla!"

V

Observando que las casas apenas proyectaban sombras, Segura dedujo que iba mediando el día. Era la hora en que la gente acudía al

La gallina y el topacio

Revolviendo cierta gallina un basurero encontróse una piedra preciosa y viéndola en sitio tan inmundo, la dijo:

—¿Cómo estás así entre el estiércol? Si te hubiera hallado algún platero se habría alegrado mucho y te habría devuelto el brillo; pero yo en balde te encuentro, porque de nada me sirves.

"Así son la ciencia y la sabiduría para los necios e ignorantes; en nada las estiman".

ESOPO.

café, sedienta de brebajes dotados de supuestas virtudes aperitivas. Allí estarían sus contertulios de siempre, y entre ellos Molina. El pensamiento de Aurelio reprodujo la escena cotidiana. Uno tras otro irían llegando Valdés, Padilla, Molina, todos. Molina era el más joven — unos treinta años — y el más querido. Le mimaban hombres y mujeres. No trabajaba; su única misión en la vida era el ejercicio de la simpatía. Una sinecura en el Ayuntamiento le permitía subvenir a sus primeras necesidades; de las segundas o superfluas se encargaban sus amigos, que lo eran todos en el pueblo. Se rivalizaba por convidarle, se lo disputaban individuos y tertulias. Nadie le hubiera confiado ningún negocio que requiriera una mediana inteligencia o una mediana probidad; pero todos buscaban su trato y su compañía. No se explicaba esta atracción de Molina, como en otros sujetos, por su gracejo o mordacidad; no pertenecía a ese linaje de bufones que sazonaban con las picantes especias de su ingenio la vida de los reyes antiguos, y que ahora suelen dar escolta a los reyes modernos de la industria y la banca. No era más que simpático, agradable como un adorno social o como un objeto de lujo. Las mujeres le adoraban, pero sólo como veleidad pasajera. Muchas le hubieran querido como amante de un día o una hora, pero ninguna como consorte vitalicio.— ¿Cómo pudo Florencia haberse entregado a este mequetrefe? — pensó Segura, según avanzaba hacia el café, donde esperaba encontrar a Molina.

Siguió reproduciendo mentalmente la escena. Llegaría allá, insultaría a Molina y... Se detuvo a reflexionar. ¿Y qué? No llevaba armas. Sólo podría abofetearle o arrojarle una botella. Los separarían los amigos, que comprenderían en el acto o indagarían luego los motivos de la agresión. Molina saldría del incidente con un rasguño o a lo más con una descalabradura. Era demasiado poco. No. Primero pasaría por su casa a recoger la pistola automática que usaba en sus tiempos de ingeniero, cuando recorría pueblos y montes y tenía que habérselas con trabajadores descontentos. Giró los talones y apretó el paso por una calle lateral. Respiró al ver que no se encontraba con nadie.

Ya en su domicilio sacó la pistola que guardaba en su mesa de trabajo. Estaba cargada. No la había disparado nunca. Midió la pequeñez de la máquina con la enormidad de sus efectos. Poco valía la existencia de Molina; pero, ¿era noble quitársela a mansalva y por sorpresa, en condiciones desiguales? La víctima iría a la sepultura y él a la cárcel, por lo menos hasta que se viera la causa. Le vino a las mientes — mientras volvía a cerrar el arma — la idea de un duelo. Siempre había juzgado ridícula la supervivencia de esta costumbre; pero ahora comprendía que cuando un hombre necesita matarse con otro, por odio irrefrenable, y quiere sustraerse al Código penal, siempre benévolo y distraído con esta clase de crímenes, el duelo era necesario. Sí, le desafiaría, exigiéndole una reparación por las armas.

¿Una reparación? — continuaba su soliloquio íntimo. — ¿Qué ofensa le había hecho Molina? Florencia no era aún su mujer cuando se dió a ese hombre. Tal vez ni siquiera había otorgado su consentimiento matrimonial. ¿Podían ser retroactivos sus derechos? De no haber habido engaño, de haber contado Molina, públicamente, indiscreto, la aventura, ¿hubiera tenido razón Segura para exigirle responsabilidades como esposo? Evidentemente que no. Luego, si buscaba un desafío con él, lo haría con el intento de castigar su indiscreción, que había traído este desastre de su boda. Pero ¿puede un hombre querer la muerte de otro por haber encubierto el desliz de una mujer? ¿Sería de caballeros imponer tan terrible pena por un secreto que, no obstante sus fatales consecuencias, era acto obligado de caballerosidad? Pudo Molina haberme prevenido a mí solo!—arguyó el yo vengativo de Segura. — ¡No, no! — le replicó su yo inteligente. — A nadie le es lícito revelar un secreto que también pertenece a otro, sin su asentimiento. Y más si el otro es una mujer. — ¡Cobarde! ¡Eres un cobarde! ¡Es que no tienes valor ni dignidad! ¡Todo eso que estás pensando son sólo argucias y sofismas de tu abyección moral! — se reprochó Segura por encorajinarse de nuevo. Súbitamente rompió a llorar de rabia y de amargura — desde la infancia no recordaba haber llorado jamás, — diciéndose en lo más hondo de su corazón: ¡Sí, soy un cobarde! ¡Pero mejor ser ese que asesino!

Se comentó mucho la enfermedad de la recién casada. Pero nadie, fuera de su familia, el médico y Segura, conoció la verdad. El propio Molina ignoraba el estado de Florencia. Para satisfacer la curiosidad comadrera de la gente, Valdés inventó un tumor imaginario, que se había presentado de pronto y obligado a aplazar el viaje de boda y la consumación del matrimonio. Por la tarde Valdés se llegó a casa de Segura.

—Veo — le dijo — que es usted un hombre de razón, de lo que me alegro de veras. Esta mañana temí que hiciera una barbaridad.

—Qué quiere usted... No he tenido valor, — se excusó avergonzado, Segura.

—Al contrario. Yo creo que hay que tener un valor tan grande como una montaña para ser así. Ahora es preciso que no deje de ir por aquella casa...

—¿Para qué? — replicó Segura, con sorpresa y disgusto.

—Para evitar murmuraciones. Hemos parado el primer golpe. Pero si ven que usted no aparece por allá, lo del tumor no va a creerlo nadie.

—Tarde o temprano habrá de saberse — explicó Segura. — Este es un caso terminante de nulidad del matrimonio o de divorcio. Tendré que consultar con Padilla. De modo que...

—Está bien. Pero eso tardará algú tiempo, y entretanto la gente le quemaría la sangre. Si se llevan las gestiones de tapadillo o si se puede inventar algún otro pretexto para separarse legalmente, tanto mejor para todos. Para que vea usted que soy un buen amigo, yo no tendría inconveniente en certificar que esa mujer padece un cáncer en la matriz y que no está para hacer vida marital con nadie. Cualquier cosa, con tal que se evite la campanada...

Segura le oía atentamente. Las palabras de Valdés rasgaban como

un rayo de luz el cielo anubarrado de sus pensamientos. Pues era verdad. Tal vez la separación podría hacerse sin escándalo. ¡Qué alegría si él pudiera desanudar aquel ignominioso vínculo sin dar pasto a las jaurías de la maledicencia!

—¡Gracias! ¡Gracias! — aceptó estrechando conmovido, con fuerza, las manos de Valdés.

Salieron juntos para la casa de Florencia. El médico la encontró sin novedad y se fué en seguida. Doña Justina y sus hijas, todavía medrosas, al ver a Segura volvieron a esconderse en otras habitaciones. Los casados se quedaron solos. Florencia parecía un poco más animada, y con el rabillo del ojo observaba a su marido, curiosa de conocer sus intenciones. Segura, con voz firme y tranquila, le expuso su plan. Era preciso anular el casamiento. Florencia asintió con la cabeza. Pretextarían una enfermedad incurable, cuya localización imposibilitaba las funciones del sexo...

—Si sólo de mí dependiera — interrumpió Florencia, — no me importaría que supiese la verdad todo el mundo. Ya que no has querido matarme, humillándome, despreciándome la gente, me sentiría purificada de todo el mal que te he hecho.

—¡Lo reconoces al fin! — exclamó triunfal, Segura.

—Lo he reconocido siempre — rectificó Florencia. — Sigo creyendo que hice bien al darme a un hombre libremente, pero que cometí un crimen de falsedad ocultándotelo...

—No empecemos de nuevo — cortó Segura. — La cuestión de los antecedentes está ya liquidada. Ahora tenemos que ver cómo salimos de la mejor manera posible de las consecuencias. Es estúpido que mi nombre sufra por un acto que tú cometiste; pero así es la sociedad. Me escarnecerían...

—Se hará todo lo que tú quieras —convino Florencia.

—Además—prosiguió Segura, pero al punto se detuvo. Su mujer le miró de frente, con sus grandes ojos negros, que el dolor hacía más brillantes y profundos, como interrogándole. Aurelio se decidió: —Además... También a ti te conviene que no se sepa...

Florencia trazó con la mano un gesto de acatamiento y renuncia.

—Puedes volver a casarte—completó Segura en un tono que no se sabía si era natural o sarcástico.

—Ahora es cuando me lastimas de veras. ¡Me crees capaz de volver a engañar a otro hombre! No te falta razón. Pero después de todo lo que he sufrido estos meses... Creí que era más fácil... ¡No, no! ¡No podría! Tendría que decírselo...

—Otra vez te convencería tu madre. Tú eres buena hija y buena hermana. Tenéis necesidades—adujo irónico, Segura.

—¡Jamás, jamás!— rechazó Florencia.—Antes me echaré al arroyo.

—¡Eso, no!—protestó Segura. — Yo arreglaré las cosas para que no os falte nada. Al casarme contigo no pensaba sólo comprarte, como tú creíste. Pensaba también en asegurar el porvenir de tu familia. Mantengo mi propósito.

Florencia se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Segura, como si le viera por primera vez, como si sólo entonces empezara a conocerle. Quiso declinar aquel ofrecimiento que su marido le hacía; pero dominada por la emoción rompió a llorar silenciosamente.

—Lo digo de corazón, Florencia —insistió Segura, conmovido a su vez por las lágrimas de su mujer. —Quisiera que pudieses rehacer tu vida con otro hombre más afortunado que yo...

—¡Imposible, Aurelio! — sollozó ella. — A una mujer que ha hecho lo que yo, nadie la quiere para esposa.

—Acaso Molina... Ese está obligado en cierto modo — balbuceó Segura, soltando al fin lo que, desde el principio de la conversación, le anudaba la garganta. Ardía por conocer los sentimientos de Florencia.

—¡Con ese, ni al cielo! — rehusó ella.

Segura se hizo el sorprendido. ¡Cómo! ¿No le quería? Y como Florencia denegara con la cabeza, él estrechó su indagatoria. ¿Por qué se había entregado a aquel hombre, entonces? ¿Cómo había ocurrido?

Con palabra entrecortada y débil, Florencia relató la escena. Había sido una tarde de Carnaval. Había salido de casa huyendo de su madre, que la asediaba todos los días y a todas horas para que consintiese en casarse con Segura. Su madre era muy buena, pero no concebía que una mujer tuviese voluntad. El destino de las mujeres era sacrificarse por los padres y por los hijos. Por encima de todo estaban los intereses de la familia... Florencia se rebelaba en su fuero íntimo contra aquella esclavitud. Confusamente quería hacer valer los fueros de su personalidad. La vida no era sólo deberes para los otros, sino también para sí misma... Aquella tarde de Carnaval, en que hombres y mujeres se enmascaraban para presentarse más libremente en la desnudez de sus pasiones e instintos, Florencia sintió con más imperio que nunca la necesidad de ser la dueña de su albedrío. Antes de venderse en matrimonio, se ofrendaría soberanamente a un hombre que nadie le impusiera, que ni él mismo pensara imponerse. Se encontró con Molina, que no la reconoció al punto. Bromearon y bebieron. La música y el baile acabaron de aturdirla. Ganada completamente por la embriaguez saturnal, que tan bien correspondía a su estado de alma, en rigor fué Florencia la que arrastró a Molina y no Molina a Florencia. La condujo a una casa equívoca. Cuando, ya de noche, ella despertó de aquel sueño de libertad, en que el principio de la vida se había sublevado contra la tiranía de la ley y la costumbre, y se hizo cargo de la triste realidad inmediata: su cuerpo poluto y fatigado, junto al de un individuo extraño y vulgar, en una habitación fría y repelente, fué por un momento presa de gran congoja e indignación contra sí misma y contra aquel hombre que se había aprovechado de una crisis de la conciencia más que del instinto. ¿Por qué había abusado de ella? ¿Por qué no había vacilado, por qué no había intentado disuadirla? Molina se rió ruidosamente. ¡Qué graciosa era! ¡Ahora le salía con eso! Ella le propuso huir. El volvió a la risa. ¿Para qué, después de lo hecho? "¡Precisamente! — insistió ella. — ¡Para que nadie les pidiese cuentas!" Molina empezó a ponerse serio: "¡Bah, bah! Esas cosas se piensan antes". Y, a pretexto de que era tarde, acabó de vestirse rápidamente y salió, dejándola sola en aquella casa. Florencia se recobró en seguida. No le pesaba lo hecho, pero ¡a qué hombre había ido a parar! ¡Cómo engañan las apariencias! ¡Tan bonito y galante por fuera, y tan grosero e irresponsable por dentro! Camino ya de su casa, le recordaba con náuseas. ¡Qué desilusión le había invadido! No se arrepentía de su acto de liberación momentánea; pero el acto mismo, ¡qué humillante y descorazonador!

—¡No, no! — repitió Florencia, resumiendo su relato. — ¡Con ese hombre, ni a la gloria! Y con otro no hay que pensar.

Perplejo la había escuchado Segura. Le admiraba la energía de su carácter y la lealtad con que ahora se presentaba ante él. Pudo haber urdido la eterna historia de la seducción: el hombre, lascivo y falso; la mujer, amorosa y confiada; traidor él; víctima ella. Y había preferido contarle la verdad. Ni ella se había entregado a Molina por amor, ni Molina la había seducido por engaño. A Segura le costaba trabajo comprender aquella naturaleza femenina tan independiente, tan celosa de su personalidad, tan incorruptible en su íntima pureza de mujer; no comprendía bien aquel escrupuloso matiz con que Florencia había diferenciado el acto de vender su alma, lo que ella llamaba su alma, y vender su cuerpo; pero la realidad estaba allí, y unque no acababa de entenderla y quisiera aborrecerla, lo cierto es que le impresionaba. Después de un silencio, Segura, titubeante, preguntó:

—Y si un hombre te quisiese, tal como eres, conociendo lo ocurrido... Dí, Florencia, sinceramente... ¿tú llegarías a quererle también?

Tras un momento de vacilación, entornados los ojos, la voz estremecida, Florencia respondió:

—De los hombres que he conocido, a ninguno le creo capaz de eso... Pero si ese hombre existiera, más



—¡Florencia, Florencia!, — exclamó él levantándola y estrechándola, convulso, contra su pecho...

EL MAESTRO

Refiere un pedagogo francés que en cierta ocasión un niño de aldea, a quien su padre castigaba por una causa fútil, exclamó:

—¡Ah! ¡Si el maestro lo supiera!

El brazo pronto a castigarlo se detuvo, porque el padre pensó: — Sería capaz de contárselo.

El pensamiento del niño se volvía en su tribulación al maestro, como a la justicia misma, y la invocación hacía reflexionar al padre.

—¡Qué homenaje para un hombre! ¡Qué gloria!

Cuando existan maestros así en cada pueblo, se comprenderá lo que significa la Escuela.

Entonces será una hermosa realidad el pensamiento del ilustre repúblico español don Manuel Ruiz Zorrilla:

"El buen maestro de escuela es el primer magistrado de la nación".

que un hombre me parecía una criatura sobrenatural. Le adoraría de rodillas, como a Dios...

Segura se despidió bruscamente, pretextando que era ya tarde y que ella no debía hablar tanto. Volvería todos los días, para evitar sospechas y murmuraciones...

VI

El proyecto fué de Segura. Se lo contó una tarde a Valdés, a tiempo que salían juntos de la casa de Florencia, ya casi restablecida. ¿Qué le parecía un viaje a París? Dirían que la llevaba para que la reconocieran los mejores especialistas franceses. Había que dar el mayor ambiente de verosimilitud al ardid de la enfermedad. No es que dudara nadie. La patraña había caído muy bien, y la idea del divorcio era juzgada por todos como humana y lógica. Compadecían a la pobre Florencia; pero tampoco era justo que Segura siguiese unido a una mujer que no estaba en condiciones maritales.

—Un viaje corto, de seis u ocho días. ¿Qué le parece? — consultó Segura.

Valdés, que había venido notando agradablemente una menor tirantez en las relaciones de los cónyuges, aprobó con alborozo, no exento de un leal toque de picardía:

—¡Magnífico, hombre! La ocurrencia admirable.

Consultada Florencia, aceptó sin vacilar, humildemente. Salieron una mañana temprano. Ella tenía, realmente, aspecto de enferma: pálida, ojerosa, macilenta. El la atendía con estudiada solicitud. Nadie podía adivinar, viendo el abandono con que ella apoyaba su brazo en él y la aparente dulzura con que él la conducía, el amargo drama que separaba sus vidas. El viaje les fué profundamente penoso. Hablaron muy poco. De vez en cuando él la preguntaba si quería algo o si iba cómoda

Florencia callaba. Sólo respondía con monosílabos a las preguntas y observaciones de su marido. Iba ausente del mundo exterior. De una parte se alegraba de no hacer el viaje cargada de un secreto culpable. ¡Cómo había sufrido antes de la boda pensando en estas primeras horas de convivencia con su marido, traicionado antes de serlo! Ahora que él lo sabía todo, su júbilo íntimo era inmenso. Sólo se apenaba adivinando en Aurelio el curso de sus reflexiones, el contraste entre el viaje que él había concebido y el que le deparaba la realidad. Y ella era la responsable de la amargura de aquel hombre. No la merecía. Desde que le había conocido más de cerca, su opinión sobre él había cambiado radicalmente. Otro la hubiese matado en el acto de ser descubierta su culpa, o no hubiese vuelto a mirarla al rostro en la vida. El pasaba por esta farsa de su enfermedad y por este viaje, ¡con ella, con ella!, a París. Claro que le preocupaba su buen nombre; pero también el de ella y el de sus hermanas; sobre ellas caería también, de rechazo, su vergüenza, si se divulgase. Florencia miraba de reojo a Segura, y al verlo tan pensativo y triste, tuvo hacia él un impulso de piedad. ¡Luego era tan delicado! No había vuelto a hablarle de su falta. Ni en sus ojos, tan graves y melancólicos, había el menor reproche. Y cuando le dirigía la palabra para ofrecerle cualquier servicio o llamar su atención a algún detalle del itinerario, su voz tenía inflexiones de caricia. ¡Si ella le hubiese conocido antes más a fondo.

Llegaron a París y se instalaron en un hotel próximo a la Opera. El encargado mostróse muy sorprendido cuando preguntó al viajero:

—¿Una habitación?

Y Segura le respondió:

—No. Dos. Separados.

—Pero ¿contiguas? — insistió el encargado.

—No importa — sostuvo Segura con un encogimiento de hombros.

—¿Por lo menos las querrá usted en el mismo piso? — persistió, impertinente, el encargado.

—¡Me es igual! — replicó, con desabrida impaciencia, Segura.

Florencia no entendía el francés; pero había adivinado el diálogo y se colorearon sus mejillas.

El primer día comieron en el hotel: él, en el restaurante; ella, en su habitación; creía que su presencia le era enojosa, y se propuso ahorrársela todo lo posible. Como al día siguiente tampoco bajara, Segura llamó a su cuarto para informarse de su salud, y encontrándola sin novedad, la invitó a cenar juntos en el comedor. Ella aceptó, agradecida. Antes de acostarse aquella noche, Segura escribió a Valdés, como habían convenido. Le decía que habían visitado a un gran especialista. "Desgraciadamente — mentía Segura. — su opinión ha coincidido con la suya. No hay nada que hacer. Es un caso desesperado, y una intervención quirúrgica tendría resultados fatales". Valdés hizo circular la carta.

Al tercer día, Segura propuso a Florencia dar un paseo por las calles de París. Ella accedió, conmovida. ¡Qué bueno era! Comieron en el café de la Paix. Segura no había olvidado aún la topografía gastronómica de París. Por la noche fueron al Olimpia. Los días sucesivos los dedicaron a recorrer tiendas de modas y grandes almacenes. Sin darse cuenta, Segura empezaba a realizar el programa que había proyectado antes de casarse. Florencia quiso resistirse a los obsequios que él le ofrecía: trajes, sombreros, perfumes, joyas, adornos de todo género. En vano. Suave y tenaz, Segura era irresistible. A la semana parecían otros. Su trato era menos frío. Ella mejoraba de salud y de ánimo; él sentía también remozarse. La magia de París les abstraía poco a poco del pasado. ¿No habría sido todo un sueño? El pueblo, la boda, el drama, se esfumaba gradualmente en su conciencia, como algo lejano en el espacio y el tiempo. La vida fácil y tumultuosa de la gran ciudad modificaba insensiblemente su psicología, el orden de sus ideas y sentimientos. A veces, él, devorándola de soslayo con los ojos, sintiendo tan de cerca los efluvios de la renaciente juventud de Florencia y el poder de su altiva personalidad, estaba tentado de decirle: "¿Quieres que pasemos una esponja al pasado y empecemos la vida de nuevo?" Pero le contenía un vago escrúpulo — ¿qué pensarían de él los enterados de la verdad? — y el temor de que ella, viéndole tolerante y débil, le rechazara con desprecio. ¿Quién sabía cómo había de reaccionar una mujer de su temple y carácter? También ella hubiera querido, algunos momentos, arrojarse a sus pies, humillada por su superioridad moral; pero asimismo temía que él interpretase mal su impulso, atribuyéndolo a astucia y cálculo, y que la menospreciase sin remedio. Así se les pasaron unos días más.

Una mañana, Segura sugirió en tono de chanza:

—Bueno, Florencia. Habrá que ir a ver a ese especialista...

Ella rió al pronto, gozosamente. Luego se quedó taciturna. La broma de su marido le hizo recordar que aquella ventura suya era pasajera. ¿Y no valía más acabarla cuanto antes para que doliese menos el retorno a la triste realidad que les esperaba? Segura tuvo el mismo pensamiento. La situación era absurda. ¿Para qué prolongarla?

—¿Quieres que volvamos mañana? — propuso de súbito, temblorosa la voz.

Florencia aprobó con la cabeza, en silencio. A duras penas pudo contener las lágrimas. Todo el día vagaron por las calles de París, distraídos, cabizbajos, ausentes ya de la vida fácil y tumultuosa de la gran ciudad, presentes ya en la vida quieta y áspera del retorno. A media noche volvieron lentamente al hotel. Subieron al piso donde estaban sus habitaciones y, como otras veces, él la acompañó hasta la puerta de la suya.

—Hasta mañana, Florencia. Te llamaré a las siete.

Ella, volviendo ligeramente el rostro, le tendió la mano. Era la primera vez que lo hacía. Segura, sorprendido, se la cogió entre las suyas, y tras un instante de vacilación, se la llevó a los labios. Florencia se pasó la otra mano por la frente y se arrimó a la puerta para no caerse. Aurelio, alarmado, se adelantó a recogerla en sus brazos. Abrió apresuradamente la habitación y condujo en vilo el cuerpo inanimado de su mujer. Suavemente lo depositó en un sillón. Iba a llamar para pedir auxilio, cuando Florencia abrió de nuevo los ojos. Lanzó un gran grito y comenzó a sollozar angustiosamente. Conturbado por el espectáculo, él trataba de tranquilizarla con palabras balbucientes e inconexas, a la vez que le pasaba la mano por el sedoso cabello. Ella se arrojó del asiento al suelo, y hundiendo su cabeza entre los pies de Segura, comenzó a besárselos frenéticamente.

—¡Mi dios, mi dios! — prorrumpió como vesánica. — ¿Por qué cometí aquel crimen?

—¡Florencia, Florencia! — exclamó él, levantándola y estrechándola, convulso, contra su pecho. Se besaron por primera vez, larga, apasionadamente.

VII

Valdés no salía de su asombro. Segura le había escrito: "Hemos visitado otro especialista. Su opinión difiere de la del primero y de la de usted. Nos ha dicho que la enfermedad de Florencia no es tan grave, y que él se compromete a operarla y dejarla como nueva. La operará mañana". A los dos días recibía otra carta de Segura: "La operación ha sido felicísima. Florencia se encuentra fuera de peligro". Ocho días después: "Florencia se levanta ya". La carta siguiente estaba fechada en Milán: "Florencia ha querido conocer Italia. Su salud es perfecta". Un mes más tarde escribía desde Berlín: "Hemos recorrido media Europa. ¡Qué países tan admirables! Florencia está como alucinada. Yo bendigo la hora que fuimos a París". Poco después, desde París: "Regresamos a España. Vamos directamente a Madrid, donde pensamos domiciliarnos. Nuestra casa será la suya. No deje de visitarnos esta primavera. Eterna gratitud. Abrazos cordiales.—*Aurelio Segura*".

—¡Asombroso, asombroso! — exclamaba Valdés, mientras daba lectura pública a las cartas de su amigo. Y para sí: — Lo esperaba. Lo presentí cuando me habló del viaje.

—¡Esos son médicos, los de París! — confirmaban Padilla y los demás contertulios.

—¡Extraordinarios! — asentía Valdés, socarrón y satisfecho del giro que habían tomado las cosas. Luego añadía: — ¡Y qué clima tan saludable el de París! Porque el clima influye mucho en todo. ¡Para que luego se hable mal de la atmósfera de las grandes ciudades!...

DEBILIDAD

No me niegues piedad si, enloquecido,
Caigo a tus pies para implorar, de hinojos,
El beso-luz de tus divinos ojos,
Por los que llevo el corazón herido!

He luchado hasta el fin y, convencido
De no poder triunfar de mis antojos,
Tiemblo al pensar, mi bien, en tus enojos,
Temo entregarme a tu desdén, vencido!

¡No sé si soy culpable! El alma es buena
Mientras se puede mantener serena
Porque la luz de la razón la asiste!

Mas si esta luz su majestad le niega,
Como un barco sin brújula navega...
¡Y ya en mi alma la razón no existe!

LEOPOLDO REVUELTA.

Cuba, 1926.

Tres libros de Rafael Alberto Arrieta

Con dos libros en prosa y uno en verso, ha querido Rafael Alberto Arrieta volver a despertar en nuestro corazón, el antiguo eco que su obra admirable hallara siempre.

Ariel corpóreo — colección de artículos y *El encantamiento de las sombras* — pequeños poemas — se llaman los libros, en donde la diáfana y perfecta prosa de *Las hermanas tutelares*, vuelve a decirnos cosas sabias y bellas.

En *Estío serrano*, volvemos a encontrar al poeta que en *Alma y Momento, El espejo de la fuente, Las noches de oro y Fugacidad*, supiera ser orgullo y prez de la lírica americana.

* * *

Ariel corpóreo es una serie de artículos en los que se invoca figuras de renombre mundial, como Shelley, Byron o Keats. Conocida es la maestría con que Arrieta traduce a los grandes poetas ingleses. El mismo amor pone para evocarlos. Páginas como *Ariel corpóreo, El último soneto de Keats, Ernesto Dowson, Longfellow y El sentimiento de la noche* y, sobre todos, *Lafcadio Harn, profesor de Literatura*, pueden presentarse como ejemplos de perfección formal, en donde la emoción burbujea y se ofrece cálida: copa de límpido cristal que encierra licor generoso.

Lafcadio Harn, profesor de Literatura, evoca la figura del genial inglés, desterrado en el Japón por propia voluntad y realizando allí obra admirable de acercamiento entre los espíritus de dos razas tan diferentes.

Philéas Lebesgue — francés — o Conrado Govoni — italiano, — poetas poco conocidos aún en nuestro ambiente, hallan en el políglota articulista argentino, un divulgador insuperable. ¡Hay tanto amor puesto en estas páginas destinadas al periódico!

Y con tres figuras nuestras: Pedro Prado — chileno — María Eugenia Vaz Ferreira y José Enrique Rodó — uruguayos, — ciérrase el volumen. Y en estas figuras que uno también conoció y qué, por lo tanto, carecen de la sugestión legendaria de lo exótico, es donde más puede apreciarse la labor de comprensión realizada por el poeta que los evoca: espíritus nobles encerrados en la forma cordial que nos fué dado ver y oir, a modo de un regalo.

El encantamiento de las sombras es un libro original. Pequeños poemas en prosa, nos hablan de los sentimientos de un bibliómano artista.

Esta corta *Balada de invierno*, hablará mejor que yo:

"Llueve. Las gotas resbalan presurosas, ondulantes, diamantinas, por los anchos cristales de mi ventana. Un rumor de colmena envuelve el cuarto. He encendido mi fuego y mi pipa. Me hundo en el sillón; abro un libro...

No, éste no; nada de esfuerzos. Quisiera soñar, evocar, alejarme, deslizarme suavemente, vivir dos horas en un mundo de fantasmas...

He aquí mi filtro. ¡Querido viejo libro que fué de mi padre, que yo adoré de niño! Pero no voy a leerte. Quiero contemplar una vez más tus hermosos grabados en acero y madera; tus héroes vestidos de hierro, tus divinas castellanas, tus palacios suspensos de una nube, tus fogosos corceles, tus jardines encantados, tus batallas.

"Devuélveme mis ojos infantiles, su maravillado asombro, su claridad purísima. Arráncame de nuevo el grito de júbilo, la candorosa admiración. Dime otra vez que ese es mi camino, que esa niña me ama, que ese castillo me espera, que en ese combate venceré.

"Tú eres mi filtro; no te me rompas entre mis manos. Dadme la llave del pasado, condúceme al país que ya no sé soñar, asegúrame que la vida recomienda, que tú no eres un libro cualquiera que yo hojée de niño.

Sé tú mi mago y yo seré tu héroe mientras la vida recomienda, que tú no eres un libro cualarde y el día se oscurece..."

Es así una selección de temas caros a un espíritu estudioso, páginas miniadas en las que una ternura dulce habla quedamente a nuestro espíritu también amante del libro, que es hermano y de la hoja de papel, que es confidente.

Finalmente, en *Estío serrano*, volvemos a hallar al poeta sobrio, intenso e infantilmente artista de nuestra adolescencia.



El libro está inspirado en la sierra, en sus paisajes y en sus hombres, que saben despertar los sentimientos de un contemplador capaz de transformarlos en versos musicales e imágenes imprevistas.

En esta época retórica del disloque del ritmo, Rafael Alberto Arrieta le permanece fiel. Su seguro instinto de artista le hace aceptar innovaciones que dan libertad al idioma y agilidad al verso; mas sabe detenerse allí donde en el nombre de la libertad los falsos artistas van a volver a hacer retórica tan mala como la académica. El versolibrismo de su rima, es decir, la prosa, una mala prosa jadeante y balbuceante, no se verá nunca en el autor de *Estío serrano*.

La naturaleza lo dotó con el don precioso del ritmo y él sabe arrancarle sus más recónditas y sabias armonías, es decir, aquellas en que la frase expresa ajustadamente el sentimiento.

A Rafael Alberto Arrieta lo ha caracterizado siempre el poseer la conciencia de su arte, modalidad nada común en los versificadores. Y de ahí que su estrofa surja límpida, con sobriedad de cuerpo joven y una rara precisión en el adjetivo:

Mi corazón maduro
para la maravilla y el milagro.
... ...

Los hallazgos abundantes en el libro:

Mi sueño apresuradamente
su tablado de títeres...
...Está palidecido
cuando la luna en torno mío hiela...

Pero quizás se traicione al poeta citándolo así, fragmentariamente. Por la misma conciencia que le caracteriza, sus composiciones forman un todo orgánico en las que nada sobra. Citado en fragmentos, entonces, es mutilarlo.

He aquí *Pastor serrano*, una de las composiciones más ricas en observación y humanidad viva del libro:

Sandalio, pastor de cabras
en su nativo lugar.
Ochenta años cabales
y ninguna enfermedad.
Ignora el delirio urbano
y la nostalgia del mar.
Conoce cosas de mago
que enseña la soledad:
de cada hierba, el precioso
secreto medicinal;
hablas de sierpes y pájaros;
todo el misterio lunar.

Padre de catorce hijos,
rebaño procesional
que fué bajando la sierra
y no la volvió a trepar,
vive solo con sus cabras,
sus cuatro burros, su can,
y habita choza de piedra
donde el huésped hallará,
leche fresca, higos maduros,
buen arrope de chañar,
e historias interminables,
de aviesa prolijidad,
que más de un señor vecino
preferiría enterrar.

Ya parece este serrano
piedra de un pedregal.
Color de piedra quemada
tiene la roída faz.
Arrugas que le desuellan
entrambos pómulos, dan
al rostro huellas estriadas
de una erosión torrencial.
La barba gris y punzante,
que no ha podado jamás,
semeja, por dura y rala,
vegetación del lugar.
Los ojos endurecidos
por el recelo y la edad,
alúmbranse de malicia
con chispas de pedernal.
Y por lágrimas furtivas
que burlan su intimidad,
sábese que también tiene
su escondido manantial...

También destácanse por su ingenuo arte las *Tres canciones infantiles*, y por su acabada perfección las versiones que trae de los poetas ingleses Wordsworth y Shelley.

En verdad que este año ha sido venturoso para este artista, que con sereno paso de hombre fuerte, va realizando una obra honrada y admirable.

Lo que dicen los sabios

Establécete a ti mismo, por decirlo así un carácter y una figura que hayas de mantener en adelante, tanto respecto de ti mismo, cuanto en comunicación con las personas. — EPICTETO.

* * *

Lo que llaman sentido común no es, casi siempre, sino el fruto de la común experiencia sabiamente corregido, y para llegar a poseerlo no se requiere gran habilidad, sino más bien paciencia, diligencia y vigilancia. — SMILES.

* * *

Preguntándose a Diógenes de qué modo uno se podría hacer preceptor de sí mismo, respondió: Reprendiendo en sí aquello que es reprensible en los demás. — STOBEO.

* * *

En los más hermosos botones de rosa es donde agrada al gusano roedor habitar. En los mejores espíritus es donde roen mejor las pasiones. — SHAKESPEARE.

* * *

Hemos nacido para ayudarnos unos a otros, como los pies, las manos, los párpados, los dientes. Es, pues, contrario a la naturaleza perjudicarse mutuamente, y perjudicarse es sentir odio y aversión.— MARCO AURELIO.

* * *

El hombre no puede subsistir más que por la Verdad. Si expone la Verdad, se expone a sí mismo. Si traiciona la Verdad, se traiciona a sí mismo. Y no es mentir solamente decir mentiras: también lo es obrar contra la propia convicción.—NOVALIS.

Los amigos que nos huyen

Por Antonio Zozaya

Aquel infortunado y glorioso Edmundo de Amicis, autor de ese breviario de los niños y de los adultos, titulado *Cuore*, escribió también otro volumen admirable, consagrado a las dulzuras y beneficios de la amistad. En *Los amigos*, el incomparable escrutador de almas escogidas hizo patentes las intensas emociones que sienten los espíritus afines en su comunión espiritual. Es uno de esos libros que todas las mujeres debieran adquirir con sus economías domésticas, para colocarlo sobre la mesa de trabajo de sus maridos; como *La Mujer*, de Michelet; *Marianela*, de Galdós, y algunos otros inspirados, como ellos, en los sentimientos más excelsos, bien seguras de que ellos mejorarían la condición moral de sus cónyuges y les harían más dignos, más bondadosos y más capaces de hacerlas felices y de identificarse con sus anhelos de perfeccionamiento y de idealidad.

En sus últimos años, D'Amicis fué muy desgraciado. Perdió a todos los suyos. Viejo y enfermo, la fortuna le fué también adversa. Si lo hubiera previsto, no hubiera dejado de incluir en su libro un capítulo más dedicado, con dolorosa y noble piedad, a los amigos que nos huyen.

Entre esos seres desgraciados, que nos profesaron sincero cariño o lo simularon, que convivieron con nosotros en la más cordial de las intimidades y que un día determinado esquivan nuestra conversación y aun nuestra presencia, los más conocidos, aquellos de los cuales se ha hablado ya por todos los pesimistas, se encuentran los que nos huyen en la adversidad por simple egoísmo. Son de dos clases. Unos, cuando nos creen sumidos en la pobreza, se alejan de nosotros por temor a que los importunemos con nuestras peticiones inoportunas. Esos, en verdad, nunca fueron nuestros amigos. Nos trataron con fingido afecto; pero eran incapaces de sentirlo, o tal vez reservaron sus cariños para otros seres. No tenemos derecho a quejarnos cuando nos abandonan. Hablaron con nosotros en tiempo de bonanza, por necesidad o por azares de la vida diaria. Somos injustos al pedir que nos socorran y nos consuelen quienes no convivieron con nosotros sino forzadamente y no por gusto. Tales son muchos compañeros de trabajo, de oficina o taller, de casino o de consanguinidad. El hecho de ver con frecuencia a un hombre que puede muy bien sernos secretamente odioso, por exigencias de nuestro oficio o incidencias de nuestros negocios, no nos autoriza, en verdad, a exigirle que sea nuestro amigo del alma. Sin embargo, caemos en este error con harta frecuencia. "!Parece mentira — decimos — que uno compañero nos olvide o nos desprecie!". Pero aquel hombre no era compañero nuestro por gusto, ni amigo, sino por exigencias circunstanciales.

Otros nos quisieron de veras; pero al vernos desgraciados huyen, algunas veces por maldad, pero casi siempre por debilidad de carácter. Por instinto se sobrecogen ante la desgracia. Más que malvados, son cobardes. Hay que compadecerlos. Son seres inferiores, que se asustan ante los cadáveres y no tienen valor para contemplarlos, y se estremecen ante los harapos y echan a correr. A esta clase pertenecen los que encuentran en la carretera a un herido y huyen, sintiéndose incapaces de contemplar la sangre, y mucho más de curar una herida; pero corren a demandar auxilio a otros más valerosos. A todos hay que compadecerlos. En general, los que nos abandonan, más que malos, son débiles y tímidos. Debemos perdonarlos. ¿No es más consolador pensar de este modo que renegar de todos los hombres en masa y afirmar que la Humanidad se encuentra compuesta de fieras?

Pero los que nos huyen no siempre lo hacen siendo ellos felices y nosotros infortunados. Muchas veces ocurre lo inverso. En alguna ocasión vamos por la calle y vemos a un viejo amigo, de aspecto miserable, cubierto de harapos, o por lo menos de indumentaria misérrima, que al divisarnos echa a andar por otro camino precipitadamente, con la cabeza baja y esquivando nuestras miradas escrutadoras. Ese es un amigo verdadero que ha sufrido reveses de fortuna, o que ha caído en alguna falta, que la miseria hace indisculpable, y que se avergüenza al encontrarnos. Corremos tras él; pero se ha ocultado a nuestra vista y ya no lo hallamos acaso jamás. Semejante sorpresa nos sume en la tristeza y en el desconcierto. Alguien nos notifica que el infortunado carece de todo recurso, o que se halla bajo el peso de una acusación infamante. Lo buscamos en vano. No ha querido contagiarnos su pena. Ha preferido renunciar a un posible socorro o a una frase sincera de afecto, a ser a nuestros ojos menos digno que lo que fué. Estos amigos que nos huyen, y de los cuales no se habló jamás, son aquellos que hubiera ensalzado D'Amicis, que era compasivo y comprensivo; dos cualidades que rara vez se dan juntas.

De todos modos, felices o desventurados, en la alegría o en el desconsuelo, lejos de indignarnos viendo a los viejos amigos que nos huyen, debemos sentir una noble piedad melancólica. Perder un amigo ya es mucho; pero perder la confianza en la bondad humana, el grato optimismo que nos hace tolerable la vida, sería mucho más y peor.

En la farmacia

El nuevo dependiente. — ¿Y en este frasco, qué hay?

El farmacéutico. — Nada; es un agua coloreada que despachamos cuando no entendemos la receta.

SONATA DE PRIMAVERA

TUS OJOS

Unicos, emotivos, inquietantes,
Ojos que fueron un lejano día,
Puertos de mar para los navegantes
Procedentes del Cairo y de Oceanía.

Por eso es que al mirarme aún guardan cierto
Encanto de feéricos países...
¿Maravillosos? Sí. Todo un concierto:
Torres azules y jardines grises.

Y el pájaro del alma viene a ellos,
Y en un afán de dicha se concreta
A cantarlos; purísimos y bellos

Ojos de universales caridades,
Que han besado los labios del poeta
Con el divino amor de otras edades!

TUS PÁRPADOS

Proyecciones de ensueños en la andanza,
Siempre fieles al hombre de conquista,
Que resumen la muerte y la esperanza
Y a la vez, el ideal del fino artista.

Nevados por un lento plenilunio,
Son así como pétalos de lises,
Porque saben del trágico infortunio,
Del alba de oro y los ocasos grises.

Párpados que no esperan el retoño
De la azul primavera del cansancio
Para gozar del sol del buen otoño...

¡Oh, dulce languidez evocativa
De una ya mitológica Bizancio,
Maravillosa por su perspectiva!

TUS OJERAS

Ojeras tristes, hondas, virginales,
Rinconcitos de paz donde el cariño
Pone a veces sus besos iniciales
Y el amante sus lágrimas de niño.

De las Mil y Una Noches me dan ellas
La visión de una mar semitranquila,
Y de su fondo, igual que las estrellas,
Surgir veo una Atlántida de lila...

Y a medida que crece, el desconsuelo
Va evaporándose dentro de mi alma,
Como la niebla en el azul del cielo.

Y me quedo mirando el horizonte
Crepuscular, circuido de una calma
Más profunda, quizás, que la de un monte!

TU VOZ

Voz juvenil que todo lo sublima,
Clara, sedante, insinuativa y fresca;
Flauta de caña que el aliento anima
En una ideal balada pintoresca.

Voz deliciosa y pura que parece
Llegar a mí desde la edad pagana:
Que es suspiro en la tarde que fenece
Y transparencia de oro en la mañana.

Voz de novia sapiente que celebra
Mis inquietudes y mis sueños vagos,
Y que, como el cristal, vibra o se quiebra...

Música que en los parques anda errante:
Voz adorada por los Reyes Magos
Y por Jesús, que fué el primer amante!

TU CUELLO

Puente de seda, oh cuello sin collares,
Eres para el poeta sin fortuna,
Levantado por Dios bajo la luna
Y sobre la tragedia de los mares.

Puente de seda que cruzó una noche,
En desolado vértigo de excesos,
La roja caravana de mis besos
Y el ciego torbellino del reproche.

Mórbida curva de turgencia leve,
Donde se unen las rosas con la nieve
Y el éxtasis al ansia del pecado.

Yo no sé si ofrendarte el alma entera,
O repartirme con la primavera
La ventura de haberte conquistado!

TUS BRAZOS

Promesas de tus brazos de consuelo
Que curarán mi espiritual herida,
O que tal vez impregnarán de cielo
La pandórica caja de mi vida.

Oh, los estremecimientos de tus brazos
Sobre mis hombros en que siempre queda
La sensación del roce, y que, cual lazos,
Une mi amor al de su casta seda!

Por eso hoy tienen para mí el encanto
Revelador de un paraíso nuevo,
Que yo soñara ayer, cálido y santo.

Limosnas, salvavidas, parabienes:
Brazos por los que ingenuamente llevo
Una esperanza de futuros bienes!

TUS MANOS

Glorias de seda y de efusiones francas
Que ya conocen los apasionados,
Son a la vez tus fieles manos blancas
De sensitivos dedos alargados.

Mi aventurera juventud las ama,
Y en un desbordamiento de ternura,
Símbolo de bondades las proclama,
Por la felicidad de su hermosura.

Y también porque humildemente buenas,
Cuidan en los placeres y en las penas
De dejarme al final, la mejor parte.

Piadosas y solícitas: ideales
Manos de advocaciones maternales,
Que han hecho de mi vida una obra de arte!

TU CUERPO

Líneas rectas y curvas, casi en una
Forma que lo define enteramente:
Lo ha hechizado la nieve de la luna;
Lo han lavado las aguas de un torrente.

Lozano y tentador que por sí solo
Se impone y triunfa, cuando a él me entrego:
Pues tiene a un tiempo la frialdad del Polo
Y de la zona tropical el fuego.

Su desnudez se aclara en un Oriente
De luz para los goces, tan radiante,
Que en él abismo corazón y mente....

Oh, cuerpo de pecado y de leyenda,
Yo te amaré en la vida, hasta el instante
Que el largo viaje sin retorno emprenda!

SANTOS AGUILERA.

La esperanza

¿No habéis tenido muchas veces, mirando al mar, la idea de que las aguas desaparecieran y se revelara al pronto todo su fondo? ¡Qué de tesoros y qué de miserias! Y frente a los hombres, ¿no se os ocurre sorprenderles el alma? ¡Qué de riquezas y qué de congojas! En esa insignificante persona que veis atravesar la calle tranquilamente, ¡cuántos tormentos y cuántas angustias se agitan! Todo un mundo contenido. ¡Oh la vergüenza de mostrar la desgracia! Todos rivalizan por ser los más felices. Sólo allá en el recogimiento de la morada, con las luces extintas, en la sala vieja, nos atrevemos a levantar tímidamente las puntas del velo y derramar una lágrima. Mil proyectos abortados en la primera fase. ¡Cuántos obstáculos acumulados por la voluntad de los hombres! Esta voluntad que hace tantos siglos trata de ponerse de acuerdo para dejar reducidas las dificultades a las que proceden de la naturaleza. ¡Esta voluntad es una falsa enseña! Desdichados los que se fían ciegamente. A la postre vienen a rendir la cabeza fatigada en el pecho de la sola persona que, por un milagro del amor, no nos ignora completamente. Pero aun este descanso, que como un regalo divino nos ofrece la vida, ¡cuán lleno de inquietudes! Restan todavía anhelos no satisfechos. ¡Cómo ambicionamos la hora de cerrar todo en torno nuestro y quedar a solas con el alma! ¡Ah, entonces no ocultamos nada, nuestra sonrisa es franca! ¡Qué ansias de paz! De no saber nada de la calle, de mirar y no ver, de oír y no escuchar, de contar al alma el cuento lleno de unción y de recogimiento de nuestras desdichas y de nuestras miserias. Y ella, ¡qué serenidad profunda! ¡Como la madre que oye las cuitas de su hijo, allí está presente en el ritmo de nuestro corazón, en la fe que vuelve a nuestros pechos, en el ansia de vivir!

Todo lo que es reintegrar las fuerzas para ponernos en pie otra vez y abrir las ventanas a la luz de la aurora, como si el alma os dijese silenciosamente durante la noche: "Vive aún y espera".

V. GARCIA MARTI.

CONFORMIDAD

Por Ernesto H. Canale

Aquella mañana el médico llamó aparte a Hilario Barcos, para decirle con su acostumbrada frialdad: — "Son muy pocas las esperanzas de salvar a su esposa"'... En su cara tranquila, en sus ojos serenos, en el mismo acento entero de su voz, había sin embargo un dejo íntimo de pesar.

Barcos quedóse breves instantes inmóvil, con la cabeza baja, y luego decidió salir del hospital. Aquella casa sombría contribuía en mucho a hacer insoportable su angustia. Tomó por la larga calle sombreada por altos árboles frondosos, y el aire fresco de la hora, parecíale que lo confortaba un tanto.

El amor de Clara, su mujer, era el punto de apoyo de su vida de hombre honesto y laborioso. Por eso las palabras del médico le desesperaban y le helaban la sangre; pero agradecía de corazón la declaración terminante de aquél, la que llevaba en el fondo el buen deseo de prepararlo para el momento tristísimo de la separación definitiva.

"La sinceridad—pensaba — siempre nos reconcilia a pesar de todo... Sin embargo, ¡cuánto hubiese preferido yo la piadosa mentira!... Pero no, siempre es preferible la sinceridad, amarga y toda"...

Y Barcos discurría sobre este punto obstinadamente. Su cerebro se embotaba y despejaba por instantes, a medida que proseguía su andar por la calle de los altos árboles frondosos.

El amanecer ponía un resplandor turbio, enfermizo, en las calles mojadas. Durante toda la noche había llovido copiosamente. Uno que otro hombre pasaba presuroso entre las sombras extensas proyectadas por los edificios. Y de tarde en tarde, oíase el trotar sonoro de los caballos...

Barcos iba camino del hospital. No podía resistir ya la vieja angustia que le apretaba el corazón como una garra terrible y se tornaba más poderosa a ratos, por el recuerdo de las parcas palabras del médico. ¡Qué ambiente de total desolación!...

"Ahí detrás de esos muros sombríos — se decía — quién sabe si me espera ella todavía como antes me solía esperar a la hora que yo regresaba a casa. ¡Qué destino cruel y extraño marca mis pasos!... ¡Qué soledad más trágica empieza a rodearme por todas partes!..."

Y así continuaba entregado a su tristeza, con el semblante ensombrecido y demacrado, el ánimo decaído y cavilando sin cesar...

Pasó una hora. Todos sus pensamientos huyeron pronto. Frente a él estaba la ancha puerta del hospital. Se detuvo y en seguida una fuerza interior comenzó a atraerle hacia aquella casa; y otra rara fascinación lo contenía firme, petrificado. ¡Cuánto tiempo transcurrió así!...

Por fin la fuerza del amor, soberana y única, venció decididamente: Hilario Barcos entró a la casa silenciosa...

—Antes de morir — dijo la hermana de Caridad, en cuya fisonomía se reflejaba agudo dolor — su pensamiento fué para Dios.

Se hizo un largo silencio, y añadió después la hermana:

—Anoche — esto habla en favor de su virtud — repitió con tenacidad dolorosa el nombre de Máximo... Consuelo es, en verdad, saber que hasta su última hora, su corazón estuvo tan cerca de usted, señor...

La hermana volvió a callar; recobró su rosario y fuése hacia el lecho de la muerta.

Hilario Barcos, no pudo pronunciar palabra. Su impresión era demasiado fuerte, en efecto. Luego, cuando logró serenarse, despaciosamente comenzó a reunir los antiguos recuerdos. No cejaba en pasar revista a todos los actos de la vida de su mujer. ¡Máximo!, ¿pero quién era Máximo?... En vano Barcos caía irremediablemente en confusas cavilaciones que le anudaban la garganta y no encontraba un solo indicio, un solo punto para orientarse. Hasta deseaba poder imaginar cualquier inverosímil enredo que le permitiese suponer inocente y limpia de culpa a su Clara, mas era inútil...; el pobre hombre veía surgir, con contornos cada vez más nítidos, la figura del amante y lentamente, robustecióse su presunción de que Clara, su mujer, no había bebido el veneno por mera casualidad, como se creía, sino porque sin duda no podía resignarse al desprecio o a la ausencia de aquél.

Esto se ahondó tanto y tanto en Barcos que después de largo rato llegó a ser como un contrapeso a su desconsuelo. ¡Qué martirizante estado de ánimo!... ¡Cuán singulares reflexiones se le ocurrían constantemente!... Pero ya poco a poco su dolor comenzaba a ceder ante su voluntad, ahora más ruda, más poderosa que nunca. Su mirada, hasta entonces vaga y perdida en la dilatada sala, empezó a recobrarse y distinguió mejor los objetos. Sobrecogido ante la cruda realidad que lo rodeaba, se acercó pausadamente al cuerpo rígido de su mujer. Miró la cara helada y de golpe, abstraído por el cuadro circunstantes, parecióle que aquellos ojos abiertos, extáticos, lo contemplaban con ternura, con piedad muy honda, casi con lástima...

Más tade salió en silencio del triste recinto y una vez más emprendió el camino por la larga calle de los árboles frondosos. Y mientras caminaba, ensimismado siempre, se complacía en pensar, con íntima conformidad, que si el porvenir depara muchas amarguras, también revela a veces repentinas y profundas probabilidades de dicha.

Seguía el camino, y cavilaba sin tregua. De súbito, una claridad intensísima invadió la calle. En lo alto vió, por una abertura del ramaje, que las espesas nubes se alejaban mansamente, y entonces ocurriósele, no sin cierto secreto regocijo, que aquel anuncio de una bella tarde de sol, era como la confirmación rotunda de su saludable pensamiento...

La zorra y la cigüeña

Cierta Zorra que, por motivos particulares, deseaba divertirse a costa de una Cigüeña, convidóla a comer una sopa exquisita, pero clara, que mandó servir en un plato llano. La Cigüeña que, con su pico largo, apenas tomaba gota, disimuló su impotencia, mientras la convidante lamió el plato en un segundo. Largas noches de insomnio le costó a la Cigüeña aquella burla; hasta que al cabo obtuvo de su amiga que acudiera a un banquete recíproco, en el cual también se sirvió sopa exquisita, pero en un vaso de cuello estrecho. La del pico largo introdujo fácilmente sus fauces en el recipiente; mientras que la Zorra, cuyo ancho hocico le impedía entrar en el vaso, se vió obligada a contentarse con lamer las escasas gotas que corrían por el suelo. Al terminarse el banquete, dijo la Cigüeña:

—"Amiga mía, donde las dan las toman".

Amor a la tierra

Los franceses son muy amantes del terruño. Hace años, la Sociedad de Agricultores, de aquel país, prometió una recompensa al más antiguo granjero del Sena interior.

En Touffreuille - le - Cable se encuentra una familia de colonos que cultiva la misma tierra desde 1678.

Un tal Millon arrendó una granja en dicho año; su yerno, llamado Liot, le sucedió en 1712, y desde entonces los de este último apellido han continuado el cultivo de aquellas tierras. Es decir, que llevan doscientos treinta y ocho años de labor.

Se cita, también, el caso de ciertos agricultores establecidos en Saint - Pierre - de - Chartreuse, cuyo antepasado recibió aquella tierra de San Bruno, que había instalado allí su ermita, en el año 1080.

DE LA VERDAD Y DE LA DUDA

Por Ramón de Catro Esteves

Pensemos en nuestra vida si es como nosotros quisimos que fuera; en caso contrario, no pensemos en ella.

* * *

La discusión entre dos personas de distinta condición viene a ser como un combate entre dos adversarios armados, uno de una lanza y otro de una espada.

* * *

La felicidad consiste en una perfecta armonía entre lo material y lo espiritual.

* * *

En nuestra civilización hay tantas cosas inútiles como en nuestra indumentaria.

* * *

No puede ser tachado de impaciente quien quiere las cosas a su debido tiempo.

* * *

Basta que una persona haga cierta clase de afirmaciones para que esas afirmaciones indiquen la clase de esa persona.

* * *

Boileau dijo que "un tonto siempre tiene otro más tonto que lo admire". Mejor sería pluralizar la última parte y decir: "otros más tontos". De la abundancia de tontos depende, acaso, el que tantas nulidades hayan ascendido. La mayoría es el vulgo necio, y, sin embargo, la mayoría es la que predomina. El régimen electivo es considerado como el más perfecto, a pesar de hacer triunfar la mayoría que siempre es necia. Acaso, a esto se deba el hecho de que, muchos hombres de gran valer no encontrando otros de condiciones parecidas, hayan pasado desapercibidos.

* * *

Aunque parezca paradójico, hay algunos seres que no nacen para vivir.

* * *

Las grandes ideas son peligrosas para las pequeñas mentes.

* * *

Al volver la vista al pasado, tanto escozor de desasosiego produce el haber hecho una cosa, como el haber dejado de hacerla.

* * *

Los buenos están desacreditados desde que los tontos se hacen pasar por buenos.

* * *

En toda vida puede colocarse un inventario de bueno y de malo, como el que hizo Robinson Crusoe al llegar a la isla desierta.

* * *

Hay muchas personas que dan a otras los consejos que ellas necesitan, ¿tal vez por el placer de oírlos?

* * *

Dijo el hombre, invocando a manes desconocidos, que le salvaran del dolor de vivir:
—¡Quiero sentir el placer de vivir!
Y una voz extraña le respondió:
—Antes tienes que sentir la resignación de morir.

* * *

Debe ser un placer hablar de lo que se ignora, por el número crecido de personas que lo hacen.

* * *

Para muy pocas personas es ahora problema el "ser o no ser" de Hamlet, porque la mayoría "son", a medias.

* * *

El artista tiene derecho a mentir, pero el filósofo, no.

* * *

Decíale un señor a un escritor volteriano:
—¿Usted cree que significa algo lo que usted ha escrito?
—Yo no creo en nada, señor mío.

* * *

Por no creer en nada, muchas veces se cree en todo.

* * *

El crítico es un apóstol que inspiraría profunda aquiescencia si fuera profeta.

* * *

Las gentes entienden la civilización por un exceso de necesidades.

* * *

Recibir mal es una invitación a hacerlo.

* * *

Las cosas que no tienen solución no deben pensarse; lo malo es que, recién se sabe que no es posible resolverlas, cuando ya se han pensado.

El madrigal amargo

—"Lirios" — dijo Dios — "lirios en flor
y luego dadme miel..."
Así exclamó el Señor,
y fué tu piel...
"Nieve" — dijo después — "un copo helado como otro no haya en toda la extensión
de mi reinado..."
¡Y fué tu corazón!

Belisario Roldán.

Visita a las Obras Sanitarias



Los miembros del Centro Arquitectos, Constructores y Anexos, realizaron una visita de estudio a las instalaciones de las Obras Sanitarias de la Nación, en la Recoleta. —Los excursionistas almorzando en el restaurant ''El Tráfico'', después de la inspección.

En honor de don Ricardo Güiraldes



Organizado por el periódico ''Martín Fierro'' y con la cooperación de otros periodistas, llevóse a cabo un almuerzo en honor del señor Ricardo Güiraldes, autor del libro ''Don Segundo Sombra''.—Vista parcial de los concurrentes al acto que se efectuó en el restaurant del Vivero Municipal, en Palermo.

En el Colegio de María Auxiliadora





Con motivo de la bendición de la capilla del Colegio de María A uxiliadora, situado en la calle Soler 5943, se llevó a efecto una fiesta escolar en la que tomaron parte las alumnas de dicho establecimiento.—A la izquierda: ''l eyendas de gratitud'', uno de los números del programa.—A la derecha: un aspecto de la concurrencia.



El doctor Juan B. Podestá, pronunciando su discurso

Conferencia del señor Martinez Sierra



El dramaturgo español señor Gregorio Martínez Sierra, rodeado de las autoridades del Círculo Andaluz y de algunas familias asistentes, después de pronunciar en dicho centro su conferencia sobre el tema ''Recuerdos de Andalucía''.



Concierto y baile en el Círculo Belga





Festejando el enlace del príncipe heredero de Bélgica, la comisión directiva del Círculo Belga organizó un concierto y baile de gala que tuvieron lugar en los salones de la institución.—A la izquierda: una de las figuras del baile. A la derecha: vista parcial de la concurrencia al servirse el lunch.

Partido internacional de football - Argentinos v. Peruanos



Equipo argentino de la Asociación de Amateurs, a quien correspondió el triunfo por 3 a 1 goals.



Team de la Asociación F. C. de Lima (Perú), vencidos en su encuentro con los argentinos.

Nuevo escribano



Señor Juan F. Xifra, que acaba de recibirse de escribano público, obteniendo medalla de oro, diploma de honor y sobresalientes clasificaciones.

Escultura



Busto del ingeniero Otto Krause, original del escultor Luis Perlotti, recientemente inaugurado en la Escuela Industrial de la Nación.

Regatas en el Tigre



P. Guasco, A. Levi, E. Furlani, A. Fogliarino, P. Brissé, E. Paldas, A. Martínez, H. Scandone y E. Molloy, del Canottieri, ganadores de la prueba Junior Eight.



R. Chévez, J. P. Chévez y A. Nocchi, del Club Hispano-Argentino, vencedores en la regata Junior Pair.



Juan W. Beherensen, del Rowing Club, ganador del Singles Scull.



Juan W. Beherensen y Enrique M. Elliot, que triunfaron en la prueba Junior Double Scull.

Banquete a Paulino Uzcudun



Con motivo de su partida a Estados Unidos, el campeón europeo de box, Paulino Uzcudun, fué obsequiado con un banquete en el Hotel Comercio Larre.—El festejado y un grupo de los concurrentes.

Raid de aviación



Los pilotos señores Biondi y diputado Sguazzani, que han iniciado el raid aéreo de las catorce provincias.

Centenario de la primera escuela fundada por Sarmiento





En San Francisco del Monte de Oro, (San Luis), acaba de celebrarse el centenario de la primer escuela que fundara Sarmiento.—A la izquierda: la cabeza de la columna cívica a su paso por el puente sobre el río San Francisco. A la derecha: alumnos de las escuelas normal y provinciales que formaron en la manifestación.



Miembros que integraron la comisión de festejos, presidida por el director de la escuela normal, señor Pedro A. Ruarte.



El delegado del ministro de Instrucción Pública, señor Pablo Pizzurno, en el chalet del señor José Blanchet.



Los oradores.—Señor Juan Escudero Gauna.



Señor Segundo Moyano.



Señor Marcelino Guiñazú.



Señor M. Emiliano Lee.



Señor J. César Morales.

(Fots. La Vía).



SOCIALES



La señorita Lía Esther Soldani y el señor Martín Urtasun, después de su enlace.



Enlace de la señorita María Luisa Fasceto con el señor Juan A. Boeri.



Los contrayentes, señorita Haydée Leonor Podestá y señor Manuel V. Chiappe, después de la bendición



Enlace de la señorita Amelia Sosa Lavalle, con el señor Raúl Gaibisso.



La señorita Amanda Nadale y el señor Jerónimo Muzzio, después de su unión.



Enlace de la señorita María Josefina Lorea con el doctor Jacinto D. Marconi.



La señorita María L. Raggio y el Sr. H. Forchieri, después de su enlace



Enlace de la señorita Aída Vilches Martín con el señor Juan E. Gil.



La señora Sara L. Olivari, desposada con el doctor Eduardo J. Lagos.



Los contrayentes señorita Irene G. Moja y el señor Orencio Giulitta.



Enlace de la señorita Gloria Panfillo con el señor Rodolfo G. Cash.





El señor Jesús García de la Riva y su señora esposa, ofrecieron, en su residencia particular, una amable fiesta infantil, con motivo de haber recibido la primera comunión su hijita María del Amparo.—A la izquierda: los dueños de casa y un grupo de familias invitadas al acto, al servirse el lunch.—A la derecha: amiguitas de la niña María del Amparo García de la Riva, que fueron a felicitarla y que participaron de la fiesta.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "El traje hace al pirata", cinedrama interpretado por Dorothy Gish, Nita Naldi, Edna Murphy, León Eloi y Tully Marshall, que Glücksmann distribuye, en su programa extraordinario, desde el domingo anterior.



Aimé H. Simon - Girard y Simone D'Audry, protagonistas del cinedrama "Don Juan de París", que la New York Film estrenará alrededor del 20 de noviembre, en su programa Splendid extraordinario.



Escena de "¡Qué escándalo!", cinedrama Jewel, interpretado por Edward Everett Horton, Virginia Lee Corbin y Otis Haslan, entre otros, que la Universal estrenará el viernes próximo.





Escena de "El adversario", cinedrama del cual son protagonistas Nita Naldi y Walter Miller, y que la General estrenará el viernes 26 de noviembre.



Escena de "La ley de los puños", cinedrama que tiene a Buck Jones como protagonista, y que la Fox Film estrenará el jueves próximo.



Escena de "El prisionero de la isla", cinedrama que interpretan Pauline Frederick, Marion Nixon y George Lewis, que la Corporación estrenará el domingo 21 de noviembre.

NOTAS MENDOCINAS





El prestigioso diario "Los Andes", de Mendoza, cumplió recientemente el 44 aniversario de su fundación, y este acontecimiento fué festejado con diversos actos.— A la izquierda: cabecera de la mesa en el banquete que el colega de referencia ofreció en honor del gobernador de la provincia, doctor Orfila y demás autoridades. —A la derecha: durante el almuerzo con que fué obsequiado el personal de redacción, administración y talleres del citado diario.



La señorita Alicia G. Billoud, cuyo compromiso matrimonial con el señor Juan L. Sillon, acaba de formalizarse.



Concurrentes a la comida que el director de "La Quincena Social", señor Leonardo F. Napolitano, ofreció al doctor Julián Barraquero, con motivo de su viaje a Córdoba, donde debe formar parte del Congreso Jurídico de dicha capital.

(Fots. Capra).



Señor Antonio Ordóñez Riera, recientemente nombrado administrador del diario "La Libertad".



Caricaturas de Sanguinetti



Señor Knud Aage Monrad Hansen, nuevo ministro de Dinamarca en la República Argentina.

GENTE MENUDA



Elsa Chiodi.



Aldito Delfor Núñez.



Laura Chiodi.



Estela María Otamendi Pérez.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El jefe político, señor Aldao, acompañado por la comisión que organizó la excursión automovilística recientemente efectuada entre Rosario y Santa Fe.



La comisión de Newell's Old Boys y los jugadores de Huracán, durante su visita a "Reflejos", después del partido en que triunfaron los primeros.



Grupos de residentes sirios que agradecieron al comisario, señor Palenque, su actuación en el esclarecimiento del asesinato de Salvador Alí.



Un aspecto del cementerio "La Piedad", durante las visitas efectuadas a la necrópolis, el día de difuntos.



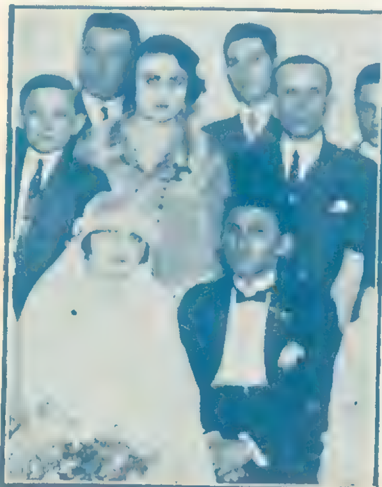
Concurrencia al festival organizado por la Asociación pro escuela normal de maestros número 3, realizado en el teatro Colón, a beneficio de la biblioteca infantil.



ENLACES. — Angelita Meineri - Enrique Bombardelli.



Rosa Feliciani - Antonio P. Manetti



Teresa Arnaud - Aristóbulo Taborda



María T. Zabala - Juan Estapé



Manuela Eibar - Máximo González



Ursula Meccina - Miguel Bobba



Información gráfica del interior





RUFINO. — Conmemorando el cuarto aniversario fascista de la marcha sobre Roma, los residentes italianos realizaron una animada fiesta campestre.—A la izquierda: el doctor Luis Palmieri, pronunciando un discurso.—A la derecha: grupo de concurrentes al acto.



RIO CUARTO.—Homenaje tributado a la memoria del general Fotheringham.—El jefe del regimiento 14 de infantería, teniente coronel Lindor J. García, haciendo uso de la palabra.



El diputado nacional doctor Carlos J. Rodríguez, hablando.



El teniente coronel De la Vega, durante su discurso.



El capitán Raúl Chacón Dorr.



El doctor Benjamín Castellano.

(Fots. Della Mattia, Agostini y Guillaume.).



CORDOBA.—Enlace de la señorita María Z. Cabrera Reynoso con el señor Miguel A. Acosta Olmos.



ALEJANDRA.—Las señoritas Rosa E. Cattalín y Clelia Togni, que cantaron "Valencia" en una fiesta benéfica.

LA GRACIA

Por S. y J. Alvarez Quintero

La mujer es la gracia de Dios. ¡No se puede tener más gracia! Y la gracia en la mujer es el supremo encanto, la esencia divina, el resplandor celeste.

Es la gracia hechizo inexplicable, aroma no percibido por quien lo lleva en sí; de tal suerte, que pierde su virtud de aroma y de hechizo en el instante mismo en que se trueca, para quien la posee, en cosa consciente y perceptible. Quien tiene más gracia, cuando se da cuenta de que la tiene, pierde lo mejor de ella; la desnaturaliza y desvirtúa. La gracia no tolera espejo: nunca se ve a sí misma. Ni tampoco se oye. La gracia existe espontáneamente donde existe, y se muestra a quien la contempla ajena de sí, desinteresada y puramente.

Cuando hizo Dios a la mujer, su obra magna, quiso adornarla, a no dudar, como con un reflejo de cuanto bello había ya creado, para que en ella pudieran admirarse juntas las maravillas naturales. De ahí que los poetas de todos los tiempos, interpretando la divina creación, hayan hallado siempre al cantar a la mujer amada, venero inagotable de metáforas y de comparaciones, que han legado a nuestros días harto consumidas y manoseadas, es verdad, como monedas que circularon durante muchos siglos, y que ya al presente se diría que piden lugar en las vitrinas de algún museo arqueológico de la Poesía. Y, sin embargo, vivirán mientras haya mujeres y exista el mundo. ¡Rayos del sol, trigos de los campos, sombras y negruras de la noche, altos luceros, tembladoras estrellas, faja de la luna, rocío de la aurora, arreboles del amanecer, perlas y corales, rumores de las aguas, trinos de los pájaros, sabor, color y olor de flores y de frutas, seréis eternamente cortejo galante de las mujeres bellas; las seguiréis como una brisa, como una sombra, como un eco; sonaréis, acordes perdurables, en todas las liras...! ¿Qué importa que las modas entre los hombres quieran arrinconaros alguna vez, si lleváis en vuestro ser y condición el perennal aliento de las cosas eternas? Es gracia a la mujer concedida. A la mujer, adorable condensación de toda gracia.

La gracia presta la caricia y el poder de lo irresistible a los mil encantos femeninos, que sin ella carecen del más seguro imán. La gracia pone en el amor su miel más sabrosa y le da sus redes más sutiles. Los ojos más bellos, si no tienen gracia al mirar, siempre serán vencidos por los que, aun sin serlo tanto, miren con cierta gracia. La boca más linda y perfecta se volverá insignificante al lado de otra que al hablar se mueva con gracia o que con gracia se sonría. Por este raro privilegio de la gracia es tan peligrosa en el amor la gracia del defecto. ¡Dios te libre, lector, si eres joven — ¡si eres viejo no hay quien te libre! — de un entrecejo que alce una ceja más que otra, de una nariz cuya suave curva se altere con la charla, de un ojo que bizquee fugazmente en algún momento de malicia, de un labio superior que cambie de forma durante el discurso, de un lunar imprevisto que asome y se esconda bajo el cabello, de...! Basta. Sería el cuento de nunca acabar. E iríamos como de la mano a ponderar minuciosamente la gracia femenina en sus infinitas expresiones y en sus múltiples, varios y seductores matices. ¡La gracia en el andar, la gracia en las manos elocuentes, la gracia en la risa, la gracia en el aire...!

Tengo en el alma puesto
su gesto tan hermoso,
aquel saber estar adondequiera;
el recoger honesto,
el alegre reposo,
el no sé qué de no sé qué manera...

Y siempre la gracia avalorándolo y realzándolo todo, bañándolo en su claridad inefable. La gracia, cuyo mayor y mejor embeleso reside en las más hondas y delicadas palpitaciones del alma femenina, en sus más puras y nobles virtudes, porque llega como a fundirse y hacerse consubstancial con ellas mismas: a ser llama del propio fuego y resplandor de la propia luz.

Así, gracia singular es en la mujer la modestia, que esquiva y rehuye toda ostentación y ruido; gracia es el candor, que abre los ojos para mirar sin ver muchas veces; gracia es la risa ingenua, nacida de la sana alegría; gracia es el inconsciente deseo de ser bella para agradarle a un solo hombre; gracia es la repugnancia instintiva a pinturas y afeites; gracia, por lo mismo, es el rubor — color del alma — que florece en rosas en las suaves mejillas; gracia es hacer de los brazos cuna para mecer a un hijo...

La gracia, en Andalucía, tiene un nombre, revelador de su divino origen: se la llama frecuentemente "ángel". Y el ángel con que se hacen las cosas, buenas o malas, resuelve sobre ellas.

¿Tendrán, lectora, para ti algún ángel estos improvisados renglones? ¡Ojalá! Bien que, aunque no lo tuviesen, tú se los prestas al leerlos.

Dulce lobo mío...

Yo sé que eres malo y eres traicionero,
sé que a todo el mundo tu malicia engaña,
pero yo te quiero, lobo carnicero,
y porque me comas; oh lobo! me muero...
y nada me importa tu ardid ni tu maña.

Y no te disfraces de abuelita buena,
con su cofia limpia, con sus blancos lentes,
mucho más me gusta tu hirsuta melena,
dulce lobo mío de la piel morena
y de los temibles ojos relucientes.

Que yo he de engañarme, lobo, porque quiero
sentir en mi carne tu sabia mordida;
y aunque sé que es falso tu hablar zalamero,
quiero que me digas: "Te quiero, te quiero,
oh Caperucita roja de mi vida!"

Y para mirarme mejor, tus ojazos
serán dulces, negros; y para abrazarme
mejor, serán fuertes y tibios tus brazos;
y ardientes y rojos, como los ocasos
han de ser tus labios para sepultarme...

Tula VAN SEVEREN.

¿A qué edad es vieja la mujer?

Si hay expertos en la materia que aseguran que la mejor edad de la mujer es a los treinta y cinco años, otros dicen que la mujer es vieja a los treinta.

Quizá ambas opiniones sean acertadas; pero es seguro que las mujeres más hermosas de la historia han asombrado al mundo con sus amoríos, cumplidos ya los treinta y cinco.

Ninón de Lenclos tuvo ardientísimos adoradores a los sesenta, y a los noventa recibió una declaración amorosa.

Cleopatra, que jugó con el amor de los monarcas, tenía treinta y ocho años cuando se mató, y a esa edad conservaba todos sus encantos.

La emperatriz Josefina, que cautivó a Napoleón I, le llevaba tanta edad a su adorador que al casarse figuró en el acta con muchos menos años de los que tenía.

Los encantos en la mujer no se pierden a una edad determinada, pues, si es verdad que hay mujeres que a los treinta ya son viejas, hay mujeres que a los cincuenta tienen muchos atractivos.

Jorge Sand la célebre novelista, era horrorosa, y tenía muy cumplidos los treinta cuando Chopin se enamoró locamente de ella.

Elena de Troya tuvo adoradores por docenas a los cuarenta años y, finalmente, Adelina Patti, conservó sus femeninos encantos hasta el fin de sus días.

EL LIBRO DE MARA

Por Ada Negri

(De este interesante volumen, recientemente aparecido, y cuya correcta versión al castellano se debe al señor Atilio E. Caronno, entresacamos los fragmentos que transcribimos a continuación).

LA MANO

Te despertastes antes del alba, estremecida y anhelante porque habías soñado tu Muerto. Lo habías soñado tal cual era en vida, pero a la vez envuelto en un inviolable misterio de sombra. No lo veías, pero sí percibías su presencia: sentías sobre tu persona su gran mano que estrechando entre sus dedos un gajito de menta silvestre la presionaba sobre tus labios. Y el silvestre perfume y el calor de la mano te enervaban en un turbio padecimiento deleitoso; y boqueante, poco a poco, entregabas la vida, pensando: ¿Pero el rostro, su rostro, dónde está?

Así te despertaste: te despertaste ciega: sumida en el fondo de un lívido lago cerrado sobre tí para siempre, con el silencio de sus aguas.

LA MIRADA

Esta noche, en el sueño, solamente su mirada volviste a ver. No su cuerpo; ni su voz volviste a escuchar, y tampoco viste la azul transparencia de sus ojos: nada más que la mirada, la esencia de la mirada, la penetrante fijeza de la mirada. Expresaba la vida truncada y las transcurridas dulzuras y la melancolía de la soledad eterna; y te quitaba el respiro y se ahondaba en tus vísceras, como en otrora su abrazo viviente. ¡Sin párpados y sin pupila, fija y cálida en la sombra, mirada del invisible amor!

Tú sabías ¡triste de tí! que soñabas...: sabías que el alba con su pálido rostro vendría bien luego disipando el hechizo, y tus lágrimas apasionadas rodaban, en el sueño, sobre la almohada, silenciosamente...

DIALOGO

¿Con cuál llave abriste esta noche ¡oh! Amado, la pequeña puerta de calle?

—Toda puerta, silenciosamente, por sí misma gira sobre sus goznes, si vengo o me voy.

—¿Llegaste trayendo suelas de fieltro? Yo no te oí subir las escaleras.

—No tiene peso y no deja huella mi paso; pero el corazón es de plomo en el pecho y me duele.

—¿Por qué te adosas rígido a la pared, péndulos a los costados los inertes brazos?

—De este sitio no puedo avanzar ni moverme: sólo he venido para verte.

—Dame al menos un beso, ¿no ves que tengo sed, que muero de sed de tu boca?

—Ya no tengo labios aunque tú los veas, en el aire me aniquilo si alguien me toca.

—¿Por qué entonces no me tragas en tu nada? Tenme un poco de piedad.

—Hay que padecer aún, hay que orar aún, hay que esperar aún; ya llegará la hora.

LA TIERRA

De bruces me postré, extendiendo los brazos, del todo adherida con el cuerpo a la tierra y apoyé el oído en la tierra para escuchar crecer poco a poco la hierba. No percibí ese tenue ruido: sentí que en mí penetraba desde sus negras entrañas un formidable retumbo que a través del oído invadió mis otros sentidos, alcanzó el corazón y lo dilató, sumergiéndolo en las más ciegas profundidades.



Ada Negri, prestigiosa escritoria italiana, autora de "El Libro de Mara"

Y en la voz del misterio terrestre yo reconocí tu voz ¡oh! Perdido, ¡oh! Rehallado.

Porque tú te habías vuelto la tierra y tus venas se difundían en todas las verdes germinaciones. Y con tentáculos de raíces y murmurios de veneros ocultos y amplios estremecimientos de simientes ¡oh! Perdido, ¡oh! Rehallado, me volviste a tomar contigo.

LA LAMPARA DE ORO

Yo he sido delante de tí — mi vida y mi muerte — la lámpara de oro encendida en un oscuro rincón del templo, ante la imagen sagrada.

Con devota humildad tiembla la fría llamita entre neblinas de incienso y el palpitar de las preces; y cuando parece que vacilara, una mano invisible suministra aceite al vaso.

Fué quitada la imagen sagrada y despojado de su costra grisácea fué el muro, en ese lugar: no ve, ni oye el muro, pero delante de él, ciego y sordo, siempre sigue ardiendo la lámpara en la penumbra.

Ella vela con fe, aguardando que tú vuelvas a su fervor ¡oh! Esposo; y cuando la trémula lucecilla está por apagarse, el amor, silenciosamente, la va alimentando.

ACCION DE GRACIAS

A tu pie que se dirigió hacia mí, seguro y firme en la hora justa; a tu mano que vino a posarse, en la hora justa, sobre mi hombro — y la huella quedó impresa en las carnes; — a tus ojos que me vieron hermosa, joven y hermosa entre todas las mujeres — y mi rostro quedó grabado en tu retina; — a tus labios que toda me sorbieron — y cada beso me dió la muerte y de cada uno renací; — a tu corazón que me ocultó en sí — y ya nada supe excepto su palpitar: — acción de gracias se le rindan en cada hora del tiempo, por el cuerpo, por el alma, por la eternidad.

Y acción de gracias se le rinda en toda hora del tiempo también a tu crudelísima muerte, que te volvió para mí más alto y más estable que las montañas, más luminoso y más fijo que los astros: que te enclavó en el vacío para mí, para mí sola, desesperadamente para mí.

EL COLOQUIO

Cuando te habré alcanzado en la orilla del río de luz y tú me preguntarás qué hice sin tí durante tantos años, yo te contestaré: He continuado el coloquio.

Con el brillo de todos tus blancos dientes tú te sonreirás de dicha y ceñirás mis espaldas con tu resuelto ademán de déspota.

Y a través de los prados esmaltados de pensamientos, que sólo florecen para los muertos, continuaremos el coloquio...

QUIES

Sosegada palidez de luna en los bastiones donde fuimos felices en tardes bochornosas, ¡oh! Amado; cuando el sol nos parecía sin ocaso y el verano sin agonía.

Fría palidez de luna con sombras oblicuas, de un negro azuloso de tinta, y desnudos árboles como esculpidos cada uno en un gesto de angustia.

¡Oh! Amado: ¿dónde estás ahora?... ¿y qué mar sin riberas se traga los llantos de mi desesperación?

Después de tan prolongado sufrir, "paz" implora la serena palidez de la luna, paz para el corazón que aun vive, paz para el corazón que no late más.

EL QUE PASA

El desconocido que pasa y te encuentra todavía digna de una fugaz palabra de deseo, tal vez solamente porque en la sombra de la noche tan dulce de mayo todavía te resplandecen los ojos, todavía tiene 20 años la esbelta figura movediza, no sabe que fuiste amada, por aquél a quien amaste amada, en plena y soberbia delicia de amor y no tienes ni un miembro, ni un girón de carne y ni un átomo de alma, que no lleve una señal de amor.

Que tú viviste solamente para amar a aquél que te amaba — y todo lo demás no importa — y que tampoco queriéndolo podrías arrancarte la veste que llevas entretejida de amor, tuya como la sangre en las venas, como la médula en las vértebras.

El, ignorante, en tí no ya hermosa, en tí no ya joven, saluda la gracia del dios: respira, al pasar, en tí no ya hermosa, en tí no ya joven, el aroma precioso del dios: porque lo llevas en tí, reliquia dulce en la sombra de un sagrario.

LA RENUNCIACION

Calla, achícate, achícate, envuelve con velos tu rostro, vete y no mires el geranio de la ventana, las campánulas de la reja. Cierra los sentidos al calor del sol que llama la sangre a flor de venas, cierra el corazón al respiro de los campos, que maduran la mies, como el regazo al hijo. Y si en el recodo de un seto te hallas cara a cara con una pareja de enamorados pálidos y lentos de felicidad y recogidos el uno en el otro como en confesión, ¡oh! retrocede de un brinco, ocúltate en la primer maraña de espinos y húndete en la tierra para no verlos, para no recordar que recién ayer eras mujer y te anegabas, riendo y llorando, en el magnífico amplexo de tu Hombre.

El amante de las feas

Por Claudio Level

Hacía una hora que estaban reunidos y hablaban de mujeres, como es natural. Todos ellos contaban sus aventuras con esa mezcla de ingenuidad, orgullo y grosería que suelen emplear los hombres cuando tratan de ese tema. Cada cual, escuchando al vecino, pensaba en sus propios recuerdos y los estimaba infinitamente más originales y atrayentes. El que hablaba alteraba sin darse cuenta la realidad, agregando a esos pequeños detalles falsos, pero necesarios, para transmitir a los demás la impresión de la verdad...

—Yo os admiro — dijo Jorge Bertheller. — Os estoy escuchando desde hace una hora y veo que todos vosotros no habéis querido nunca, mejor dicho, habéis sido queridos siempre por mujeres prodigiosas, de una belleza incomparable. Os admiro, pero no os envidio, porque yo creo haber conocido placeres mucho más intensos dirigiéndome siempre a las que vosotros habéis despreciado por una desgracia física. Me recordáis a esos pretendientes de las princesas en el "Shylok", que cándidamente, — reconocedlo — van del cofrecito de oro al de plata, como si no fuera evidente que el retrato de la bella ha de hallarse en el cofrecito más humilde. Es — dispensadme la expresión — un engañabobos. ¡Ah! Vosotros elegís las mujeres guapas: allá vosotros, ¿pero qué encontraréis al abrir el cofrecito? Coquetería, exigencias, pasividad, encogimiento de hombros dejándose querer, y para mayor calvario, celos, enormes celos por vuestra parte... Os compadezco.

—Mi cofrecito, en cambio, aunque tal vez grosero y mal labrado, ¡qué de tesoros encierra! Sólo la mujer fea sabe querer de veras. La gratitud la exalta; piensa que el hombre que se ha dignado elegirla es tal vez el único con el que puede contar, y trata de sujetarlo por cuantos medios le ofrece su corazón y su arte. Asombradas de verse queridas, experimentan un goce nuevo, inefable, abandonándose con una alegría llena de felicidad... Sin que os lo confiesen, y tal vez sin que lo sepan, sienten que tienen que hacerse perdonar sus defectos externos y aplican a ello todas las ternuras, ardores y delicadezas que hay en el corazón de una mujer que ama... La mujer fea es la única amante agradable, porque se esfuerza en serlo y porque experimenta mayor placer en la alegría de darlo.

Y además, cerca de ella estáis libres de sobresaltos, gozáis la sensación de la seguridad. Cuanto más celoso es uno por temperamento, más le conviene querer a una mujer fea, porque el temor de ser engañado, los celos, las sospechas, las inquietudes y todo el infierno en suma, que suele acompañar al amor, no vendrán a turbar sus pensamientos y a malograr los mejores momentos.

—Señores — repuso tras un silencio, levantándose, — os dejo entregados a vuestras hermosuras; mi esperanza me aguarda...

Salió. Habíase expresado con tal vehemencia y convicción, que nos dejó pensativos y casi decididos a creer que no había tomado mal partido.

Algún tiempo después recibí una tarjeta participándome el próximo matrimonio de Bertheller. No obstante mi poca afición a las ceremonias nupciales, tomé buena nota de la fecha de ésta, queriendo comprobar por mí mismo la fidelidad de Jorge Bertheller a sus teorías.

Pues bien; tuve que reconocer que se había excedido aplicándolas. La nueva señora Bertheller era pequeñita, nada graciosa, de tez plomiza y cara ingrata con unos ojos bovinos e ingenuos. En el momento de serle presentado, noté que los volvía hacia su esposo con una dulce expresión, en la que se leía gratitud, admiración y como una especie de extrañeza por haber sido elegida entre tantas como podían aspirar a casarse con mi amigo, muchacho guapo, de buena familia y rico. Le estreché la mano, rogándole me dispensase de expresar los usuales votos por la felicidad de los cónyuges, puesto que veía que la tenían asegurada. ¿Acaso tomó a mal esa alusión anodina a nuestra reciente discusión? No sé; lo cierto es que no me dió señales de vida al volver del viaje, y como dejó de parecer por el Círculo, transcurrieron diez años sin que la casualidad nos proporcionase un encuentro.

Pero he aquí que ayer lo vi solo, en la terraza de un café, donde tenía servida una botella de Vichy. Me pareció melancólico; ¿hay nada más triste que un señor solitario ante una mesa con una minúscula botella de agua mineral? ¿Cabe confesión más explícita? Podéis apostar que tal hombre se aburre, que padece del estómago y que está desengañado del mundo. Un poco por lástima y otro poco — tal vez más — por curiosidad, me acerqué a él.

—¡Hola, muchacho! — dije yo con el tono más cordial.

—¡Ah! ¿Eres tú? — contestó, alargándome una mano floja.

—¿No esperas a nadie?... Entonces me siento... ¿Qué hay de nuevo?

—¡Pchs! — murmuró metiendo la nariz en la copa; pero a través del agua transparente me pareció verle enrojecer.

—¿Siempre feliz, eh?..

—He pedido el divorcio — refunfuñó.

—¡Ah! — exclamé yo sintiéndome de pronto cohibido por mi propia insistencia.

Pero, como si una vez hecha aquella confesión se sintiese liberado, me dijo con el tono ya franco de otros tiempos:

—Me he alegrado de encontrarte...

Y sin esperar mis preguntas empezó a expansionarse:

—Sí, querido... me divorcio... ¡Ah! Si recuerdas por casualidad la conversación que tuvimos una noche, vas a reírte de veras... No puedes imaginarte hasta qué punto una mujer fea puede ser caprichosa, áspera, desagradable, terca... Parece como que le echa a uno la culpa de su fealdad, o que para persuadirse de que es guapa, acumula cuestiones, historias, exigencias y caprichos, imitando lo que hacen algunas bellas para medir la profundidad del afecto que inspiran. No sabes los reproches, las recriminaciones y las escenas de celos ridículos que he padecido... La soporté durante diez años por negligencia, por lástima y por una confianza obstinada en mis teorías... Pero un día fué el colmo... ¿Sabes lo que descubrí?... Mi mujer, mi esperpento, me engañaba... ¿Y sabes la excusa que encontró mi mujer cuando le dije que lo sabía todo? "Que me había engañado por humildad, para convencerse de que no era "tan fea como creía" y por que sufría demasiado con su desgracia física, por mí, por mí... Sí, tuvo esa audacia. A haber podido, esa busconcilla hubiera tomado un amante cada vez que se miraba al espejo para convencerse de que era el espejo el que mentía.

—¿Estarás, pues, desengañado ya de tus teorías?

—¿Yo? — dijo. — De ninguna manera. Mantengo siempre lo que dije aquella noche.

—¿No te basta la experiencia que acabas de sufrir?

—No hay ninguna relación... Ese fué mi error... Hay que ser el amante de las feas, no el marido...



LA ESPOSA LEYENDO: — Cada soldado turco tiene cuatro o cinco esposas...
EL MARIDO HUYENDO: — ¡Con razón pelean tan bien!

Una frase del Ariosto

Ariosto vivía en una casa muy pequeña. Sus amigos le preguntaban por qué, después de haber descrito en su "Rolando Furioso" tanto suntuoso palacio, había edificado una casa tan mezquina. Y respondió:

—Es más fácil construir con palabras que con piedras.

EL AHOGADO

Por Emilia Pardo Bazán

Atacado de hipocondría y roído de tedio; cansado del mundo, y de los hombres, de las mujeres y hasta de los caballos; agotado de nervios y vacía el alma, Tristán decidió morir.

¡Bueno fuera quedarse, porque sí, en un mundo tan pastoso y de tan poca lacha; un mundo en que los goces se resuelven a bostezos, y en resencantos las ilusiones! Acabar de una vez; dormir un sueño que no tuviese el contrapeso del despertar probable.

Y Tristán, resuelto ya a la acción, empezó a pensar en el *modo*.

La verdad ha de decirse: el pícaro *modo* era como un hueso que se le atragantaba a Tristán. Entre el sincero deseo de dejar la vida y el acto de quitársela, media un solo movimiento: ¡pero qué movimiento, señores! Comparado con éste, parece fácil el de levantar en peso una montaña...

Las indecisiones de Hamleto, tortas y pan pintado en comparación de las de muchos infelices hijos de este siglo, a un tiempo codicioso y temeroso del no ser. Ni pizca de cobarde tenía Tristán; pero el valor no es cantidad fija; hay quien no teme a un león y se pone pálido al ver una cucaracha.

Nervioso, de imaginación cruel, Tristán se horripilaba del instante fugacísimo en que la bala del revólver destrozase la masa de su cerebro, o la cuerda estrujase brutalmente su garganta.

Por extraña contradicción, convencido del aniquilamiento final, hasta le preocupaba lo que sucedería *después* a su cuerpo, y veía la escena póstuma, el grupo formado alrededor de su cadáver, y oía las frases triviales, las inevitables reflexiones lastimosas de amigos y sirvientes, todo ello ridículo, semigrotesco, parodia de alto trágico y grande no realizado.

Su buen gusto se subleva contra semejante final.

—Morir, sí, peror morir sin dar espectáculo; irse de la vida como quien se retira de un salón discretamente.

Maduro el propósito, Tristán discurrió que el lugar más oportuno de ponerlo por obra era un viejo castillo que poseía a orillas del mar. Recogiéndose allí algún tiempo, la sociedad, si al pronto extrañaría su falta, ya le habría olvidado cuando sucediese lo que debía suceder...

El caso era no dejar rastro alguno.

—Como averigüen Perico Gonzalo y Manolo Lanzafuerte mi paradero, allí se descuelgan a pretexto de cazar o pescar...

Y rodeó su último y solitario viaje del complicado misterio propio de otras escapatorias más gratas.

—Creerán que mi fuga tiene cómplices, — se dijo a sí propio, con irónica tristeza, el futuro suicida.

Al verse en el castillo, antiguo solar de su familia Tristán, comprendió que no cabía mejor fondo para el sombrío cuadro que intentaba pintar.

Las abruptas montañas, las renegridas piedras, los paredones que la hiedra asaltaba, la costa erizada de escollos, la playa siempre azotada por el recio oleaje, la torre donde anidaban lechuzas y buhos, respiraban desolación y fúnebre melancolía.

Acrecentaba el horror del paisaje la estación, que era la del equinocci de otoño, con sus furiosas tempestades y los frecuentes naufragios de las embarcaciones que, extraviadas por la niebla, empujadas por el temporal, venían a encallar y a deshacerse en los traidores bajíos de la *Corvera*, próximos a la playa que se extendía a los pies de la residencia de Tristán.

El incesante y ronco mugido del oleaje; el horizonte cerrado en brumas o surcado por lívidas exhalaciones; la tierra empapada en agua, el arenal sembrado de despojos, tablas y barricas, cuando no de cadáveres, armonizaban tan bien con el estado de ánimo y los proyectos de Tristán, que decidió buscar reposo en el fondo de las aguas, haciendo creer que le había arrebatado una ola.

Y para familiarizarse con la idea, bajaba a la playa diariamente sintiendo que se apoderaba de su alma el vértigo de lo desmesurado y la atracción del hondo abismo.

Su plan de suicidio se concretaba a prisa, y se le agarraba al espíritu de tal manera, que ya soñaba con él lo mismo que se sueña en la primera cita de una mujer hermosa y adorada.

Una tarde de horrible tempestad, en que el huracán sacudía las árboles desmelenando locamente el veletas del castillo y retorcía los ramaje, creyó Tristán que era llegado el momento de ejecutar su determinación, y descendió, o mejor dicho, se despeñó en el arenal, luchando a brazo partido con el viento y alumbrado por el repentino fulgor de los relámpagos.

Uno que encendió el horizonte le mostró sobre la cresta de enorme ola, algo que podía ser profecía o imagen fiel a su destino: era el cuerpo de un hombre, un ahogado que flotando venía a ser despedido contra los escollos.

—Me pondré un buen peso a la garganta para no sobrenadar — calculó Tristán al divisar al muerto que se acercaba.

Y dos minutos después la ola gigantesca, rompiéndose en las rocas a flor de tierra ya, depositaba sobre la arena al ahogado.

Tristán se precipitó hacia él por instinto, y alzando el cadáver, lo arrastró hacia el fondo del arenal, reclinándolo en una peña.

A la claridad macilenta del poniente pudo observar que era un hombre joven y robusto.

—¡Cuánto habrá luchado éste — pensó — para evitar lo que yo busco a todo trance!

Palpó el dorso desnudo, magullado por las piedras, y no creyó advertir en él la rigidez de la muerte. Hasta le pareció percibir un resto de calor vital. Sintió una sacudida eléctrica.

—¡Vive! ¡Este hombre vive aún!

Temblando de emoción, recordando los primeros socorros que deben prestarse a los ahogados, colocó al hombre con la cabeza alta, le inclinó hacia el lado derecho y le sacudió reiteradamente hasta que hubo arrojado un chorro de agua por la boca.

Volvió a hincar la palma sobre la tetilla izquierda, y creyó notar un débil latido del corazón, que le hizo exhalar un grito de alegría.

Con sobrehumano vigor, cargando a hombros el cuerpo inerte, se lanzó por la cuesta que trepaba al castillo. El peso era grande. A mitad de la cuesta notó Tristán que la respiración le faltaba; detúvose un instante, y con doblados bríos siguió después sin detenerse hasta soltar al ahogado en la cocina del castillo, donde ardía un buen fuego de leña.

—Pronto — gritó Tristán a sus servidores, — vengan mantas; a calentar ladrillos y a llenar botellas de agua hirviendo; a traer un colchón; ¿hay aguardiente?

Y mientras corrían para facilitarle lo que reclamaba, Tristán, inclinado sobre el cuerpo, veía con inquietud la azulada palidez del rostro, señal cierta de la asfixia, y creía que la chispa de la vida, la débil llama, iba a extinguirse.

Y con más ilusión que nunca había probado al acercar sus labios a los de ninguna mujer, pegó su boca a la boca yerta del ahogado, acechando el primer soplo del aire, mientras sus manos fuertes y elásticas oprimían rítmicamente el esternón y el vientre, provocando por medio de enérgicas tracciones la respiración artificial.

Palpitante de esperanza y de caridad se regocijaba cuando a la boca fría asomaban buches de agua amarga, mezclados con impurezas. ¿Sí era que ya penetraba en los pulmones el aire bienhechor?

De súbito, percibió bajo sus labios un estremecimiento ligero; no cabía duda, ¡el hombre respiraba!

Afanoso, redobló la respiración, enviando aquella onda tibia que era la existencia, la resurrección del moribundo...

Y así que el rostro de éste se coloreó ligeramente, así que se entreabrieron sus párpados, Tristán, rendido, sin darse cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas, cruzó las manos y dos lágrimas pequeñas, dulces, frescas, se descolgaron de sus lagrimales...

. . . .

A estas horas, Tristán no se ha suicidado, ni es de creer que piense en suicidarse. ¿Consistirá en que apreció la vida cuando la vió envuelta en su aliento? ¿Será que el tedio se disipa con la primera buena obra, como el fantasma al canto del gallo?

MI ANDALUZA

—Ven, andaluza, ven... quiero observarte,
acércate hacia mí; no temas nada!
que el divino esplendor de tu mirada
no permite a tu máscara ocultarte.

Eres la misma, sí, ven, quiero hablarte;
la misma que hace un año disfrazada
se detuvo en mi palco, enamorada
de la flor de mi ojal... ven, ven aparte.

—Entonces, ¿me recuerdas?... ¡Es extraño!
Voy a volver de nuevo al otro año
a ver si me presientes todavía,
y mostrando mi flor en sus encajes
se perdió entre dos filas de carruajes
cantando una canción de Andalucía.

EDGARDO E. AUZON.

Los besos de las sirenas

Por Francisco Serra Serra

Si quien nos leyere ha tenido ocasión de hacer por mar algún viaje de unos días de duración, habrá podido observar en las aguas la particularidad que hoy vamos a exponer: *los fileros de la corriente.*

Estos, técnicamente nombrados, no le serán conocidos al momento; pero, si antes de estudiarlos científicamente, nos pasamos al terreno vulgar, conseguiremos que nos comprendan en seguida los que hayan navegado, y los que no, sepan por anticipado lo que pueden ver si el Destino, más fuerte que la voluntad, dirige algún día sus pasos a través de los mares.

Situémonos a bordo de un buque cualquiera. Vamos navegando tranquilamente. La poderosa mole de hierro o acero que nos conduce se desliza por el agua con la seguridad de un exprés por los carriles.

Millares de ojos se fijan en las incidencias de las costas o en el lejano horizonte, raya, límite visible donde figura acabarse el mar y empezar el cielo. Buscan motivos de distracción, que, una vez hallados, quedan fijos en la memoria, imborrables, como el primer amor en un corazón sensible.

Hemos observado, por ejemplo, una costa bonita, curiosa, llena de encantos para nosotros, que desconocemos los peligros ocultos que por aquella zona hubiere, de los cuales es defendernos la misión del marino, que, con su brillante y honroso uniforme, se pasea imperturbable por el puente, con la serenidad del hombre avezado a supremas luchas y a emociones continuas.

Nada nos place tanto como contemplar las tierras que tan bellas son, precisamente por sernos desconocidas; sin embargo, una circunstancia inesperada diestrae de ellas nuestra atención para fijarla, absorta, en la inmensa masa líquida que se agita revolucionada a nuestros pies.

¿Qué les pasa a las aguas, que así se agitan y remueven ora a un lado, ora a otro, emprendiendo carreras con velocidades disparatadas y armando un ruido particular, un chasquido continuo, una especie de siseo semejante al del agua en ebullición?

Todos se miran asombrados, demandando la causa de tan raro fenómeno acuático. Nadie acierta a descifrar el enigma.

Y el chasquido del agua y su loca carrera siguen un buen espacio de tiempo.

En vano busca el observador profano en cosas del mar, peces en agrupación numerosa para deducir la causa de lo que está ocurriendo. No los ve. Su imaginación trabaja, como trabajaría intensamente en lejanas épocas pasadas la imaginación que parió las sirenas...

Narraciones fantásticas de sirenas se contaban antiguamente. Todas ellas tuvieron su origen en los fenómenos del mar, entonces desconocidos. La fantasía popular debía inventar las causas de ellos, ya que la ciencia permanecía muda.

Las bellas reinas acuáticas, jugando al amor con sus galanes, emprendían locas carreras, palmoteando dichosas, haciendo graciosas piruetas con su cola de monstruo, hasta que al fin se entregaban placenteras, sin preocuparse de que arriba seres humanos distraían sus ocios intentando descubrir a las imprudentes que con sus besos desordenados causaban admiración y espanto...

—

Estas rápidas carreras de las aguas no son peces los que las originan; ese chasquido tan pronunciado, no son los besos frenéticos de amor de las sirenas. Todo ello es una misma cosa. Todo ello tiene una misma causa. Todo ello se conoce por un nombre en la admirable ciencia de la oceanografía: *fileros de corriente.*

Este fenómeno se experimenta con mayor frecuencia en los puntos más salientes de las costas, principalmente en los cabos, cuya orientación exige un brusco cambio de rumbo. En los estrechos y canales se intensifica, haciéndose casi constante en aquellos en que pueden partir de bajos o escollos cercanos.

Por los estudios que se han hecho acerca de las causas originarias de los fileros, puede asegurarse que son producidos por el choque de dos corrientes opuestas.

Varias observaciones se hicieron en el Estrecho de Gibraltar, viéndose como los fileros adquirían su mayor intensidad a medio aguaje, o sea cuando la fuerza de la corriente del flujo y del reflujo era máxima.

Cuando recala mar de fondo, al chocar contra los fileros, arbola sobre ellos, produciendo rompientes muy pronunciadas que harían sospechar en la existencia de bajos ignorados.

Esta era la causa de que los planos antiguos, — cartas de navegar — estuvieran materialmente sembrados de bajos cuya existencia luego no se pudo comprobar.

Cada uno llevaba el nombre del descubridor o del barco en que lo había descubierto. Así se leía: "Bajos del Capitán Smith", "Rompientes de la Cinta", etc., etc., cuyos bajos, rompientes y escollos no serían más que las descritas rompientes de la marejada con algunos fileros, poco o nada estudiados entonces.

Uno de los tales se ve a veces a una distancia aproximada de tres millas al sudoeste del Cabo San Vicente.

La mar cabrillea, forma como un hervidero, rompe a veces; sin embargo, ningún oculto peligro existe allí. Es un filero que se forma al chocar la corriente que baja por la costa de Portugal con la corriente de la creciente que recorre el gran seno que forma el Atlántico desde Trafalgar a Cabo de Santa María.

Los fileros aparecen instantáneamente, sin indicios precursores, lo mismo cuando se halla el mar en su mayor reposo, que cuando está agitado por cualquier viento; siempre forman un hervidero como de agua en ebullición; el canturreo especial se percibe de alguna distancia, y la marejadilla encrespada que les acompaña rompe más o menos, según sea la intensidad del oleaje contrario.

Son temibles para los veleros, ya que muchas veces se afirman al costado de un barco y no le abandonan hasta después de una largo rato de navegación, consiguiendo hacerles perder el gobierno.

Los vapores, aun los de mucho andar, notan su influencia en la cantidad de caña que han de meter a un lado y a otro para mantenerse a rumbo, lo cual consiguen después de una serie de inevitables guiñadas.

Los faluchos de pesca, si navegan con poco viento, son siempre juguete del caprichoso filero, que los agarra por su cuenta, siendo innúmeras las zozobradas a causa de ellos, con el consiguiente fatal desenlace por parte de sus tripulantes.

¿Sería posible que las sirenas, tan bellas como las pintan, tuviesen un alma tan ruin? ¿O es que pretenden, como *Las Corsarias*, acaparar para sí al sexo fuerte?

Quizá, quizá... Aquellos besos...

El indio y el inglés

Los indios apresaron a un joven inglés; atáronle al punto a un árbol y dispusiéronse a darle muerte.

Se acercó un indio anciano y dijo:

—¡No le matéis, dádmele!

Se lo dejaron. El indio desató al joven, llevóle a su cabaña, hízole comer y dióle hospitalidad por una noche.

Al día siguiente por la mañana, el indio mandó al inglés que le siguiera; caminaron así mucho tiempo, y cuando estuvieron cerca del campo inglés, el indio dijo al joven:

—Los tuyos mataron a mi hijo. Yo te salvo la vida; vuelve con los tuyos. Ve, y continúa matando a los nuestros.

El inglés pareció sorprendido y respondió:

—¿Por qué te burlas de mí? Sé que los míos mataron a tu hijo. ¡Mátame tú a mí lo antes posible!

El indio agregó entonces:

—Cuando te querían matar a ti acordéme de mi hijo, y aquello me conmovió. No me burlo, ve con los tuyos y prosigue matándonos, si quieres.

Y el indio dejó partir al inglés.

LEON TOLSTOY.

La elección

El arzobispo de Reims, hijo de Carlos, duque de Guisa, amaba apasionadamente a Ana Gonzaga; no habiendo aún recibido las órdenes, quería, para casarse con ella, renunciar a todos sus beneficios.

—Meditadlo con seriedad — le dijo en cierta ocasión el cardenal Richelieu; — vos tenéis cuatrocientas mil libras de renta y queréis perderlas por una mujer; otros, en cambio, darían cuatrocientas mil mujeres por tener las libras.

Literatos argentinos

Don Francisco Soto y Calvo

Don Francisco Soto y Calvo. ¡He aquí un hombre que reparte admirablemente su vida, viviéndola en los libros y en la naturaleza!

Vive allá, en su estancia "La Ribera", en la divina paz de su magnífico castillo que está, como un inmóvil navío de ensueños, a orillas de líricos paisajes de amplias perspectivas intensificadas por la dulzura grave, tierna, casi humana de los árboles más diversos; por la femenina, ondulante y risueña plata del río que brilla intensamente en la lejanía reflejando el escudo ázul del cielo donde golpea sus reflejos la espada rutilante del sol.

Feliz de él que sabe vivir allá, lejos de la febricitante ciudad de Buenos Aires, espiritual y moralmente desierta por el egoísmo brutal de los hombres que la pueblan — egoísmo ¡ay! que es propio de todas las grandes ciudades, enfermas del vértigo del oro y de los sentidos, — allá, oasis de paz, remanso de ternura: allá, donde se oye la palabra radiante del sol y el recóndito verbo del silencio: allá, donde el árbol amistoso te ofrece la caricia de su sombra y la festiva alegría de su corazón sonoro de pájaros: allá donde el coche de los plácidos rumores campesinos viene en las tardes trayendo en su interior a nuestra amada melancolía que nos pone pensativos y nos enciende la lámpara íntima de los recuerdos: allá, donde te sientes hermano del pájaro, del árbol, de los fieles perros guardianes, de la vaca tranquila, estúpida en su cándida mansedumbre, del buen "matungo", de la nube que pasa, de la estrella que aparece: allá donde la mañana es alegre como un efebo en su espléndida plenitud física y espiritual; y la tarde buena como una fiel amistad, y la noche honda y clara como un dulce recuerdo.

Allá estás tú, ¡oh noble vate anciano!, rey en ese sagrado trozo de la naturaleza, y te sientes raíz en esa tierra y anhelas florecer en un poema inmortal.

Pocos te conocen, pocos te nombran, poquísimos te admiran: pero tú, lejos del vano "conversadero" (como llamas a Buenos Aires), trabajas, estudias y escribes en una inextinguible fiebre de arte, ¡oh eterno soñador infatigable!

¿Quién te alienta en tu ruda labor artística llena de hondos goces interiores y de acres ráfagas de impotente dolor? Tu nobilísima esposa María, admirable como mujer, interesantísima como artista del pincel. Ella — así como conoce a la perfección el rudimentario y delicioso lenguaje de los pájaros y sostiene con ellos inefables conversaciones, así también conoce los secretos de tu alma herméticamente cerrada para todos aquellos que no comulguen con tus altos ideales. Si tú eres la llama, ella es la lámpara



Retrato del poeta don Francisco Soto y Calvo, ejecutado por su esposa, doña María Obligado de Soto y Calvo.

que la alimenta.

Estás encerrado en tu paisaje interior: la poesía. Y no puedes, ni debes, ni quieres salir de él. Y cuando sales de tu paisaje interior — paisaje simple de cielo claro, lleno de sonrientes colinas, límpidas fuentes, vistosas flores, jubiloso de pájaros, dulce y sentimental, como una melodía de Haydn o Bellini, — entras en el paisaje que circunda tu magnífico castillo, hondo paisaje donde uno quisiera poder sembrar su corazón para convertirlo en

"el árbol puro del amor eterno".

Y allí eres el rey. Feliz rey de ensueños coronados de recuerdos, cuyos súbditos no son los hombres, sino los árboles, las bestias, las flores, y los pájaros.

Qué bien suenan aquí los versos de Fray Luis:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Las mañanas, vibrantes de trinos, te ofrecen madrigales; las siestas, afiebradas de sol, poemas épicos; las tardes desmayadas en oro, elegías; y las noches, florecidas de estrellas, odas.

Y todo contribuye a tu inspiración: con su gravedad el pino y el ciprés; con su ternura el aromo y la madreselva; con su gracia los campos de lino, dignos de ser hollados por los ángeles; con su riqueza, la viña, los durazneros, los naranjos y los limoneros; con su candidez la oveja; con su melancolía la vaca y el sauce; con su delicadeza la mariposa y la flor; con su ingenuidad el perro y el pájaro; con su pureza, el cielo.

Y así, poco a poco, en ese ambiente feliz vas plasmando tu obra, bajo todo punto de vista meritísima y bajo el punto de vista de la fecundidad, sin rival.

¿Hay acaso, no ya en Buenos Aires, sino en la América toda, un poeta que pueda contar en su haber literario varios poemas de larguísima extensión (*Nostalgia, El Demiurgo, Nastasio, La dama del rostro doliente, etc.*), infinidad de poemas más o menos breves y diez mil poesías traducidas del italiano, del francés, del inglés, del alemán y del portugués (Dante, Byron, Leopardi, Musset, Víctor Hugo, Camoens, Poe, Shelley, Heine, Carducci, etc.), todo ello hecho con noble desinterés por el arte y la belleza?

. . . .

De mi inolvidable estadía allá recuerdo con íntimo deleite — aparte de mis largos paseos cuando

la rosada pantalla del crepúsculo
cae suavemente sobre la encendida
lámpara verde del paisaje—

aquellas veladas dulces y serias en el amplio y severo hall del castillo, ornado exquisitamente: el anciano poeta, bajo la tenue luz de un velador, abre uno de sus libros inéditos y con voz clara, limpia, casi juvenil, lee, ante cultos oyentes, unas cuantas páginas, alternando esa lectura con audiciones musicales a cargo de un joven pianista...

En esa paz, en ese silencio, bajo la noche clara ungida de óleo lunar que baña las vidrieras del hall, la poesía en labios de este notable anciano, y la música bajo las manos — raíces del alma, — del pianista que interpreta en un éxtasis lírico inefables páginas, cobran un prestigio sagrado. Es entonces que uno cree verdaderamente en Dios y se olvida de la maldad de los hombres.

MAYORINO FERRARIA








Los Estados Unidos necesitan un nombre

Lo primero que tendrían que hacer con los Estados Unidos todos los otros países de América, es bautizarlos: invitarles a elegir un nombre e imponérselo solemnemente. Los Estados Unidos, en efecto, no tienen nombre. Decir "los Estados Unidos de América", es como decir "el señor rubio que toma café en la primera mesa a la derecha del mostrador". No es nombrar a un país, sino señalarlo casi con el dedo, dando una vaga indicación de sus características personales y del sitio que ocupa en el mapa.

La indicación, por lo demás, carece de exactitud, ya que en América hay más Estados unidos que los Estados Unidos de América. Por eso muchas gentes dicen "los Estados Unidos de Norte América"; esto es, "los Estados que se encuentran a tantos grados de altitud"; pero, aunque esta forma precisara enteramente el concepto, siempre resultaría algo así como una forma de navegante, más propia para designar una tierra virgen que un pueblo ilustre.

Indudablemente los Estados Unidos necesitan un nombre, y, si ellos no quieren elegirlo ni aceptarlo, habrá que recurrir a la Unión Panamericana, a la Sociedad de Naciones, o a cualquier organismo internacional con autoridad bastante para imponérselo. Necesitan un nombre para que sus ciudadanos puedan ser denominados con un derivado de este nombre, así como se denomina chilenos a los ciudadanos de Chile; argentinos, a los de la Argentina; peruanos, a los del Perú, etc., etc. Una larga práctica ha demostrado ya la imposibilidad de decir varias veces, en el curso de una conversación o de un artículo, "ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América", y, en cuanto a lo de "estadounidenses", no creo que ninguna persona de mediano gusto pueda decirlo ni siquiera una sola vez. No hay más remedio, por lo tanto, que decir "americanos", o "norteamericanos", o "ciudadanos norteamericanos"; pero esto, que viene a ser, precisamente, lo que los ciudadanos en cuestión quieren que se les diga, es, al mismo tiempo, decir mucho y no decir nada. ¡Es decir mucho, porque un mejicano, por ejemplo, es tan ciudadano norteamericano como Mr. Coolidge!; y es no decir nada, exactamente, por la misma razón.

Yo espero que un día se abra un gran concurso internacional, con premios en metálico, para bautizar a los Estados Unidos. Mientras tanto, y obligado a designarlos con un lenguaje matemático, lo mismo me dará llamarlos U. S., que A. B.

JULIO CAMBA

Los cazadores de cabezas

El culto macabro de las calaveras

El cinematógrafo tiene sus exigencias. No sólo obliga a los peliculeros a hacer miles de peligrosísimos ejercicios, sino que exige al fotógrafo la impresión de costumbres entre tribus hostiles, que es difícil convencer se dejen "filmar".

Un decidido fotógrafo ha recorrido algunas regiones de Oceanía y ha obtenido curiosísimas fotografías de unas tribus que aun practican el macabro culto de las calaveras.

El operador dice que no ha podido obtener pruebas fotográficas del canibalismo de aquellos salvajes. Las tribus del lago Murray eran refractarias a la "pose" ante el objetivo, sobre todo en grupos, y sólo a fuerza de trabajos y regalos logró salir airoso de su empresa.

Las terribles costumbres de los antiguos papúas no se celebran ya, o, por lo menos, celebran los ritos tan ocultamente que es casi imposible sorprenderles en sus macabras ceremonias.

En ciertos lugares, como en Sigare Karukapuna, el lugar destinado para asar a los enemigos y comérselos, ha sido sustituído por una gran olla en donde se cuece un cerdo entero y devorarlo en lugar del suculento manjar humano.

La manera de abordar y dominar a aquellos salvajes es demostrar valor y hacerles regalos. El tabaco, las hachas de acero, las telas rojas de algodón, las latas de conservas vacías, las de petróleo, son su debilidad.

Gracias a esas dádivas, el viajero podrá entrar en los lugares prohibidos, recorrer los poblados, visitar las chozas particulares, las habitaciones comunales en donde residen varias familias haciendo vida común, y con algunos regalos más logrará probablemente ver las danzas guerreras, los hombres adornados con plumas, huesos y dientes de animales; verá cómo trabajan la corteza de la morera silvestre para tejer las telas que cubren sus caderas, cómo las tiñen y preparan los tintes vegetales; las plumas de las aves del Paraíso, las madreperlas, los abalorios, los collares de dientes humanos, la fabricación de canoas de alta proa, y examinar sus costumbres, trajes, atributos y primitiva industria.

Todo esto es muy curioso; pero lo que más extraña al viajero en este pueblo es el luto y las calaveras.

Es evidente que el papúa de aquella región está enamorado de la pena, o por lo menos, lo simula. El luto es una costumbre, y un placer el aparecer apesadumbrado. Es la moda reinante en Nueva Guinea y en Kaimarí; por ejemplo, se guarda luto hasta por los perros, y se lleva pintarrajeándose la oscura piel de sus cuerpos con tierra blanca y atándose fuertes ligaduras en brazos y piernas.

Las viudas se retiran a su casa y allí permanecen sin salir durante tres meses, comiendo poquísimo y cubriendo el cuerpo de pintura blanca. Sus amigas les llevan el poco alimento que toman, y unas semillas grises, llamadas "lágrimas de Jacob", con las que tejen una especie de chaleco o corpiño con hombreras. Al terminar su prisión por el luto se celebra una gran fiesta y se les permite vivir fuera de su cabaña. Al cabo de un año, el pariente más cercano decide si ha guardado bien el luto a su marido, y si es así, se celebra otra segunda fiesta. El citado pariente le quita las prendas de luto y se las coloca a un cerdo, al cual se lo comen, trocándose el luto en alegría.

Las calaveras se ven con abundancia y por todas partes: en estantes, en pértigas, formando adornos en las casas. Son la manifestación del valor de la tribu. Todos esos restos macabros se enseñan al extranjero, como en las naciones civilizadas se hacen desfiles de soldados ante los diplomáticos de las naciones amigas y que pueden dejar de serlo.

En Daba Daima de Urama se ven estanterías llenas de calaveras humanas que, como explica el "cicerone", son "de los enemigos muertos en el campo de batalla y comidos en casa".

La religión de estas tribus es una combinación del culto a los antepasados y la adoración a la calavera.

A estos cráneos humanos se les ajusta una placa ancestral, y mientras éstas no se desprendan de la calavera, es creencia que los espíritus de los enemigos degollados serán esclavos de los antepasados del guerrero que cortó las cabezas.

Bajo cada calavera se ve una gran placa que representa un espíritu ancestral de la raza, y lleva cada una grabada una cara humana, todas ellas diferentes y a cual más horrible.

Debajo de estos restos humanos se ve multitud de cráneos de jabalí y cocodrilo, trofeos ofrecidos a los espíritus ancestrales.

Para tallar y grabar las placas emplean los papúas conchas de borde afiladísimo, que también emplean como navajes de afeitar para despojarse de los pocos pelos que les crecen en la cara.

Las cabezas, que constituyen el más preciado trofeo de los habitantes de las orillas del lago Murray, presentan diferentes estados de conservación.

Los cazadores de cabezas se la cortan a sus enemigos al ras del tronco, conservando todo el cuello que pueden. Para prepararlas cortan el cuero cabelludo, haciendo una incisión desde la nuca a la frente; lo separan del cráneo y extraen los sesos y las partes carnosas de la cabeza, sometiéndolos a una larga maceración en el agua. Luego la raspan con cuchillos de bambú, y cuando está la calavera bien limpia vuelven a colocar el cuero cabelludo, después de rellenar el cráneo con fibra de coco, y el taxidermo cose, con bastante perfección, los cortes dados al principio de la operación. La boca, grandemente desfigurada, la conservan abierta metiendo dentro una pelota de yeso, y otro tanto se hace en las cuencas de los ojos e imitando las pupilas con simientes de colores, generalmente rojas. También se las somete a la acción del humo para momificar el cuero, con lo que consiguen conservar aquellos macabros trofeos durante muchísimos años.

Por último, las cabezas de las víctimas ya preparadas se adornan con dibujos icónicos pintados de rojo y ocre y meten en la cavidad una gran semilla o hueso de una fruta, para que en las danzas guerreras sirvan aquellos humanos despojos de cascabel, produciendo un sonido que alegra grandemente a los danzarines guerreros y a los espectadores, felices siempre que ven u oyen algo que les recuerda la muerte, sus victorias y sus antepasados.

Durante el luto, las viudas no toman parte en ninguna ceremonia. A la muerte del marido ya no viven en la parte alta de la choza, sino debajo, en el suelo, entre las pilastras de madera que sostienen el edificio. Allí pasa su vida solitaria de ayuno y luto, existencia taciturna que dura varios meses. Una vez al día tiene que visitar la tumba de su difunto marido; pero tiene que hacer el recorrido a gatas, sosteniéndose en las rodillas y apoyándose en los codos. Va cubierta con una manta de colorines tejida con la corteza de la morera silvestre, para que nadie de la tribu la pueda ver. Como sólo ve a un palmo del terreno por donde se arrastra, pues el paño cubre todo su cuerpo, menos la cara, que va a ras de tierra, una parienta del muerto va delante de ella arrastrando un palo por el suelo para dirigir a la viuda, que despacio va siguiendo la huella dejada en la tierra.

Todas las ceremonias, todas las danzas, todos los ritos de estos papúas están basados en la muerte, en el luto, en los antepasados, y en preparar, disecar y adorar cabezas humanas.

El hombre primitivo en Europa

Los documentos arqueológicos y paleontológicos sobre la presencia del hombre en la Europa occidental nos llevan hasta una época de muchos cientos de miles de años: al período de la época glacial, cuando los utensilios de piedra eran tan toscos que no parecen hechos por un ser humano.

Durante 300.000 años, el hombre primitivo evoluciona en la Europa occidental, desapareciendo en ciertas regiones, y volviendo a aparecer de nuevo en ellas, ya modificada su naturaleza.

Cuando terminó la última invasión glacial, el hombre llegó hasta la Europa central y probablemente al valle del Nilo y, poco a poco, empezó a extenderse por otras regiones del globo, obedeciendo a tres principales leyes naturales. La primera, la de extenderse por el lado donde encontrase menos resistencia; segunda, por el sitio que le ofreciera más ventajas, y tercera, en la dirección que le obligue una fuerza extraña.

La mujer en el arte

Rosario Beltrán Nuñez

En su oportunidad y desde estas mismas columnas, al ocuparnos de la plausible labor de la distinguida profesora, Angelina Corti de Bufano, decía: "es hora de que nuestras declamadoras vuelquen sus almas y sus corazones en las producciones de nuestros jóvenes poetas, que han producido poemas tan bellos como los ya tantas veces declamados. Es hora, repito, de que nuestros apolonidas salgan a la luz con todos sus valores y con todas sus bellezas..."

Hoy no podría decir lo mismo, y esto me alegra infinitamente. La mayoría de nuestras declamadoras han dedicado sus predilecciones por la poesía de la juventud argentina, que en cada primavera nos asombra al regalarnos la blanca rosa de una revelación más. Para cimentar esta aseveración, ahí tenemos a María Alicia Domínguez, con "La Rueca" y su reciente libro "Crepúsculos de Oro".



Sin duda alguna, el más franco aplauso por este feliz encauzamiento de la producción nacional, lo merece el maestro Alemany Villa, y su digna esposa Gloria Bayardo, que, ha poco, cosechara aplausos y homenajes en la patria brasileña, a donde fuera portadora de nuestras más líricas manifestaciones.

Alemany Villa, artista por excelencia, ha sido y sigue siendo el más grande intérprete de la poesía castellana. De ahí que sus alumnas sobresalgan con todo éxito en las continuas audiciones que ofrece el Conservatorio "Román Vago". En ellas, las producciones de la joven intelectualidad americana, merecen la preferencia del maestro y el cariño hecho entusiasmo de las alumnas.

De la escuela de Alemany Villa, han surgido maravillas del buen decir. Basta recordar a la gentil Mony Hermelo y a la hermosa Wally Zenner, cuya lírica presentación hiciera el poeta Villaespesa en una noche de gloria inolvidable. Noche en que la Fiesta de los Ritmos volcó emoción en todos los corazones.

Rosario Beltrán Núñez, que une a su temperamento artístico una dicción clara y armoniosa, es otra revelación, que, como las ya nombradas, posee la virtud de llevar a sus recitales, gracia, delicadeza y un alto espíritu de sublimidad para la interpretación.

He gustado el placer de escuchar a esta exquisita intérprete, y francamente declaro, que una vez más la admiración abrió sonrisas en mis ojos y alegrías en mis frases. Hoy, no sabría dónde podría admirarla más: si en la poesía trágica, en la galante o en la sentimental.

Rosario Beltrán Núñez, posee un alma altamente susceptible a las emociones del arte; de ahí que, con maestría superior, declame sabiamente todo aquel poema que ha sido objeto de su predilección, vibrantes en su dicción, los acentos doloridos o apasionados que le trasmitieran los poetas.

Siendo el verso arte y emoción, debe de ser interpretado con el arte y la emoción que encierra. No concibo la extremada sencillez de ciertas distinguidas profesoras... Las musas bajan a la mente creadora, dolorosas, fúnebres o galantes, pero siempre coronadas con los mirtos y laureles del Helicón glorioso.

Tal como el poeta siente bajar a sus vírgenes perseguidas, y confidente después, las adorna con las galas de su inspiración, así deben ellas llegar al corazón del auditorio: claras y armoniosas, fúnebres y angustiadas, o galantes y alegres, como las concibiera el soñador. Para tan fiel interpretación, es necesario ser artista de verdad, y por sobre toda sencillez colocar los adornos declamatorios, sin los cuales, toda declamación pierde belleza al par que la obra interpretada, los giros hermosos y los gestos propios que deben embellecerla en un lírico acompañamiento.

Rosario Beltrán Núñez, es dueña de estas cualidades en sumo grado: en sus manos y en sus ojos tiene esa elocuencia clara y armonizante, de que sólo son capaces de manifestarnos aquellos que se posesionan hondamente del rol.

Sintiendo a esta excelente intérprete se vive los divinos instantes del poeta. Desde el verso inicial sabe mantener al auditorio pendiente de su arte, para arrancarle al final la espontaneidad del aplauso y la más franca admiración.

Creo y afirmo noblemente, que esta maravillosa artista del buen decir se destaca entre las primeras declamadoras de nuestros días. Con Mony Hermelo y Walli Zenner, podría componer la suprema trinidad del arte único para honor indiscutible de la poesía castellana. Los tres, acaso, bendecidas fueron por Apolo, orgulloso de sentir sus ritmos tan magistralmente interpretados!

Rosario Beltrán Núñez, es una gracia más que plasmara Alemany Villa en la blanca arcilla de su dedicación y del entusiasmo que lo caracteriza.

RICARDO M. LLANES.

Fraudes y patrañas de algunos mixtificadores

Cuando el gran empresario de circos y grandísimo inventor de supercherías Barnun, traspasó su negocio a los hermanos Rinling, les dejó su última patraña en la persona de Zip, al que todo el mundo conocía con el nombre de "¿Qué es?"

El famoso Zip murió hace poco en Nueva York, después de haberse exhibido durante setenta y cinco años en los circos de Barnun.

Era la macana más popular presentada por el empresario como el "Eslabón etiológico" que faltaba en la cadena humana y encontrado en el centro de Africa.

La cabeza de Zip terminaba en punta como un sorbete; su nariz era la de un oso hormiguero y su cuerpo peludo parecía el de un gorila.

¿Y quién era Zip?

Pues sencillamente un mulato llamado Guillermo Enrique Johnson, nacido en Nueva Jersey, cerca de Nueva York, en 1857, y no en Africa como decía su explotador Barnun.

Barnun, que se apoderó de él siendo joven, injertó en su coronilla unos tufos, le cubrió el cuerpo con una piel de gorila y lo explotó durante setenta y cinco años. Al morir, sus hermanos le quitaron los postizos y el fraude fué descubierto.

La superchería más famosa del popular Barnun no fué Zip, sino la Sirena de Fichi, anunciada en un cartel, en el que estaba pintado un hermoso busto de mujer unido por la cintura a un cuerpo de pez.

El público acudía presuroso por ver aquella maravilla.

Al entrar, el crédulo se quedaba asombrado al ver disecada la figura más repugnante que ver se puede:

La cara era de una monstruosa fealdad y el horrible bicho, negro y seco, no tenía más de 95 centímetros de alto. Estaba disecado.

La cara tenía una expresión de dolor horripilante; la boca abierta, dejaba ver unos dientes bestiales; las manos, de largos dedos, y sus brazos retorcidos expresaban la angustia de los últimos momentos: La parte baja de su cuerpo era la de un pez, en la que distintamente se veían las aletas y las escamas.

Uno de los mayores timos artísticos es el dado con el "Busto de Flora", obra maestra de Leonardo de Vinci (?).

En 1910, el director del Museo Emperador Federico, de Berlín, lo encontró en una casa de antigüedades de Londres, y declaró que era obra legítima de Vinci.

Después se supo que aquel busto era obra del mediano escultor inglés R. C. Lucas, a quien se lo encargó la reina Victoria; que ésta lo rechazó por encontrarlo demasiado desnudo, y el artista, disgustado, dejó su escultura en un rincón de su jardín, donde adquirió la pátina de la antigüedad.

Al cabo de unos años lo vendió a un anticuario por quince libras esterlinas, y el director del citado museo, doctor Bode, pagó por él 40.000 dólares.

El llamado gigante de Cardiff fué una broma que el Reverendo Juan Turk, de Ohío, dió a su amigo Jorge Hull, de Nueva Jersey. En una charla sobre el hombre prehistórico, sostenía el sacerdote que había habido gigantes, puesto que la Biblia lo decía, mientras que Hull negaba su existencia.

Hull decidió reírse a cuenta de su adversario, haciéndole declarar que un trozo de piedra era un gigantesco fósil humano.

Dos años tardó en hacer una tosca pero bien definida estatua gigantesca, de cerca de tres metros de altura. La hizo de tal forma, que parecía, en efecto, un fósil. La llenó de agujeritos, la restregó y pulió con arena para hacer bonitas sus facciones, la bañó en ácido sulfúrico y la sometió a un tratamiento tal, que adquirió la apariencia de un fósil.

Hizo llegar la estatua desde Ohío hasta Cardiff y consiguió enterrarla en unos terrenos pertenecientes a un pariente suyo.

Bastante tiempo después fué descubierta por unos trabajadores que estaban abriendo un pozo. La noticia se extendió por toda América, y nuestros hombres de ciencia declararon que era una reliquia de los tiempos prehistóricos. Se exhibió en todas las principales ciudades de los Estados Unidos. Profesores y hasta sabios no dudaron de su origen prehistórico. Al cabo de varios años se descubrió la superchería.

El arte de agradar en sociedad

No hables nunca de tí mismo, y escucha sin interrumpirlos a los que hablen de sí. Después suelta tu lengua; habla de cosas formales con los hombres sensatos, y de bagatelas con las mujeres alegres. Acuérdate, en una palabra, de que estás en sociedad, no para complacerte a tí mismo, sino para agradar a los demás. Si esto te cuesta trabajo, recoge velas y vete a un desierto.

Donde hay unos hay otros

Por Félix San Martín

(Del libro *"Entre mate y mate"*, recientemente aparecido)

En el verano de 1921 llegaron a esta estancia los jóvenes porteños Agustín Molina Bustamante y Rodolfo Duhau. Venían en viaje de placer, deseosos de visitar la maravillosa región de los lagos andinos. Traían para su servicio a un hombre joven, criollo, de apellido Ceraño. Se les acogió con la simpatía que despiertan en esta casa las personas que invierten bien su tiempo. Lindos mozos los patrones; de buena planta el peón. Hijos de ganaderos aquéllos, hombre de campo éste.

Quisimos ofrecer a nuestras visitas un espectáculo de la vida gaucha, y cierta mañana se echaron al corral algunos potros. Animales de raza criados en libertad en la montaña, era seguro que "darían juego" para que los domadores de la estancia se lucieran.

Se galoparon cuatro potros, y los muchachos serranos mostraron sus aptitudes de grandes jinetes, aplaudidos cortesmente por las visitas.

Nos hallábamos recostados en un palenque observando a los domadores que en ese momento desensillaban los baguales, cuando se nos aproximó Ceraño y nos dijo con humildad.

—"Si el señor me lo permite, yo también jinetearía".

—De mil amores — le contestamos en medio de nuestra sorpresa, pues todo aparentaba ser aquel hombre paquete, luciendo un saco entallado, *breeches* impecables y polainas de cuero elegantísimas, menos un jinete como el que habían menester aquellos potros cerriles, de vigor extraordinario y de una braveza de fieras.

Entramos nuevamente al corral y el hombre eligió un bagual colorado, lindo flete, de grupa poderosa, fuertes paleta y vivo el ojo. Nuestros muchachos lo echaron a la manga, lo embozalaron y lo llevaron al palenque.

—Traiga su apero, amigo — dijimos a Ceraño, que en ese momento concluía de quintarse el saco, descalzarse y atarse un pañuelo a modo de vincha.

—No, señor, así no más, con un cuerito que me presten los muchachos es suficiente, — nos contestó, radiante de alegría, transfigurado.

Miramos a sus patrones y les vimos sonreir. Sin duda confiaban en su hombre, y esto no sólo nos tranquilizó, sino que ya comenzamos a pregustar las fuertes emociones de la doma en pelo, suprema proeza de los gauchos jinetes.

Mientras uno de nuestros muchachos le ayudaba a enriendar el potro, que rebelde se defendía a manotadas y mordizcos, los otros, en grupo aparte, cambiaban impresiones en voz baja acerca del "tapao" que se les aparecía en aquel pueblero bien trajeado. Algunos de ellos conservaban aún en las manos las guascas que habían usado hacía un momento, y chicoteando distraídamente el suelo con ellas, nos miraban a hurtadillas, tratando de sorprender en nuestro semblante la impresión que la audacia del mocito nos causara.

Se sacó el potro a la playa, un hombre lo sujetó fuertemente de la oreja y del fiador, y de un salto limpio y seguro el jinete "padentrano" se le sentó al bagual.

Y asistimos a un espectáculo hermosísimo, pues pocas veces hemos visto igual donaire en el lomo de un potro, mayor fuerza en las rodillas, elegancia parecida al castigar, ni bestia más bellaca — "como hecha de encargo". — Se lució el hombre, y hasta "con fantasía"— según el decir de uno de nuestros muchachos, — pues cuando ya dominado el animal no atinaba más que a disparar, boleó la pierna y salió corriendo con el cabresto en la mano.

Pasaron algunos meses y vino el invierno y con él cambió el régimen de vida en estas montañas. Es esta la época del año en que el fogón de las estancias serranas se ve más concurrido. Estimulados por su calor se hacen ladinos hasta los gauchos más taimados. Solemos compartir con nuestros hombres esas tertulias de las frías tardes invernales en que el mate circula de mano en mano y el ingenio nativo chisporrotea a la par de las astillas que arden en el fogón.

No recordamos con precisión en qué circunstancia, pero el caso fué que alguien trajo a cuento la jineteada del "mocito padentrano". Hubieron elogios entusiastas, como que entre los presentes habían quiénes podían valorar la hazaña; se establecieron parangones con otras parecidas; se habló largo del suceso, y hubo una que exclamó: — ¡Diande íbamos a maliciar que juera tan jinetazo!".

Entonces, un viejo que rara vez habla sin ser interrogado, ex cautivo de los indios, hombre de una cachaza desesperante, a quien nada le aflige ni por nada se apura, respetado en la región por su ancianidad y por su vida de labor tesonera y honesta, don Abdon Cerda, exclamó sentenciosamente y entre el asombro de todos: "¡Donde hay unos hay otros!"

Algunos nos miramos como interrogándonos acerca del acontecimiento. El viejito aparecía quieto, como si tal, sentado en su banco bajo, el torso inclinado hacia adelante, la mirada fija en las llamas, como abstraído. Se nos ocurrió que aquella salida del eterno silencioso "tenía cola", y viendo una oportunidad para enriquecer las notas del *folklore* local que vamos reuniendo, le dijimos: — A ver, viejito, ¿cómo es eso? ¿Es un cuento?

Tardó un momento en contestarnos. Parecía que algo revolviera en su memoria. Enderezó el busto, recogió las piernas bajo el banco, y sin quitar la vista del fuego, pausadamente, nos respondió:

—Tal vez sea cuento, patrón... Tal vez sea verdad, no más.

—Bueno, cuéntenos el sucedido, viejito.

Don Abdón siguió como meditando. Nadie hablaba, pendientes todos de aquellos labios obstinadamente silenciosos. Conocido es el gusto de las gentes del campo por el cuento. Hay gauchos que todo lo refieren a sus consejas.

Un galgo, tiritando de frío, se introdujo por entre dos asientos, arrimándose al fuego en busca de calor. Clavó en él sus ojos inexpresivos don Abdón y dió comienzo a su relato, "al tranco" — según la gráfica expresión de uno de los presentes cuando después se comentó el suceso.

Procuraremos repetir lo más fielmente posible la narración del anciano.

—Hace ya muchos años, en lo antiguo, habían dos hombres muy diablos... Eran buenos pa todo... pa el lazo, pa bolear, pa domar, pa rastrear, pa el baile, pa peliar... pa todito... Uno vivía en el norte y el otro en el sur... No se conocían más que de mentas... Y les dentró a los dos ganas de conocerse, pa tantearse... Y un día el del norte bajó pal sur; y el del sur subió pal norte, los dos buscándose... Galopearon los hombres muchos días hasta que se toparon en la huella... Dicen que había mucho sol y que la tierra estaba muy caldeada. Se ganaron abajito de un roble, a sombrear... Conversaron de sus pagos los hombres, maliciándose los dos; pero no se entregaban... En un redepente el del norte mira pa arriba el árbol y vido un águila echada en el nido. Y ya le dentró al hombre como una comezón... El del sur le desconfió y ya también le dijo: Vea, amigo, usted ha e ser un tal muy mentao que dicen que hay pal norte... Mesmamente, le contestó el mozo, siguro ya de quel que le hablaba era el mentao del sur...

—¡Se toparon los padres! — exclamó uno de los presentes, no pudiendo reprimir su entusiasmo ante la inminencia de la justa.

—Ansina jué, — continuó el anciano. — Entonces el del norte le dijo al del sur: Vamos a ver si son ciertas las mentas que lo afaman, amigo... Mire ese nido de águila... ¿A qué no es capaz de subirse al árbol y sacar los huevos del nido sin que el águila lo sienta?... El del sur se enderezó, se sacó las botas y hay no más principió a subir con más cuidado que un zorro cuando anda aguaitando la presa... Llegó el hombre al nido y dentró a sacar ramitas y ramitas del fondo del nido... El del norte se había subio atrás del otro sin queste maliciara, y estaba cerquita, cuasi pegadito a él. Quien sabe el del sur no lo sintió porque tuito él estaba pa su trabajo. ¡El águila es un animal muy albertío, como ustedes saben!... Al mucho rato el del sur hizo un aujero en el fondo del nido y sacó un güevo y lo metió en la cartera de la chapona. El del norte se lo sacó en seguida sin quel otro maliciara. Y el del sur sacó el otro güevo y el del norte se lo peló también, abajándose en seguida... El del sur principió a bajar despacito pa quel águila no volara... Cuando llegó al suelo, riyéndose, metió la mano en la cartera pa sacar los güevos. ¡Diande!... Dicen que el hombre se asustó al no hayarlos... Entonces el del norte los peló dentre el seno y se los amostró... El hombre del sur se sentó en el suelo trabajao por la pena, y ni hablaba... El hombre del norte se enderezó y dicen que le dijo: "Ya ve, amigo: Donde hay unos hay otros". Y cada cual rumbió pa su pago.

POR VECES...

te propuse viajes absurdos. — Vámonos, te dije, adonde estemos solos, el clima sea suave y buenos los hombres. Te veré al despertarme y desayunaremos juntos. Luego nos iremos descalzos a buscar piedras y flores sin perfume. Durante la siesta, tendida en mi hamaca bajo las ramas—huesos negros y ásperos de los árboles adulzarados por la piedad blanda de las hojas—me dormiré para soñarte. Cuando despierte, más cerca aun que en el sueño, te hallaré a mi lado. Y de noche me dejarás en la puerta de mi alcoba.

ALFONSINA STORNI.

Recordando a Florencio Sánchez

Por Lorenzo Sitano

Han transcurrido diez y seis años desde la muerte de Florencio Sánchez, el dramaturgo de la sencillez. Como otros años, el aniversario de su deceso ha pasado punto menos que inadvertido entre nosotros. Diarios y revistas que, de ordinario, gastan su espacio en cosas e ideas fútiles, en bagatelas, en trivialidades mayúsculas, no han tenido ni la más humilde palabra de recordación para el que nos dejara una obra fecunda y bella, digna de imitación. Nadie ha evocado aquí tan brillante y simpática personalidad. Nadie ha deshojado ni la más modesta y sencilla flor en la tumba del recuerdo del bohemio ilustre, del lírico sentimental y sensible. El rugiente torbellino de una vida torrentosa, en que se piensa con la fuerza irresistible de los dólares y de las libras esterlinas, no ha dejado un minuto libre para darlo, en dulces palabras de afecto y de amor en el día de la muerte del que tanto conociera, penetrara y comprendiera el alma humana, y las miserias y pequeñeces de este mundo comercializado y egoísta. Lo doloroso, lo que da pena, es saber que tantos y tantos escritores prefieren emplear su tiempo en tanta prosa inútil y hueca, sin merecerle dos líneas la memoria del que, por tener demasiado talento, supo desentrañar males tan arraigados y hondos, disecándolos con el escalpelo de su valentía y de su gran corazón en su franca lucha para llegar al cielo, para realizar un ideal.

Es que, proponerse encauzar, depurar y serenar las corrientes de la vida hacia un mundo superior, de más bondad y de más belleza. Detenerse en la sacrosanta tarea de romper con todas las vanidades, odios y envidias que obstaculizan y retardan la obra de elevación y dignificación espiritual. Trabajar sin arrogancias y con fervor por una sociedad edificada sobre bases más nobles, más sinceras y justas. Seguir bravamente el camino trazado, aunque los insignificantes, los imbéciles y los sapitos se pongan en el medio. Levantarse por arriba de los errores, de las risas, de las burlas, del escarnio y de los insultos con que suelen desprestigiar y enlodar los que nada hacen a aquellos que persiguen causas grandes y bellas. Mostrarse integérrimos, decididos, valientes, sinceros, sin temor a nada ni miedo a nadie. Tener la entereza de ánimo suficiente para ser claros, para no usar medias tintas, para expresarse en todo tiempo con el lenguaje de la verdad, sin disfraces ni circunloquios que la debiliten. No arredrarse ante las pesadas moles de los preconceptos y de las conveniencias sociales. Soñar en horizontes nuevos, más luminosos, más amplios y más elevados. Tener fe en los generosos y sublimes ideales que se defienden. Y saber afrontar con energía los fuertes arañazos y la befa de los incapaces de otra cosa que de comerciar, no alejándose nunca del combate, es algo que reclama una voluntad de hierro, una firmeza de carácter, un corazón inmenso, dispuesto a todos los sacrificios y a todas las bondades.

La vida de Florencio Sánchez respondió siempre al llamado de la lucha y de la acción. Fué la suya amarga, agria y dolorosa, llena de tropiezos y de sinsabores. No podría ser de otra manera. Los talentos viven sufriendo y se mueren de hambre. En una condición propia de todo genio. Este vagabundo atormentado apenas si conoció de niño las alegrías de una infancia sin atractivos. Temperamento inquieto, conoció y sintió todos los dolores de esas vidas oscuras que se agotan entre las lobreguecez más profundas de la desgracia y del más negro de los sufrimientos. Sus ojos vieron muchas mentiras, muchos vicios, muchas maldades y muchas víctimas también, residuos tristes de amargura, sometidas al despotismo del miserable mendrugo, para quienes tuvo siempre palabras de consuelo y de cariño. Observó de cerca las angustias de esas existencias sombrías y lúgubres, premiadas de crueles sorpresas. Soportó las más brutales embestidas del destino, sacando una lección de fortaleza.

El autor de tantos dramas divinos y humanos, el bohemio torturado y radiante, ilusionado como el peregrino de la leyenda que iba tras la mariposa de un ensueño, pletórico de fe y de entusiasmo, anduvo y anduvo en busca de la prometida sonrisa de la gloria. En la lucha por la diaria pitanza, hubo de soportar una batalla tenaz y firme. ¡Y luchó contra todo. Peleó enérgicamente con las armas de su convicción y de su firmeza. A punta de pluma fué ganando el pan de todos los días. Muchas veces se durmió con un simple café con leche en sus fatigosas peregrinaciones por las redacciones de los diarios. Fué de uno a otro lado cargado con sus ideas, con su alma plena de ilusiones y su pluma brava y vigorosa, más fuerte que una espada, volviendo siempre sus ojos hacia el arroyo, hacia la vida humilde, que vivió con todas las desgracias y amarguras, y cuyo fiel portavoz fué. Hubo de vencer las tiranías de los mediocres, de los ignorantes, de los que no conocen otra moral que la utilitaria.

Empero, triunfó este bohemio irreductible. Su teatro de combate y de verdad se impuso en la escena nacional, que por entonces no era otra cosa que la constante repetición de burdos dramas de sangre y de cuchillo. Su espíritu retemplado en la fragua de la batalla sin tregua, su juventud vigorosa de periodista combativo, la fuerza sincera de sus hermosos sueños de paz, de amor y de justicia, logró imponer su producción incomparable a pesar de los venenos, de las envidias y de la criminal indiferencia de las víboras y de los reptiles que le clavaron sus dientes.



—Una mano de pintura convierte las cosas viejas en nuevas. ¿Verdad, señorita?

Madrinas de guerra

Los cabos del ejército español, Vicente Morales Martín, Martín Flores Torres y Juan Román González, que prestan servicio en el batallón Cazadores de Africa N.o 16, compañía de ametralladoras, actualmente de operaciones en Targuist (Melilla), zona del protectorado español en Marruecos, solicitan por intermedio de FRAY MOCHO, otras tantas madrinas de guerra, entre las damas de la sociedad argentina.

Visionario, con mucho de artista y de poeta, a Florencio Sánchez no le bastó el éxito que habían obtenido todas sus obras aquí, como en el Uruguay, su país natal. Su noble ambición de triunfar sobre más vasto escenario, le hizo acariciar la idea de trasladarse a Europa. Y después de no pocos esfuerzos y dificultades, pudo conseguir su propósito. No es para ser descripta la alegría con que vió, por fin, satisfecho su vehemente deseo de ir al viejo mundo a estudiar y observar, en busca de "pan, arte y gloria", como él mismo dijera en el fraternal banquete de despedido; ¡ignoraba la negra suerte que le tenía reservada el destino cruel e inexorable! En Europa sufrió mucho, no sólo moralmente sino que económicamente, no obstante la franca ayuda que recibió de sus amigos, que le querían y estimaban hasta lo indecible. Pero una terrible enfermedad se ensañó, sin piedad ni misericordia, con su organismo, y no lo abandonó hasta el día triste en que la muerte tronchara esa vida en flor, cerrando los ojos de este idealista sublime, con alma de niño, que soñara en tantas cosas bellas y puras, lejos de su patria y de sus seres queridos, oscuramente, en la ciudad de Milán, el 7 de noviembre de 1910.

Recordar con veneración y simpatía la dulce figura de Florencio Sánchez, su ejemplar vida de sacrificios y obstáculos, que experimentó la tragedia de los días de frío y de hambre; admirar su notable obra de dramaturgo ilustre que sabe ahondar los corazones de los indefensos, de los débiles y de los vencidos, con todas sus pasiones, sus sentimientos y sus esperanzas de redención; evocar la labor de este divino soñador, es pensar, necesariamente, en el nivel bajo, inferior y mezquino en que se debate hoy el teatro, este vehículo formidable que debiera ser de cultura y educación, cuya influencia beneficiosa o funesta demás está señalar. Da grima asistir al espectáculo bochornoso y deshonroso que nos ofrece, desgraciadamente, el teatro nacional. Y más entristece y conduele que los autores nada hacen por dignificarlo y ennoblecerlo. Por la inversa: van en busca de motivos sacados de la vida y costumbres de los más bajos fondos porteños. El arrabal, el cabaret, con sus personajes de cuchillo, con toda su miseria moral a cuestas, con sus instintos perversos, con sus gustos groseros, con sus chistes burdos y frases guarangas, con las más brutales y torpes expresiones, ha sentado sus reales en los escenarios,

convertidos en escuelas de depravación, de vicio y de relajamiento, de indiscutibles perniciosas consecuencias, especialmente para nuestra juventud, que no sabe o no quiere saber, de dignidad, de arte, de elevación y de belleza.

Hoy, en que pocos espíritus cultos y superiores, con sobrado talento, de esos que se mantienen firmes e inquebrantables, alejados de innobles inclinaciones y deseos inconfesables, oponen a este desborde de bajezas, de estupidez y de barbarie, una labor honesta y bien intencionada, inspirada e iluminada por un ideal elevado, que se estrella, por lo general, contra la roca del éxito económico, que es lo único que buscan las empresas. Hoy, en que tantos dignos autores de obras buenas tienen que librar una formidable y ruda lucha contra la resistencia y la apatía, contra el medio ambiente teatral, reacio a todo lo que no sea aumentar las entradas, aunque para ello sea menester halagar las más groseras pasiones y los instintos más execrables de un público que gusta de las escenas del cabaret, con el inevitable compadre que suscita pendencias. Hoy, en que eliminamos y huimos como de la peste todo lo que huele a cultura, a generosidad e ideal. Hoy, en que es conquista con armas ilícitas y sin unción, puestos de renombre en nuestro teatro, con tal de presentar obras vacías, vulgares, sin orientación, con tipos grotescos y pobres de toda pobreza. Hoy, en que no se estimula a los que no se arrastran por el fango, a las almas hercúleas, a los que piensan valientemente, a los que sienten con altura, es bueno, es oportuno, es indispensable recordar con respeto a ese gran dramaturgo, cuya obra sobrevivirá como dignificante ejemplo de energía, de valor y de bondad, al que no tuvo maestros y que, desgraciadamente, pocos discípulos parece haber dejado. Y evocando su noble teatro, su humano teatro, detenerse en la urgente necesidad que hay de reaccionar con bravura, con entereza, sin temor, contra todos los males que aquejan a la producción teatral, para contribuir así a elevarla y dignificarla de la abyección y miseria en que hoy la vemos postrada.

El juguete roto

Como fué nuestra pasión tan leve y vaga,
que el postrer adiós, no trajo pena alguna,
ni al recuerdo se allegó tristeza aciaga
para turbar nuestra calma inoportuna.

Nunca nada. Nuestro amor quiso la suerte
que tuviera vida efímera y baldía,
como un juguete de niños que halla muerte
sin alcanzar a durar un solo día.

Y hoy que estamos nuevamente frente a frente
y los años desde entonces han pasado,
como dos viejos amigos, buenamente,
recordamos el juguete destrozado.

Pero en verdad te digo, que si nos diera
por recomenzar aquella historia trunca,
hemos cambiado tanto, que bien pudiera,
que ya el juguete no se rompiera nunca.

HECTOR ANGANUZZI.

La familia de Babón

Hace poco se reunieron en fraternal banquete en la sala de las "Sociétés Savantes", de París, los miembros de "La Plus Grande Famille", cada uno de los cuales es, por lo menos, padre de cinco hijos vivos.

Y dice Sergines, en "Les Annales", que si Babón existiese todavía, hubiera sido bien recibido y festejado por los comensales.

¿Saben ustedes quién fué Babón?

Pues ese Babón vivía en el siglo XI y era burgrave de Ratisbona.

Un día, el emperador Enrique II tuvo la idea de invitar a todos los gentileshombres del país a una cacería. Así lo hizo, pero rogándoles que sólo llevaran con ellos a sus familias respectivas.

Llegó el momento señalado, y llegó Babón escoltado por un grupo impresionante.

El emperador frunció el ceño.

—¡Cómo! — increpó el burgrave. — ¡He dicho que trajeran ustedes nada más que a los individuos de su familia, y viene usted con cuarenta y una personas!

—Señor — replicó Babón; — tengo el honor de presentar a vuestra majestad a mi esposa, mis ocho hijas y mis treinta y dos hijos.

EL RELICARIO

Por María Efoelc

Catalina tiene a su esposo, Clodomiro Otamendi, enfermo. El médico ha ordenado mucho reposo, no contrariarlo, alimentos nutritivos y pocos medicamentos, asegurando que sanará muy pronto, pero no ha dicho cuál es el nombre de su mal y Cata tampoco se lo ha preguntado. ¿Para qué?

Los nombres de las enfermedades es lo de menos, y ella lo creía superfluo en este caso. De igual modo pensaba respecto a los apellidos de las personas. Siempre había juzgado a éstas por el valor individual, y no por su rancio abolengo, circunstancias que las más de las veces se encuentran reñidas entre sí. En cuanto a las enfermedades, al hospedarse en el cuerpo humano, sabía que eran malos sujetos, y trataba de defenderse de ellos.

El capricho de los hombres de ciencia, bautiza con nombres, más o menos retumbantes, los males corporales, para hacerlos temibles, y si logran salvar al paciente, que se les rinda homenaje a su saber ¡vanidad!

Algo anormal hallaba Cata en su marido, sin poder precisar lo que era. Le preocupaba el estado de su querido compañero, enfermo y abatido. Consultó al consejero de la familia, lo que debía de hacer para aliviarlo, pues ella se hallaba ya impotente para combatir por sí sola el mal. El doctor no la había alarmado, ¡oh, no! Sólo dijo que era algo moral más que físico lo que hallaba en el enfermo. ¿Qué le preocuparía? ¡Ella averiguaría la causa! Sus dos hijos eran ya hombres y habían abandonado el hogar paterno, para formar el propio.

Quedaron ellos otra vez solos en aquel caserón como cuando recién se casaron. Entonces no le parecía grande su casa, pues aun no sabía cuántos llegarían a ser los ocupantes de ella, pero en el presente, le fastidiaba tanta holgura. Ya había huido para ella, hacía tiempo, la esperanza de nuevos habitantes y comenzaba a sentir frío en la casa. ¡Faltaba el calor de los ausentes!

Mientras el anciano dormita, Cata sentada en un cómodo "berger" a su lado, medita y teje. Teje unos escarpines para el nietecito que no tardará en llegar. ¡Su nietecito! ¡Qué distinta madre soñó para su primer nieto! ¡Castillos en el aire, que los hijos echan al suelo!

Jorge, casado con la hija de su quintero, ¿sería feliz? Y el otro, su pequeño Isaac, con una artista francesa. Hacía seis meses que no tenía noticias de él; su última carta era de Turín. ¿Para esto se fué de su lado? ¿A cuál de sus dos nueras debía de querer más? Si ellas son buenas con ellos, las querré por igual. ¿Qué otro remedio me queda ya? — pensó la madre. — ¡Cuántos sacrificios, cuánto esmero en su educación, cuántas delicadezas, y malos ratos, para este resultado! ¡Ingratos!

—Cata, ¿en qué piensas? — dijo el enfermo, abriendo sus ojos.

—En nuestro futuro nieto.

—¡Ay, por favor, no hables de eso!

—¿No estás contento? Tendremos de nuevo un niño en el hogar, que nos hará recordar los tiempos idos.

—¡Oh, aquellos tiempos no volverán, no! Los años nos han quitado la venda de nuestros ojos. Ya no ignoramos que el hombre propone y Dios dispone... ¡Bendita ignorancia la de la juventud!... que la vida al instruirnos, mata.

—¡No hables así!

—Bien, si te disgusta callo. ¡Qué cansada tengo la cabeza!

—¿Quieres que te alcance otra almohada?

—Bueno, pero que no sea muy grande, así podré manejarla yo solo, sin molestarte, ¡mi buena compañera!

—¿Molestarme? Ni en broma admito que te expreses así; voy por una, y vuelvo en seguida.

La anciana se dirigió hacia la pieza de depósito y allí, entre los baúles, colchones y tiestos en desuso, buscó inútilmente lo que deseaba. Ya se iba a retirar cuando su vista se posó en la cuna de sus hijos, donde los dos se habían mecido en su infancia. Sobre ella había una almohadita apropiada como para la cabeza del enfermo. La tomó entre sus manos, notando que el forro estaba bastante usado y al palparla, le pareció algo húmeda. Sentóse sobre un baúl a descoserla. Al abrirla, salió de su interior el pelo blanco como una espuma, desparramándose en su regazo cual si quisiera agradecerle con mimos y caricias su libertad, después de tantos años de prisión. Se puso a esponjarla, notado, a la mitad de su tarea, que en el centro estaban duros y apretados los grumos. — ¿Por qué será? — exclamó. — ¡Ah, ya lo sé...! Sí, era aquí mismo donde ellos reclinaban su cabecita, su traspiración ha endurecido el pelo. ¡Oh, aquí está aún patente, en este hoyuelo, el tamaño de sus coquitas! Continuó abriendo la lana y halló, entreverado con unas hebras de pelo duro, unos hilitos suaves y dorados. ¡Era el cabello de sus hijitos! ¿De cuál de ellos sería? Los dos fueron rubios. Dejó su trabajo y caviló. ¿Cómo podía haber allí, en ese objeto olvidado, inanimado, frío y sin cuidados, más amor, más recuerdos gratos para ella, que en aquellos que tenían corazón y sangre suya en sus venas? ¡Esa almohada era un relicario que conservó con cariño unas hebritas de oro que hacían vibrar su alma de alegría, y los dueños de esos cabellos no le devolvían más que penas! Reclinó la cabeza sobre la almohada y abrazándola llorando, exclamó: ¡Hijos, hijitos míos!

—¡Cata, tú también aquí! ¿Y la almohada? — dijo el enfermo desde la puerta.

—Clodomiro, ¿te has levantado? ¡Qué imprudencia! Ve pronto al lecho, que puede hacerte mal. En seguida te la haré; no sabía que estuvieran tan apurado por ella.

—¡No; ya no la quiero! Guárdala para nuestros nietos.

—¿Cuál es el motivo que te hace cambiar de idea? — repuso la anciana, tomándolo cariñosamente de un brazo, para conducirlo a la cama.

—Deseo que esa prenda tenga en el hogar de nuestros hijos, el mismo destino que en el nuestro. Que en un principio sea el testigo mudo de sus días felices, y luego... luego que les sirva de sudario para enjugar sus lágrimas, como hasta ahora me ha servido a mí.

—Pero, ¿qué dices?

—Sí, Cata adorada. Cuando tú no me veías, yo me encerraba aquí, para llorar sobre esa cuna la pérdida de nuestra dicha, desde que ellos se independizaron como hombres, pero nunca quise apenarte con mi confesión, porque ignoraba que tú hacías lo mismo.

Recién comprendió la esposa cuál era el mal de su marido. ¡Les hacía falta un niño en el hogar, y ella lo procuraría! Tomóle ambas manos, y hablándole con ternura, comenzó su primera cura, con las palabras siguientes:

—Clodomiro, he llegado a ser más fuerte que tú, porque me ha sostenido una esperanza. ¡Ya volverán por nosotros nuestros hijos, sí, lo verás!

—Que vengan en buena hora, pero sin ellas. ¡Ladronas!

—Vendrán con sus pequeñuelos... pero los bebés, sin sus mamitas, nos tendrán miedo. Escucha: ellos nos llamarán abuelitos... se te treparán a tu falda... tú los harás montar a caballo en tus rodillas... les daremos la papilla... les compraremos golosinas... les harás gorros de papel... les cantarás... y..."

—¡Cata!... trae la almohadilla. Cómprale un forro de raso celeste... ¡Yo quiero que sea varón!

Poco a poco, quedóse dormido el futuro abuelo, tarareando un arrorró:

Duérmete mi niño,
duérmete mi sol,
duérmete pedazo
de mi corazón.

Desde aquel instante Clodomiro entró en una franca mejoría, con sólo una dosis de un remedio casero, que no existe en la botica, burlando así la ciencia de un experto galeno.

Y esa medicina es un bálsamo que sólo se encuentra en el corazón de la mujer.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 „	N.º atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3 70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

«Poemas de la inmovilidad y canciones al sol» por Luisa Luisi.

Como todos sus libros, el último que ha publicado en España, la autora de "Sentir", reune los mismos caudales de emoción y belleza.

La señorita Luisi, es una poetisa emotiva, que se adentra demasiado en su alma para hacernos sentir sus ensueños, sus inquietudes, por esos sus poemas dejan en el espíritu del lector algo así como un perfume.

Tiene este pequeño volumen composiciones bellísimas, como "Sueño", "Yo soy la piedra inmóvil" y "Alma". La armonía se aduna a la forma consagrada, y el pensamiento preciso y claro, nos seduce.

Si en realidad he dicho que la autora de este libro da un trato cercano a su lama, a sus bellos poemas, lo justifica el trabajo primero del volumen, cuando soñándose alejada de la vida, invisible e incorpórea, dice la poetisa:

"Soy lo absoluto y lo definitivo,
en su inmovilidad.
Ardo callada y quieta como un cirio,
Soy sólo un pensamiento;
Ya no tien sentido la existencia
vulgar del episodio. Soy eterna
y son inconmovible.

Con esta estrofa se deduce el vuelo de la imaginación de esta poetisa que en cada nuevo libro se supera, se hace más profunda y emotiva.

Cierra este libro con un poema "Amor", al cual se entrega iluminándose por el paso del niño arquero, y le dice:

"Mi vida
Se perfuma a tu lado de cinámono y miel".

En efecto, esta obra perdurará siempre por su emoción y belleza.

F. B. V.

«Alvear y la diplomacia de 1824-1825. En Inglaterra, Estados Unidos y Alto Perú, con Canning, Monroe, Quincy Adams, Bolivar, y Sucre,» por Carlos Correa Luna.

El conocido historiador y periodista, don Carlos Correa Luna, acaba de aportar una nueva y valiosa contribución a la historia de América, con la reciente publicación del libro cuyo título encabeza estas líneas.

El autor de "Don Baltasar de Arandia" y de otras obras históricas, empleando el estilo claro y donoso que le es peculiar, ha encerrado en el volumen que nos ocupa toda la inteligente actuación diplomática desplegada por el general Carlos de Alvear, durante el período indicado, ilustrándola con la transcripción de interesantes documentos oficiales y comentándola con habilidad y acierto, merced al concienzudo estudio de los más importantes acontecimientos políticos de aquella época, relacionados con el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad.

«Angustias» por Constantino Fragua.—Editorial Tor—Buenos Aires.

Una existencia tortuosa y dolorida es la que este autor realista, — en el moderno concepto de la realidad, — ha pintado con vigor en las páginas de "Angustias". La vida ciudadana, en su aspecto más mísero, la lucha por el amargo pan; la competencia por el mísero peso de jornal; las humillaciones y vejámenes que soportan todos aquellos que, vagabundos no por inclinación sino por indiferencia y descuido de la sociedad, vénse obligados a allegarse hasta los potentados en demanda de lo que, en justicia, les corresponde; la tragedia de tener un espíritu altivo en medio de gentes sin sentimientos ni humanitarismo; todo esto y mucho más es lo que Constantino Fragua expone. Oirán con la experiencia de las cosas vividas en este libro que parece influenciado por el soplo de sinceridad y rebeldía que caracteriza al maestro Knut Hamsun.

Desde las arcadas sombrías del Paseo de Julio hasta los campamentos de obreros que con dolor van clavando los rieles en el suelo de la pampa dura e inhospitalaria, tal el calvario, realísimo y vivido, que este autor brinda al público como ejemplo y a la sociedad como reproche.

«Mamíferos de lujo», por Pitigrilli —Edición Tor. Buenos Aires.

Ningún autor entre los modernos europeos ha sabido aunar la gracia regocijante y picaresca con el más exquisto arte de novelar como este Pitigrilli, cuyas obras comienzan a popularizarse entre nosotros.

El tema inagotable del amor sirvele para hacer gala y derroche de una filosofía pesimista — aunque no por eso triste y desagradable — en la que la constancia y las virtudes de una mitad del género humano no siempre sale bien parada. Pero, así y todo, picaresco y sincero, este Pitrigrilli de "Mamíferos de lujo", resulta humano y atrayente.

Una obra como "Mamíferos de lujo" debe ser divulgada y llevada a conocimiento de todos: hombres y mujeres. El honor de las mujeres y la honorabilidad de los hombres juegan en ella importante rol. Lo novelesco aparece como real; y, lo mucho de real y vivido que en sus páginas vuelca tan prestigioso y hábil novelista, de tanto que lo es desconcierta y parece novelesco y fantástico.

En definitiva, una novela palpitante, llena de pasajes atrayentes y escabrosidades se salvan porque el autor domina su arte y es, además, tentadores, en la que las mayores hombre de fino espíritu.

«Apéndice a mis últimas traduciones», por Ricardo Palma.

Hace pocos años la Casa Editorial Maucci de Barcelona, publicó el tomo de *Mis últimas traducciones peruanas*, al cual, el que acaba de publicar, sirve de Apéndice. A su mérito intrínseco añade el de revestir carácter de libro que puede estimarse como póstumo, por haber hecho alto el insigne autor en su fecunda labor intelectual.

Populares son en toda América las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Las coleccionadas en este Apéndice, todas ellas inéditas, son merecedoras de los mayores encomios, tanto por reproducir anecdóticamente la época histórica colonial de América como por el hermoso castellano en que están escritas, no superado por ningún narrador moderno de su género.

Va el volumen precedido del juicio que formulara del autor don Juan Valera y el de don Rafael Altamira, y contiene, además de las bellísimas *Tradiciones* de que nos ocupamos sumariamente, los *Anales de la Inquisición en Lima*, cuyas primeras ediciones hechas en 1863, 1872 y 1897 se agotaron rápidamente, mereciendo los más altos elogios de la crítica, que reputó este trabajo como el más completo y documentado estudio del terrible Tribunal en el Perú, importado en nombre de Felipe II por el virrey don Francisco de Toledo. Hoy que tanto preocupan y apasionan las cuestiones relacionadas con la religión de nuestros mayores, este libro tiene palpitante interés.

De interés para los poetas hispano-americanos.

A D. Eduardo de Ory, publicista y director de la revista ilustrada "España y América", que se publica en Cádiz, le ha sido confiada por la "Editorial Ibero - Africano - Americana", la confección de una serie de volúmenes antológicos, en cada uno de los cuales figurarán las mejores composiciones de los más reputados y conocidos poetas de cada país.

Dicho señor nos encarga le comuniquemos a los del nuestro, para que le remitan — los que deseen figurar en dichos tomos — sus obras y los trabajos más selectos que posean.

Cada citado volumen irá prologado por un eminente escritor de la nación correspondiente.

Los materiales y libros deben ser dirigidos, en seguida, bajo certificado, al señor Ory: Alameda de Apodaca, 17 y 18, Cádiz (España).

Noticias literarias

MARIA ALICIA DOMINGUEZ.—

"Idolos de bronce" se titula una hermosa colección de cuentos que esta distinguida poetisa, sobre el éxito de su último volumen de versos "Crepúsculos de oro", lanzará a la venta por intermedio de la Editorial Tor.

RICARDO CHAMINAUD.—

Tiene en prensa un nuevo tomo de poesías que titula "Patria", que aparecerá a fines del corriente mes. Será un tomo nítidamente impreso, con el buen gusto que caracteriza a la Editorial Tor.

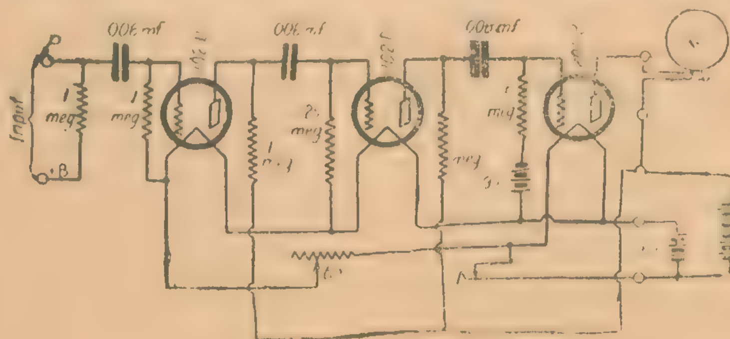
UN AMPLIFICADOR A RESISTENCIAS

Por cierto que el problema de la amplificación, es uno de los que más han preocupado a los técnicos de radio de todos los países, puesto que no solamente debe reunir los requisitos necesarios para obtenerse una buena reproducción de los sonidos, sino que es un elemento que está destinado a ser juzgado por los profanos, que ignoran la mayoría de las dificultades que es necesario vencer en un aparato de radio.

En efecto, la gran mayoría de las personas desean que su altoparlante permita amplificar las señales y que éstas sean oídas por el auditorio en forma igual a la que fueron transmitidas. Esto constituye un grave error aumentado todavía por la propaganda de los fabricantes que al anunciar un artículo cualquiera lo hacen en forma que el adquirente queda convencido de la dificultad de poder indicar si las señales provienen de un aparato de radio o si la orquesta se encuentra en la casa.

En honor a la verdad debe decirse que hay muchísimas dificultades para poder hacer una reproducción absolutamente fiel de la música, por muchas razones técnicas que no explicaremos detalladamente, pero sólo haremos notar que: las lámparas aun no tienen una curva que permita detectar y amplificar las señales sin deformación alguna, es cierto que la gran mayoría de ellas han alcanzado un grado de perfeccionamiento enorme, pero no están y difícilmente lo alcanzarán a estar en un grado de absoluta perfección. Los amplificadores, por otra parte, poseen siempre pérdidas y defectos que hacen imposible la absoluta perfección y finalmente los altoparlantes o reproductores, a pesar de lo mucho que se ha producido en ese sentido, no han alcanzado aún el pináculo de la perfección.

Sin embargo, el progreso hecho en perfeccionar todos estos elementos es enorme y no debe achacarse a otra cosa que a dificultades técnicas insalvables el que no se haya progresado aún más. El fenómeno



es absolutamente igual en todos los órdenes de la vida, de manera que a la radio debe tomarse en la misma forma; así por ejemplo, el fonógrafo, aun a pesar de los últimos descubrimientos, será siempre un fonógrafo y la reproducción de los sonidos por medio de él, será siempre notado y difícilmente igualará al original, pero la gente se ha acostumbrado ya a su sonido y reconocerá cuando un fonógrafo ejecuta bien o mal los discos. En fotografía sucede algo análogo, por buena que sea una foto, es fácil ver que no será igual exactamente y nunca se podrá confundir con el original, ya sea por falta de relieve u otra cosa que hacen que sea característica una foto del original.

Bien, en radio el fenómeno es el mismo; es indudable que la radio puede hacer una reproducción de los sonidos más perfecta que cualquier otro medio, pues está constituído de elementos eléctricos, los cuales responden en el instante que son requeridos, eliminándose así la inercia que permite una reproducción más exacta, pero siempre habrá esos pequeños detalles que harán que una audición de radio, sea una audición de radio y no la música original.

Es probable que el lector se haya preguntado qué tiene esto que ver con el amplificador a resistencia, pero la respuesta es obvia, puesto que esta clase de amplificadores es el más indicado y está preconizado como el amplificador sin distorsión de ninguna clase, pero queremos dejar constancia que al hacerlo debe siempre tenerse presente, lo que hemos dicho anteriormnte y que la reproducción radio, a pesar de cuanto se haga, no podrá ser igual que el original, aunque muy perfecta.

El tipo de amplificador a resistencias que vamos a indicar es, por cierto, el modelo común de ellos, aunque con pequeñas modificaciones que lo hacen extremadamente apto para la fiel reproducción de los sonidos y es por otra parte de muy fácil construcción y manejo.

El diagrama de la fig. 1 nos indica con toda claridad la forma de conectar los diversos elementos de él y la foto que ilustra el aparato completo contribuye a hacer más factible su construcción; por ella se podrá ver que todas las conexiones del aparato están debajo del panel que sostiene las lámparas y las resistencias, lo cual contribuye a hacer de este aparato un elemento de preciosa apariencia; por otra parte, haciendo las conexiones en la forma antedicha, se acorta mucho, con gran beneficio en la intensidad de las señales, puesto que se disminuyen las pérdidas y las inducciones entre ellas, que son un motivo de preocupación en los aparatos amplificadores.

El amplificador está construído para poder aplicar a cualquier receptor, con sólo hacer las conexiones necesarias en los puntos P y B, que son los que corresponden al teléfono del aparato que se poseía.

Respecto a las resistencias a usarse, debemos hacer notar que hay muchas marcas de ellas, pero debe tenerse cuidado al comprar, que ellas sean de muy buena calidad pues de otra manera, como los valores de ellas es punto de la mayor importancia, si éstos no son los que están indicados, el perjuicio redundará sobre la claridad de las señales.

La polaridad de las baterías, es decir la indicación de los polos positivo y negativo de las mismas, es punto que debe cuidarse con detalle, como asimismo el voltaje de la batería de placa, pues siendo los amplificadores de resistencias, aparatos basados en el alto voltaje de ésta, pues se produce una gran pérdida de voltaje al pasar la corriente a través de las resistencias, si la batería no tiene el voltaje de 100 volts más o menos, el voltaje que llegara a las placas de las lámparas será mínimo, y por consiguiente la intensidad de las señales será muy pequeña.

Las lámparas usadas en el aparato que detallamos, son Western Electric 102-D y en la última etapa 205-E, pero ello no quiere decir que ellas sean las únicas que pueden emplearse, pues cualquier otro tipo de lámpara amplificadora dará buenos resultados, siempre que sea buena. Por ello, si se desea puede usarse 201-A, algunos tipos de Philips, Metal, Telefunken, etc., pero no de las de mínimo consumo, como ser 199, Philips mínimo consumo, etc., las cuales en general la amplificación es mínima y no se obtendrán mayores resultados.

Con cualquiera de las lámparas antes indicadas, la amplificación que puede obtenerse con este aparato es muy superior en calidad al que puede salir de un aparato común a transformadores o impedancias; por ello es recomendable su empleo en el caso que se quiera obtener una reproducción exacta de los sonidos.



Una revelación fisiológica

LA VISIÓN SIN OJOS

Hace algunas semanas, la prensa francesa se ha ocupado del descubrimiento fisiológico de un sabio, que ha producido gran interés. Dicho sabio ha logrado demostrar que la visión no está localizada, en las personas, exclusivamente en los ojos. Nuestra epidermis, de la que no conocemos todos los recursos misteriosos, es capaz de darnos una percepción bastante clara del mundo exterior si la obligamos a representar el papel de placa sensible en la fotografía del universo. Resumiendo las cosas, se puede decir que el público está autorizado para sacar esta conclusión mágica: *se puede ver sin los ojos; se puede leer con la piel.*

A pesar de su esquematismo poco científico, esta fórmula resume bastante bien la importancia del descubrimiento hecho por M. Louis Farigoule, ex alumno de la Escuela Normal Superior, profesor auxiliar de la Universidad.

M. Farigoule afirma que existe una "visión extra retiniana" y que estamos dotados, sin saberlo, del "sentido par-óptico".

Da la explicación técnica siguiente: el tegumento que recubre nuestro cuerpo encierra una serie de órganos microscópicos llamados *ocelles.* Fisiológicamente, el *ocelle* es un pequeño ojo rudimentario, pero completo. Comprende:

1. Un *cuerpo refrigerante,* constituído por la célula ovalar.
2. Una *retina ocellaire,* constituída por la expansión *menisca.*
3. Una *fibra óptica,* constituída por la fibra nerviosa que soporta la expansión.

Según el autor del descubrimiento, el proceso de la función *ocellaire* se reduce al esquema siguiente: "Los rayos luminosos, al atravesar las capas superiores de la epidermis, cuya transparencia es suficiente, tocan el cuerpo refringente, sufren refracciones sucesivas y forman sobre la retina *ocellaire* una imagen más o menos vulgar". La recepción paróptica utiliza, pues, un mecanismo bastante parecido al de la visión retiniana. Pero no es suficiente contentarse con esta analogía simplista. M. Farigoulè es el primero en poner en guardia contra este peligro a los vulgarizadores que intenten entregarse a esta asimilación demasiado cómoda.

M. Farigoule ha llegado a sus conclusiones por el estudio de los invertebrados. Había observado la imposibilidad en que se encontraba de atribuir una función invariable a ciertos órganos sensoriales de los animales inferiores. En el estado actual de la ciencia no podemos delimitar de un modo preciso ciertas reacciones fisiológicas con motivo de las cuales no razonamos más que por analogía.

Por otra parte, la naturaleza nos ofrece indicaciones bastante confusas. Se sabe, por ejemplo, que los peces poseen en cada uno de sus lados una "línea lateral" formada de un cordón nervioso sembrado de pequeñas depresiones. Estas líneas laterales representan una función importante en la vida de los seres acuáticos.

Si se suprime, por ejemplo, la línea lateral del lado derecho de un pez, del que se deje los lados intactos, el animal se conducirá del mismo modo que si estuviera ciego. No notará más los objetos situados a su derecha; tropezará con las rocas y se encontrará aislado de la mitad de su horizonte.

Si se suprimen las dos líneas laterales, os dará la impresión de una ceguera completa. Su torpeza y su desarrollo demuestran que la ayuda de sus ojos es insuficiente para permitirle dirigirse sin inconveniente en medio de los arrecifes acumulados sobre su ruta.

Si, por el contrario, se le impide el uso de los ojos, dejándole intactas sus líneas laterales, estará mucho menos turbado. Demostrará al principio una cierta vacilación, pero evitará muy fácilmente los obstáculos. Desde el punto de vista de la visión, las líneas laterales del pez le hacen mucho más servicio que su aparato ocular.

M. Farigoule, experimentando el "sentido del obstáculo" en los ciegos, se apercibió en seguida de que la definición clásica de la vista se manifiesta como de una exactitud inesperada. Aproximando rápidamente un objeto puntiagudo a la mano de un ciego, provoca un reflejo de defensa, pero obtiene también algunas indicaciones precisas que no se pueden explicar, seguramente, por el sentimiento de la comprensión de las capas de aire. "Usted me amenaza con un objeto puntiagudo — dice el paciente. — Este objeto es alargado... es delgado, tiene tal largura". Una simple percepción tocable no hubiera permitido precisar estos detalles.

En poco tiempo, después de haberse entregado a un esfuerzo de atención, que es además bastante fatigoso, los individuos llegan a percibir vagamente primero, después con una precisión creciente, los volúmenes, las formas y los colores. Leerán caracteres de imprenta, bastante grandes al principio; pero después, cada vez más pequeños.

Para descartar toda posibilidad de superchería, el experimentador coloca las letras o las cifras que somete a la lectura epidérmica en una pequeña caja lamada *guiñol.* Este guiñol está iluminado interiormente, pero su contenido se encuentra protegido por todos los lados contra toda indiscreción eventual del ojo. Se pone su única abertura en contacto con la porción de epidermis escogida; en esta posición, el individuo debe describir los bojetos colocados en el centro de la caja.

Se puede así aplicar este dispositivo indistintamente sobre la frente, las mejillas, la nuca, el antebrazo, o hacer pasar ante él la mano derecha o la mano izquierda. En estas condiciones, descartando toda sospecha de fraude, es como se ha ejercido victoriosamente la visión extra retiniana en presencia de comisiones de control compuestas de sabios cuya imparcialidad y sangre fría no pueden ponerse en duda y que garantizan la lealtad y el éxito de las experiencias.

El experimentador tuvo sucesivamente como pruebas a ciegos de toda clase. Unos habían sufrido la enucleación completa; otros habían perdido la vista por degeneración del órgano. Se habían excluído sistemáticamente los casos de ceguedad procedente de una herida cerebral, para evitar toda discusión sobre el carácter absoluto y definitivo de la enfermedad. En todas las circunstancias los resultados han sido también concluyentes.

La opacidad, la transparencia, la translucidez de los objetos, el reflejo de las imágenes por los espejos y las variaciones de intensidad de la luz son percibidos e interpretados por la visión paróptica del mismo modo que por la visión ocular. Hay que hacer constar también que se habían adoptado todas las precauciones para que el tocador no tomara parte en cada percepción. Los objetos a reconocer o los textos a descifrar son colocados debajo de un cristal, para evitar que por el tacto se pueda averiguar algo.

Estos resultados han sido controlados por notabilidades científicas. Los miembros del Instituto, los médicos de los hospitales, los radiólogos, los oculistas, los filósofos y los críticos de diversa formación han firmado actas que no dejan lugar a dudas sobre la materialidad de los hechos. Se puede discutir la explicación fisiológica, poner en duda el mecanismo *ocellaire* y emitir otras hipótesis histológicas para justificar este fenómeno; pero no cabe duda de que han sido coronadas por el éxito experiencias de "visión sin ojos".

Curioso anuncio

Un peluquero de Zaragoza (España), publicó hace unos cuarenta años, el siguiente curioso aviso, en que todas las palabras (105), empiezan por la letra P:

"Pedro Pérez Pellicer, peluquero perfumista.

Principales próceres, presumidos palaciegos, pudibundos, párrocos, patrióticos paisanos, parlanchines, preceptores prolíficos padres, pequeños párvulos, panzudos pandorgones, perezosos porteros, preciosísimas pollitas, pretenciosas pavas pardas, poderosos príncipes, pacíficos presbíteros, pudientes propietarios, prosaicos prestamistas, pobres patanes, peripatéticos poetas.

¿Pretendéis perfumaros piramidalmente poniéndoos pelo postizo para pescar pareja? Pensáis perfumaros perfectísimamente por preciosos procedimientos parisienses? ¿Pretendéis poneros pronto pulcras pelucas, primorosamente perfeccionadas? ¿Pensáis pelaros periféricamente para pasar por peripitifláuticos pimpollos, pintados perfiladamente?

¿Pretendéis pintaros patillas para parecer pistonudos personajes? Pues, perínclitos parroquianos, para proporcionaros peinados postizos, peines, perfumes, pelucas, peinetas, patillas, pomadas, polvos, por poco precio, preguntar por Pedro Pérez Pelicer, peluquero perfumista, Plaza Pelillos, pasando puesto patatas, principal".

Una tribu africana de gigantes

Una nueva tribu de gigantes negros, que es gobernada por un rey de dos metros diez de alto, ha sido descubierta en Central Africa, según Guillermo J. W. Room, secretario de la Sociedad Bíblica Inglesa.

"La tribu comprende dos millones de personas—declara,—cuya estatura varía de un metro ochenta a dos metros diez. Los hombres son aficionados a los deportes atléticos. Con su estatura y fuerza sobrepasan fácilmente nuestros mejores "records" deportivos. La casta que gobierna parece descender de antiguos egipciones que emigraron a Africa pasando por Abisinia".

Un contraste con estos gigantes lo constituye una raza de pigmeos que míster Room encontró en el noroeste del Congo, y cuya estatura alcanza a sólo un metro veinte.



TEATROS

VOTELOS, SEÑOR

Los elementos de la farándula han resuelto presentar su candidatura en las elecciones comunales que se realizarán en la Capital el domingo próximo, 21 de noviembre. Quieren tener representación en el Concejo Deliberante, para que durante sus sesiones se levante en el recinto una voz que hable en nombre de los intereses del gremio. La idea es excelente y merece el apoyo público. El público, que gusta de los espectáculos teatrales, debe apoyar esa candidatura sin color político, inspirada en sanas orientaciones de mejoramiento artístico y de nobles intereses profesionales. Figuran en ella nombres prestigiosos, que son una garantía del acierto en la misión que llevarán a la comuna. Vótelos, señor. Por ahí anda la lista, bajo la denominación de "Gente de teatro".

"VIEJO LINDO", de ALEJANDRO BERRUTI, EN EL SMART.

Alejandro Berruti, que no hace mucho estrenó en ese mismo teatro "El rival de Valentino", se ha anotado un nuevo éxito con la pieza del epígrafe.

Se trata de una comedia, mitad cómica, mitad sentimental, bien dialogada y con un asunto interesante. El viejo lindo del título, es un anciano abogado que brinda su desinteresada protección a unos cómicos que pretenden cobrar sus emolumentos ante una empresa teatral. La misión jurídica del viejo lindo queda muy por debajo del noble propósito humano de ayudar ampliamente en sus luchas por la vida a los desvalidos actores, mostrándose el protagonista como hombre generoso y de carácter altruista. A través de los incidentes de esa protección se inicia y consuma un episodio amoroso, entre una joven actriz y el hijo del abogado, terminando con la boda de los tórtolos, no obstante los inconvenientes de todo orden que a ello se oponen. Como se ve, el asunto no es gran cosa, pero está discretamente realizado y llena cumplidamente su propósito.

La compañía de los Ratti hizo la pieza con cariño, destacándose la labor de los primeros actores y de la actriz Chela Cordero, muy expresiva en su simpático papel. Los demás cooperaron en la medida de sus fuerzas a la buena acogida que el público dispensó a "Viejo lindo".

"MONTE CON PUERTA", de GOICOECHEA Y CORDONE, EN EL APOLO.

Estos dos autores jóvenes, que han dado ya a la escena algunas piezas muy estimables, consiguieron un franco éxito de risa con "Monte con puerta", estrenada por Arata.

En ella pintan un tipo de gran comicidad, un gallego que pretende pasar por hombre vivo y paga su pretensión yendo de caída en caída hasta el final victorioso en que, después de haber perdido sus ahorros en una timba, los recobra merced a la reyerta que se produce entre los tahures que querían repartirse el botín y que, como siempre, no llegan a ponerse de acuerdo por una suma ridícula. Abundan en la pieza los chistes de buena ley, las frases de doble sentido y las palabras retorcidas pero que exprimen mucha sal por el estilo de las del popular sainetero español Muñiz Seca.

Arata en su macchieta de gallego alcanzó un éxito personalísimo. Hizo reir a mandíbula batiente y mantuvo el interés durante toda la hora larga que dura el espectáculo. Morganti, la Gangloff y la Notar, muy eficaces también y correctos los demás.

EL SAINETE LIRICO EN EL NUEVO

Alcanzó muy buen éxito el sainete de Pelay con música de los maestros Devalque y Lozzi, titulado "Patadas y serenatas en el barrio de las latas". Cuenta esta producción con diálogos graciosos y escenas pintorescas, amenizadas por una música alegre y pegadiza, que llena cumplidamente su misión. El conjunto de artistas del Nuevo se lució en sus respectos papeles, especialmente Lea Conti y Carmen Fernández, así como Gómez Bao, Calcaño y Jiménez.

LAS PICARDIAS DEL SAN MARTIN

Decididamente la gente está por divertirse. Los espectáculos que más le agradan son aquellos en los que no hay que entregarse a profundas meditaciones. Lo festivo y sobre todo lo malicioso, le encanta. Por esto, el género que se cultiva en el San Martín tiene gran aceptación. "El sátiro de Vicente López" arreglo hecho por los traductores de la casa, de una pieza francesa de Berr y Guillemaud, entretiene y encanta al público, que celebra de muy buena gana los divertidos episodios de la pieza.

TEATRALERIAS

UN EXITO

Se estrena una pieza vana,
como son la mayoría,
la gente se queda fría
y aplaude de mala gana.

Habla el autor y atribuye
al elenco el alto honor
y, luego, el primer actor
al autor le retribuye.

Mas a nadie se ha engañado,
que el público de verdad
sabe bien que, en realidad,
la claque es la que ha triunfado.

PERSONAJE

—¿Qué es?
—Autor nacional.
—¿Conocido?
—Consagrado.
—¿Qué es lo último que ha estrenado?
—Un chaleco colosal.

OPINION

—¿Qué te parece Guillén
como autor?
—Un gran autor.
—¿Como director?
—Muy bien.
—¿Cómo crítico?
El mejor.
Y como fresco, también.

RAZONANDO

—El doctor Pico es mejor
que Moliére.
—Pero, señor!
—Escúcheme y se lo explico:
Moliére fué sólo un autor
y él es un autor... y Pico.

PINCHO.

UNA NOVEDAD EN EL MAIPO

Parcial, pero es novedad. Viene a ser como una crisis ministerial, de una sola cartera. Se trata del reemplazo de un cuadro por otro. Se suprimió el titulado "Domingo de hospital" que no resultó y se estrenó con éxito otro denominado "El gigoló". No es gran cosa la reforma, pero constituye un aliciente para los que no la conocen y son muchos los que, aún sin ese pretexto vuelven a ver "Mujeres, flores y alegría" que es la revista donde se ha efectuado la amputación y el injerto.

Casaravilla, la Guzmán y Quintanilla han resultado en el Maipo y el público los aplaude sin reservas.

OJEANDO LAS CARTELERAS

—En el Avenida, debió presentarse la compañía de Manolo Fernández con "Los gavilanes", la linda zarzuela del maestro Guerrero, que tantos aplausos ha cosechado en anteriores representaciones.

—Estrenóse en el Buenos Aires "El brujo de la quema", de Andrés Sanguinetti y G. A. Pacio, de la que nos ocuparemos en el número próximo.

—Se inició en el Sarmiento una temporada de zarzuela española bajo la dirección del primer actor Rafael Gallego. Nos ocuparemos de ella.

—"El tango en París", de Enrique García Velloso, fué reprisado con mucho éxito en el Argentino, por el inenarrable Parra.

—Debió de estrenarse en el Mayo "Las muertes de Lopillo", de los hermanos Quintero, con música de Fon de Anta, a la que dedicaremos un comentario oportunamente.

—"Tosca" y "Traviata" alcanzaron un gran éxito en el Marconi, interpretadas brillantemente por el ponderado conjunto que dirige el maestro De Angelis.

—En el Nacional, con "La yuyera", "La fiesta de Santa Rosa" e "Instituto Pompadour", reprisada con mucho éxito, se tiene lo necesario para contar con numeroso público, a pesar de lo avanzado de la temporada.

—Lea Candini, en el Politeama, está realizando una temporada muy interesante. Las operetas italianas y vienesas van desfilando por el cartel, atrayendo numeroso público.

—No obstante los esfuerzos que realiza la simpática Azucena Maizani en la Comedia, la pobre presentación del espectáculo y mala calidad del artículo, impiden que esté concurrida esta sala. Hoy ya no se le pueden servir al público esos platos pobres.

GRAN SPLENDID

En el Grand Splendid prosigue con creciente interés el concurso de tangos organizado por la casa Max Glücksmann. La orquesta que dirige Osvaldo Fresedo es sin duda una de las más completas y armoniosas de su género. Algunos de los tangos han obtenido un gran éxito y se perfilan como composiciones que conquistarán una gran popularidad.

CAPITOL

Para esta semana se ha preparado en esta sala un programa excepcionalmente interesante, en el que figuran las cintas de mayor novedad de todas las marcas. Sabido es que la elegante sala de la calle Santa Fe goza del favor del público, por ser una de las primeras que pasan los filmes más importantes llegados al país.

CINE PARC

El Cine Parc continúa dando programas selectos y como es especial para familias, se ve siempre muy concurrido por un distinguido público del barrio, que es infalible a sus interesantes veladas.

CORREO TEATRAL

P. R. J. — No nos haga preguntas indiscretas, ¿quiere?

L. O. Z. — ¡Caramba! ¿Sabe que nos suenan sus iniciales? L. O. Z.... LOZ... ¡Ah, sí! "LOZ... La Nación". Pero, amigo, usted no es un poeta, usted es una estación radiotelefónica.

Petronio. — Creíamos que esa bataclana era mayor de edad, a juzgar por lo que representa en escena. Ahora bien, si hace lo que usted dice y dice lo que usted hace, estamos por no creer lo que creíamos y creer lo que usted quiere que creamos. ¿Está claro?

Atávico. — No, compañero. Atávico no es el que se atavía mucho, sino el que padece algún atavismo. Por ejemplo, usted, que escribe atavismo con b y no con v, cosa que sólo puede explicarse como un vicio mnemotécnico de un hombre de la época cuaternaria.

El Pibe. — Muchas gracias. Lo tendremos en cuenta.






Ultimas creaciones de la moda femenina



BLUSAS Y CHAQUETAS DE TERCIOPELO, DE MODAS. — 1. Blusa recta de crespón de China color verde, guarnecida con bordados de seda negra. La parte inferior de las mangas, está hecha con crespón Georgette negro. — 2. Chaqueta de terciopelo de seda color rojo antiguo, adornada con picaduras y bordados plata. — 3. Blusa de crespón Georgette blanco, estampado con dibujos modernos en los tonos gris, madera de rosa y negro.— 4. Blusa de crespón Georgette crudo, trabajado con pliegues lencería y realzado de un bordado de cordoncillo azul vivo. Cinturón de piel color azul vivo.

Galletitas Frutales Bágley

Frutales



TALL. GRAF. A. GARCIA & Cía. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA